Para la Biblioteca de la Universidad de Santiago de Compostela.

Enriqueta C. Represas

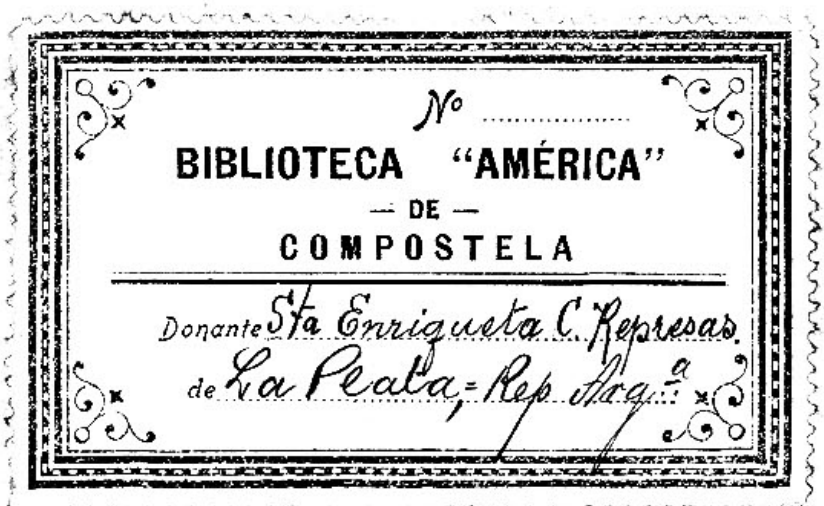
Buenos Aires — La Plata 1907

OBRAS

POÉTICAS Y DRAMÁTICAS

DE

JOSÉ MÁRMOL



PARÍS. — IMPRENTA DE LA V^DA DE CH. BOURET.

OBRAS

POÉTICAS Y DRAMÁTICAS

DE

JOSÉ MÁRMOL

COLECCIONADAS POR

JOSÉ DOMINGO CORTÉS

CABALLERO DE LA ORDEN DE LA ROSA DEL BRASIL

Tercera edición.

LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1905

Propiedad del Editor.

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

José Mármol. — Nació en Buenos Aires el 4 de diciembre de 1818.

En 1838, había en las cárceles de Rosas un joven de veinte años que escribía en las paredes de su calabozo el siguiente cuarteto :

Muestra á mis ojos espantosa muerte
Mis miembros todos en cadenas pon ;
¡ Bárbaro ! nunca matarás el alma,
Ni pondrás grillos á mi mente, no.

Este audaz prisionero se llamaba José Mármol.

Cuando pudo escapar á las persecuciones del tirano, emprendió una serie de viajes al Brasil y Repúblicas del Pacífico.

Mármol no se ha limitado á las entonaciones líricas, sino que ha abordado el drama y la novela histórica ; ha escrito sobre política, y ha redactado diarios ; se ha sentado en los bancos de los elegidos del pueblo y ha asistido á los consejos de los gobernantes ; sirviendo siempre á su país y á la causa de la democracia.

Muchos elogios se han tributado á sus dramas : *El Cruzado*, y *El Poeta*.

Ha escrito una novela histórica, *Amalia*, de la cual se han hecho cuatro ediciones, una en Alemania, otra en Bélgica, otra en Chile, y la otra en su país, que á juicio de personas competentes, es la mejor producción de este literato.

Fué director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

Más tarde perdió el sentido de la vista. Murió el 12 de agosto 1871, de una enfermedad del corazón.

Sus últimas palabras fueron : *¡ Vida ! ¡ Vida !*

Fué universalmente sentido, y sus funerales fueron de los más solemnes que se han hecho á un hombre, pues tomaron parte en ellos el Congreso y todas las clases sociales.

OBRAS

POÉTICAS Y DRAMÁTICAS

DE

JOSÉ MÁRMOL

Á DIOS

Señor, no te profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.
La cristalina gota
Del llanto matinal sobre las flores ;
El pequeñuelo arbusto
Besando el mar desde la peña rota ;
Al expirar el sol, los mil colores
Que huyen la noche con su ceño adusto :
De los niños la risa y las conjogas ;
De las palomas el sentido arrullo ;
La música del céfiro en las hojas,
Y el cristal de una fuente y su murmullo,
Fueran siempre, Señor, al alma mía
El terso espejo do tu imagen vía :
Do mis ojos, Señor, te contemplaran
En tu esencia de amor y de pureza,
Como el trueno y el sol me revelaran
Tu eminente poder y tu grandeza.

Pero nunca jamás te hallé más bueno,
Ni más sublime en débil criatura,
Que al sentir en mi seno
Este mar de inquietudes y ternura.
Hoy no vivo por mí — vivo en la vida
De una mujer que á revelarme vino,
La esencia celestial que hay escondida
En cuanto es obra de tu ser divino.

Hoy sé que puede un corazón humano
En otro corazón sentir sus penas,
Y en la leve presión que hace una mano
Transmitirse la savia de las venas.
Hoy sé que puede la abrasada boca
Ceder el agua en medio del desierto ;
Por evitar un ¡ ay ! darse una vida ;
Y adorar cuanto mira y cuanto toca
Bella y amante la mujer querida.

Esa tu mente fué, Dios generoso,
Cuando ese imán pusiste dentro el seno,
Que arrastra misterioso
Un ser hacia otro ser, de encantos lleno.
Y eso es, mi Dios, lo que en mi pecho siento :
El calor mismo de tu mismo aliento ;
Y no á tu grave Majestad profana
Al hablarte de amor mi voz mundana.

Si tú me has dado lo que siente mi alma,
Si tú me has dado la mujer que adoro,
Haz que yo goce en calma
Su dulce amor, mi celestial tesoro.
En plácido sosiego
Hazla mía no más — solo con ella,
Más te veré, Señor, cuanto más bella
La halle á la luz de mi amoroso fuego.

Una cabaña en las desiertas islas
Del alto Paraná, seráme un Edén,
Si allí, en mi seno su cabeza hermosa,
Tiernos mis ojos contemplarla pueden.

Sentada en mis rodillas
Coronada de flores,
En la tarde tranquila y silenciosa,
Del río en las orillas,
Tú escucharás, Señor, nuestros amores
En las voces sentidas
De dos almas en una confundidas.

Ella no inspira sino amor del cielo,
Porque tanto de cielo representa
Que á veces creo que remonta el vuelo
Y en ángel ó en perfume se me ausenta.

Ella no exalta, no, mi fantasía ;
Ella hiere, Señor, con magio encanto
La sensibilidad del alma mía,
Como la luna sobre el mar sin olas,
Como en el templo el religioso canto,
Como en lo espeso de las selvas solas
La música del viento,
El quejido de amor de las palomas,
Y el penetrante aliento
De las auras besando los aromas.

Ella es la imagen que formó mi mente
Allá en mis creaciones de poeta,
Cuando de mi alma ardiente
La inspiración secreta
Me hiciera imaginar lo que no vía,
En mi ambición de amor y poesía.
Ella no siente sino amor del alma,
Y pudorosa y tímida y amante

Á mi sensible voz pierde su calma,
Pero en su virgen seno,
De sueños de ángel y suspiros lleno,
La flor de su virtud queda fragante.

Mujer de corazón, ama y padece,
Y en su mismo sufrir su amor se excita,
Como abre y enrojece
La rosa con el sol que la marchita.

Mujer en su belleza,
Y ángel en su bondad y en su pureza,
Aun no comprendo si en mi amor profundo
Me vence el cielo, ó si me vence el mundo.
Solo sé que contento,
Cuando á su lado estoy, más pienso en ella
Que en los ardores que en mi pecho siento,
Aun cuando la amo tanto y es tan bella.

Dame dicha, Señor, en mis amores,
Dame paz y sosiego,
Que á tanto amor son tantos los rigores
Que á tí levanto mi sentido ruego.
Á tí á quien no profana
Al hablarte de amor mi voz mundana,
Porque yo sé que con tu mismo aliento
El fuego enciendes que en mi pecho siento.

CANTO DE LOS PROSCRITOS

I

¡Patria! ¡Patria! palabra divina
Que en el cáliz del alma se esconde,
Y á los sueños del alma responde
Con promesas sublimes de amor!
Ese nombre de paz y esperanzas
Es la dulce oración del proscrito:
Él aprende á llamarle bendito
En la escuela que enseña el dolor.

II

Patria hermosa que cuentas tus penas
Á las ondas del río argentino,
Algo santo te deja el destino
Al dejarnos el llanto por tí.
Feliz hija del Genio y la Gloria;
Triste madre de un tiempo de luto
¡Ay! recoge ese noble tributo
Que refleja tu imagen en sí.

III

Sobre el árido suelo extranjero
Nuestra vida ha perdido sus flores
Y, á la luz de los años mejores,
Se tocó con la noche su albor.
Pero en medio á la recia tormenta
Que nos bate y marchita la frente,
Bajo puro dulcísimo ambiente
Conservamos la flor de tu amor

IV

Al dejar de un hermano los restos
Bajo el suelo extranjero, tan mudo,
Suspiramos al ver que no pudo
Ni la vida en su patria perder.
Y al nacer nuestros hijos al mundo
Mil recuerdos nos hieren prolijos,
Al pensar que ni vemos los hijos
En la patria del padre nacer.

V

Fija, eterna, escondida en el alma
Vive ¡ oh patria ! tu imagen hermosa
Como gota del alba en la rosa,
Como perla en el fondo del mar.
Tierno, santo tu nombre á los cielos
En suspiro purísimo sube,
Como el salmo en la pálida nube
Del incienso que exhala el altar.

VI

De los mares remotos las ondas
Todas saben tu nombre y tus penas ;
Del desierto las tibias arenas ;
Bosque y prados lo saben también.
¡ Ay, si hablasen las lánguidas nubes
Que despiden al sol en la esfera !
¡ Ay, si hablase la triste viajera
Que circunda de estrellas su sien !

VII

Todo el orbe se presta á nosotros :
En las nubes te van pensamientos ;
El *pampero* nos da tus alientos ;
Nuestro llanto en las ondas tomad.
¡ Ay, que en torno á tus puertas andamos
Cual amante que vela y se queja,
Con su brazo rozando la reja
Que le encierra su virgen beldad !

VIII

Tus recuerdos son culto divino
Que te rinde doquier la memoria ;
Nunca hubieron tus tiempos de gloria
Más espléndida aureola de amor.
Que entusiasmo que vive en el alma
Tras veinte años eternos de llanto,
Tiene mucho de grande y de santo
Para orlar un recuerdo de honor.

IX

Preguntad á la aurora de mayo
Por la frente que le alza el proscrito ;
Preguntad si su rayo bendito
No le baña orgulloso la sien.
Preguntad á las tumbas que sienten
Cuando en hebra fugaz de aquel rayo
Les mandamos recuerdos de Mayo,
Y un gemido del alma también.

X

¿ No miráis esas luces que brillan,
Cual destellos de un fuego divino ?
Son los ojos del Genio Argentino
Irritado en tu oscuro confín.
¿ No escucháis un confuso ruido,
Como de onda de un mar que se avanza ?
Son las sombras que claman ¡ venganza !
De los héroes de Maipo y Junín.

XI

¿ No sentís que tu planta resbala
Sobre el húmedo suelo que tocas ?
Es que el suelo, y el monte y las rocas
Sudan gotas de sangre á tu pie :
Es que todo se irrita y conmueve
Al no ver de tus tiempos de gloria,
Más virtud ni más santa memoria
Que del pobre proscrito la fe.

XII

Alza ¡ oh madre ! tu mano sagrada
Y bendice tus hijos proscritos ;
Que de aquellos tus tiempos benditos
No te queda más que ellos y Dios.
Los que besan el pie del tirano
No son dignos de un otro destino ;
Son ladrones del nombre argentino,
Son bastardos sin alma ni voz.

XIII

Somos pocos ¡ oh patria ! y no importa,
Pues la gloria de un pueblo y su nombre
Suele á veces guardarse en un hombre,
Cual las luces del orbe en un sol.
Para ver lo que valen los pueblos
No se cuentan jamás sus esclavos ;
Son sus hijos virtuosos y bravos
Los que dan á la historia el crisol.

XIV

Desterrados y pobres y pocos,
En nosotros el alma es un templo
Donde brilla en magnífico ejemplo
La más pura argentina virtud.
Y si en medio al destierro caemos,
Prolongada tu suerte inclemente,
Será siempre padrón elocuente
De tu honor nuestro humilde ataúd.

XV

En la lid y al puñal del tirano
Han caído tus hijos mejores;
Al puñal ó los crudos rigores
Del destierro caeremos también.
Mas no temas; te quedan los niños
Esas verdes promesas de gloria,
Cuya voz cantará tu victoria
Coronada de palma tu sien.

XVI

¡Adiós, madre que el alma idolatra!
Dios recoja tu llanto bendito;
Y la vida del noble proscrito
También halle el amparo de Dios!
Reclinada en las tumbas de Mayo,
Otro tiempo benéfico espera,
Y, de él hasta el alba primera,
Hija y madre de héroes, ¡ADIÓS!

EL RELOJ

Sonó en la vecina iglesia
La campana del reloj,
Diciendo : « pasó una hora
» Y á la eternidad cayó. »

Eco lúgubre del tiempo
Que con fatídico son
Nos manda que repitamos
En cada momento : ¡adiós!

Pero el mundo sólo mira
Porvenir en el reloj
Da *la una* y desespera
Alguien que espera *las dos*...

Las doce espera del día
El pobre trabajador,
Y *las doce* de la noche
El amante corazón.

Las horas que van pasando
No se cuentan al reloj,
Cuenta el hombre las que faltan,
Mas nunca la que pasó;

Así al sonar la campana
Suele en secreto decir :
« Las que ha de marcar espero,
» Porque esperar es vivir. »

Es, pues, entonces en el mundo mío
Indiferente para mí el reloj :
Pasen las horas á su antojo, pasen,
Tráenme lo mismo que las diez, las dos.

Yo nada espero — mi cansada vida
Ni llorar puede ni sentir amor
Del llanto mío se agotó la fuente,
La llama activa del amor murió.

Ya con el mundo los estrechos lazos
Mi descontento corazón rasgó;
Lo mismo el día de mañana espero
Que ayer las horas esperé de hoy.

Activo foco de pasiones mi alma
Á los incendios del amor cedió,
Y grande placa de cristal mi mente
Vida y verdades transparentes vió.

Sé que si escucho de mujer querida
Latiendo el alma su amorosa voz,
Ó ella se engaña al pronunciar, *te amo*,
Ó á mí me miente con doblez mayor.

Sé que si el seno de los hombres busco
Y por acaso el corazón les doy,
Luego que expriman de mi ser la esencia
Con risa amarga me dirán : ¡adiós!

Y sé que es hoy lo que será mañana
El mundo, el hombre, la mujer y el sol ;
Y pues que todo lo que viene he visto
Tráenme lo mismo que las diez, las dos.

Yo nada espero : — ni dolor, ni risa
En la indolencia que mi ser cayó —
Si hoy tengo hastío lo tendré mañana
Es mueble inútil para mí el reloj.

AYER Y HOY

Vía correr las horas mi destino
Como ven los desiertos á la brisa :
Que sin hallar escollo en su camino
Tranquila muellemente se desliza.

Veo pasar mis días, silencioso,
Como el hojoso bosque el recio viento :
Encontrando y luchando tormentoso
Con ramas mil y tronco corpulento.

Pero si ayer pasaban sin enojos
Esos tan dulces días de la calma,
Será porque tocaban á mis ojos ;
Hoy todos al pasar tocan el alma.

EN EL ÁLBUM

DE

L. H. DE C.

Mi amiga, ¿ lo recuerdas?
Yo era niño, y dichoso todavía
Cuando miré la flor de tu hermosura,
Fragante abrirse con el alba pura
Que anunció de tu vida el claro día.

Niños ambos, ¿ recuerdas ?
Las huellas de los dos marcó el destino
Fué la tuya de mirtos y azahares,
Y de amargos pesares
Sembrado estaba mi infeliz camino!

Otra vez en el mundo
Nos volveremos á ver ; tú eres la misma ;
El tiempo pliega ante tu pie sus alas
¿ Y yo? mi juventud perdió sus galas,
Y á mi bella ilusión se rompió el prisma!

Peregrino en la tierra,
No llevo una esperanza dentro el alma :
Y si tras de mi pie nombre existe,
No es en un corazón : — él queda triste
En alta roca ó solitaria palma!

Mañana de mi estrella
Yo seguiré otra vez el rayo incierto;
Y ¡quién sabe, Luciana, si en el mundo
Nos volvemos á ver! ¡ Si el mar profundo
Habrá de ser mi tumba, ó el desierto!

Mas no será en la roca
Esta vez, ni en la palma donde deje
Las letras de su nombre el PEREGRINO :
Esta vez es más bello su destino,
Y orgullo sentirá cuando se aleje :

Queda en tu álbum, mi amiga,
Bajo la lumbre de tus ojos, bella ;
Como pobre inscripción en rica losa,
Bajo los rayos de la luna hermosa,
Ó de la luz benigna de una estrella.

CRISTÓBAL COLÓN

Dos hombres han cambiado la existencia
De este mundo en los siglos peregrino :
El labio de Jesús le dió otra esencia,
Y el genio de Colón otro destino.

Completaron de Dios la mente misma
Á inspiraciones de su amor profundo :
Uno del alma iluminando el prisma,
Otro haciendo de dos un solo mundo.

Ángel, genio mortal, que no has logrado
Legar tu nombre al mundo de tu gloria ;
Que ni ves en su suelo levantado
Un pobre monumento á tu memoria ;

¡Ah, bendita la pila do tu frente
Se mojara en el agua del bautismo,
Y el ala de tu genio amaneciente
Se tocara en la unción del cristianismo !

Ángel, genio mortal, yo te saludo
Desde el seno de América mi madre ;
De esta tierna beldad que el mar no pudo
Robarla siempre á su segundo padre.

La hallaste, y levantándola en tu mano
Radiante con sus gracias virginales,
Empinado en las ondas del oceano
Se la enseñaste á Dios y á los mortales.

Después de Cristo, en el terráqueo asiento,
Siglo, generación, ni raza alguna
Ha conmovido tanto su cimiento,
Como el golpe inmortal de tu fortuna.

Á su grandeza un siglo era pequeño;
Y en los futuros siglos difundida,
Es el eterno Tiempo el solo dueño
De tu obra inmensa en su grandiosa vida.

Tú, como Dios al derramar fulgentes
Los mundos todos en la oscura nada,
Al MÁS ALLÁ de las futuras gentes
Diste sin fin tu América soñada.

En cada siglo que á la tierra torna,
La tierra se columpia, y, paso á paso,
Su destino la América trastorna,
Y muda el sol su oriente en el ocaso.

Obra es tuya, Colón; la hermosa perla,
Que sacaste del fondo de un oceano,
Al través de los siglos puedes verla
Sobre la frente del destino humano.

El ángel del futuro rompió el lazo
Que á las Columnas de Hércules le ataba,
Y saludó en la sien del Chimborazo
Los desiertos que América encerraba.

No de la Europa quebrará la frente
El rudo potro del sangriento Atila ;
Pero ¡ay ! el tiempo en su veloz corriente
Mina el cimiento donde ya vacila !

El destino del mundo está dormido
Al pie del Andes sin soñar su suerte ;
Falta una voz bendita que á su oído
Hable mágico acento y le despierte.

Un hombre que á esta tímida belleza
Le quite el azahar de sus cabellos
Y ponga una diadema en su cabeza
Y el manto azul sobre sus hombros bellos.

Si no te han dado monumento humano,
Si no hay COLOMBIA en tu brillante historia
¿Qué importa? ¡eh ! tu nombre es el oceano,
Y el Andes, la columna de tu gloria.

¿Qué navegante tocará las olas
Donde se pierde la polar estrella,
Sin divisar en las llanuras solas
Tu navío, tus ojos, y tu huella?

¿Sin ver tu sombra, allí do misterioso
El imantado acero se desvía ;
Y un rayo de tu genio poderoso
Que va y se quiebra donde muere el día?

¿Quién, al pisar la tierra de tu gloria,
No verá en sus montañas colosales,
Monumentos de honor á tu memoria,
Como tú grandes, como tú inmortales ?

¡ Salve, Genio feliz ! mi mente humana
Ante tu idea de ángel se arrodilla,
Y de mi labio la expresión mundana
Ante tu santa inspiración se humilla.

Por un siglo tus alas todavía
Plegadas ten en los etéreos velos,
De donde miras descender el día
Hasta el cristal de los andinos hielos.

Baja después. De la alta cordillera
Los ámbitos de América divisa ;
Y, como Dios al contemplar la esfera,
Sentirás de placer dulce sonrisa.

El ángel del futuro á quien sacara
De los pilares de Hércules tu mano,
Te monstrará Colón, tu virgen cara,
Feliz y dueña del destino humano.

Vuelve después á tu mansión de gloria
Á respirar la eternidad de tu alma,
Mientras queda en el mundo á tu memoria
Sobre el Andes eterno, eterna palma.

A...

Rosa fragante del Edén caída;
Ángel proscrito que perdió sus alas;
Perla hermosa del alba desprendida;
Hebra de luz de las etéreas galas;
Paloma que ha dejado misteriosa
Las selvas que habitó en el paraíso;
Fantasía de Dios en noche hermosa,
De que hizo luego terrenal hechizo;

¿Quién eres, di, beldad fascinadora;
Hálito de purísimas esencias
Que embriaga el corazón y lo enamora:
Que bajo indefinibles apariencias
Al través muestras de encantado velo
Entremezclado el mundo con el cielo?

¿Quién eres que al poder de tu hermosura
Se ata de nuevo al mundo,
Y vuelve á sus perdidas ilusiones,
Aqueste corazón que la amargura
Apuró del dolor? Que en lo profundo
De su ser misterioso sumergido,
Dijo ¡adiós! al placer y á las pasiones;
Y, de su propia vida desprendido,
Á la fe, y la esperanza estaba muerto,
Ajeno al mundo, á los amores yerto?

¿Quién eres que levantas misteriosa
De mi alma yerta los oscuros velos,
Como el alba las sombras de los cielos
Con sus manos de nácar y de rosa?

¡Y, cómo no admirarte! ¡cómo mi alma,
Que sufre las angustias del poeta,
No revivir para perder su calma;
No reanimar la inspiración secreta,
Si hay en tí más belleza y poesía
Que en cuanto dora el esplendor del día!

Corriendo en pos de mi destino incierto,
He surcado los mares,
He pisado la sien de las montañas,
He cruzado el desierto
Á la luz de los pardos luminares;
Solitario he dormido
Entre las sombras de la selva hojosa,
Ó entre flexibles y sahumadas cañas,
Y he despertado al lánguido quejido
Que da de amor la tórtola medrosa;
Mi religión, mi libro, mi belleza
Fué siempre la gentil naturaleza,
Pero hallo en tí más alta poesía
Que en cuanto he visto bajo el claro día.

En una noche lánguida y hermosa,
Sobre una mar tranquila
Como el cristal de plácida laguna,
He visto levantarse silenciosa
En columnas de luz la blanca luna:
Panorama magnífico que en vano
Pintar querría con mi acento humano!

Pero ¡ay! sobre tu frente de alabastro
Hay mayor majestad, mayor dulzura
Que en la frente del astro
Que rasga el velo de la noche oscura.

Yo he cruzado mis brazos fascinado,
Al contemplar la brillantina lumbre
Que en el cielo del trópico inflamado,
En bella muchedumbre
Derraman los luceros rutilantes.
Allí se mira en ellos
El ópalo, el zafiro y los diamantes,
Y, á sus raros y mágicos destellos,
El alma se electriza
Y tierno el corazón se poetiza.
Pero ¡ay! en tus pupilas celestiales
Hay más luz que en los astros tropicales!
Espiral de la llama que calienta
Tu tierno corazón; fuego divino
Que tu espíritu de ángel alimenta,
Y que en dulce destino,
Al dar á mi alma agitación suprema,
Más la enamora cuanto más la quema.

En medio del desierto, de repente
La brida á mi caballo he recogido,
Para mirar en el lejano oriente
Un trono de topacios suspendido
En pedestal de nácar y rubíes;
Y sobre gradas de purpúreas rosas
Llegar al trono la naciente aurora,
Desatando las cintas carmesíes
Á sus cabellos de oro, y las hermosas
Perlas que entre sus hebras atesora;
Derramar luego de sus tiernos ojos
Los tranquilos destellos del topacio,

Y el reflejo fugaz de los sonrojos
Que la vista del sol causa en su frente :

Llenar después de esencias el espacio
Dando su labio el matinal ambiente :
Y grabar por doquier el sacro sello
Que pone Dios en lo sublime y bello :

Pues bien ; en tí mi admiración divisa
Poesía mayor, mayor encanto,
Que en esa aurora que revela tanto
La existencia del Dios que la improvisa.

¿ Quién al ver la frescura de las rosas
En tu semblante virginal, podría
Echar de menos las que muestra hermosas
El rubio oriente al asomar el día ?

Cuando en fugaz agitación sonríes,
¿ En qué cambiante de su luz la grana
La radiante mañana
Hallará de tus labios los rubíes ?

¿ En cuál nácar del alba tu garganta
Y el alabastro de tu ebúrneo seno,
Cuando, de vida y de suspiros lleno,
Con tu aromado aliento se levanta ?

¿ Con qué cuadros de luz, con qué espirales
La hermosa aurora á disputar se atreve
Las gracias virginales
Que, en movimiento blando,
Se deleitan jugando
En derredor de tu cintura leve ?

¡ Oh ! si te hubiese visto un solo instante
Allá en los tiempos en que el alma mía,

Feliz y delirante,
Era todo entusiasmo y poesía,
Yo no hubiera pedido prosternado
Á la naturaleza,
Los misterios sin fin de su belleza
Que en mi Lira después se han escuchado!

Tu suprema hermosura
Mi enamorado labio cantaría;
Y, de tus ojos á la lumbre pura,
Divino fuera mi mundano verso,
Y mi verso te haría
Divinidad también del universo.

Para adornar tu espléndida cabeza,
Pediría á la gloria
Lauros que eternizaran la memoria
De mi amor y tu célica belleza.

Tu corazón que espera,
Cual un arpa coleana
El primer soplo con que amor le hiera
Para dar tierno su amoroso acento,
De mi pasión temprana
Sentido hubiese mi abrasado aliento.
Yo buscaría en tí la oculta fibra
Que pulsada una vez se agita y vibra,
Y hace que la mujer, sin saber que ama,
Arda de amor en la sensible llama.

Entonces ¡ay! bebiendo de tu boca
Savia de vida, espíritu de amores,
Mi vida fuera un piélago de flores;
Y el alma mía de entusiasmo loca,
Haría caprichosa
Del mundo un Edén, y de tí una Diosa.

Con mis manos tu frente cubriría
Para que el sol no ajara tu hermosura,
Y en hálitos de amor perfumaría
El aura que rozase
Con su ala fugitiva tu sien pura.

Yo pondría en tus hombros mi cabeza,
Jugaría mi mano con tus rizos,
Y entonces ¡ay! de Laura la belleza
Mi amor envidiaría y tus hechizos,
Pues más enamorada sonaría
Que la voz del Petrarca la voz mía.

En supremo embeleso
Robaría á tu labio el primer beso,
Y ¡ay! de Leonora la amorosa historia
Olvidaría el mundo, y la hermosura
Que dióle al Tasso su inmortal diadema!
Yo con la luz de mi radiante gloria
Diera más brillantez á tu ternura,
Más vasto imperio á tu beldad suprema;
Y en las alas del tiempo y la memoria
Volarían mis cantos,
Eternos con tu amor y tus encantos...

Delirio celestial, huye de mi alma,
¡Mi pecho es una tumba, y quiero calma!

Allá en el occidente
Un astro baja su radiosa frente,
Esa es mi juventud... esa es mi vida
Por el genio del mal tan combatida!
Hasta mis tristes ojos,
Llegas tú, criatura indefinible,

Cuando ya sólo quedan los despojos
De lo que fué mi ser. Mano terrible
Puso el dolor en mi temprana vida,
Y, á la hazaña homicida
Con que apuró en mi pecho sus rigores,
Se agostaron las flores
Lozanas de mi mente;
Los años para mí se apresuraron,
Y, de mi joven frente,
La corona de amor me desataron.

Pero no; todavía
No soy bien infeliz, pues que en mi seno
Queda una fibra que vital palpita,
Al talismán de tu sin par belleza;
Cual de un jardín ameno
Que el huracán aniquiló en la noche
Suele quedar oculta dentro el broche
Una flor que levanta su cabeza
Luego que el aura matinal la agita.

Aun quedaba en mi Lira una armonía —
La postrera quizá — sentida, ardiente —
Flor que robo al jardín del alma mía,
Y oso ponerla en tu virgínea frente.

Á TÍ

¿ Qué te han hecho las flores
Que burlando su aroma y sus colores
Vas á humillarlas en su propio trono ?
¿ Por qué pones al lado de la rosa
Tu cintura gentil, tu frente hermosa ?

¿ Por qué te acercas para hacerle agravios
Al clavel purpurino con tus labios ?
¿ Por qué á la flor ligera
De la leve inocente enredadera
Á acariciar te atreves
Con tus manos más puras y más leves ?

¿ Por qué la esencia pura
Que exhalan ellas de su cáliz lleno,
Humilla con sus hálitos tu seno
Perfumado de amores y ternura ?

Déjalas donde habitan,
Donde amanecen y se ostentan bellas,
Pues las flores más lindas se marchitan
Si estás en el jardín al lado de ellas.

Deja esos brotes pobres de la tierra
Que gocen de su corto y fugaz día,
Que harto aroma y beldad en ti se encierra,
Brillante flor de hermosa poesía.

Flor que en mis sueños de oro
Imaginé en mi seno colocada:
Que luego á mi ilusión dejó burlada:
Y que si más se esquiva más la adoro.

MELANCOLÍA

Llevad en vuestras alas
¡Oh brisas de la tarde!
Los huérfanos suspiros
De mi secreto amor;
Amor sin esperanza,
Pero de que hace alarde
Mi corazón que sufre
Su celestial ardor.

Llevadlos, y piadosas
Cuando toquéis la frente
De un ángel que ha bajado
Con formas de mujer,
Sobre sus blancas sienes
Dejadlos dulcemente
Cual la única corona
Que puédole ofrecer.

Suspiros son que nacen
Del seno diamantino
Donde se guarda en mi alma
La sensibilidad:
Único bien que nunca
Me arrebató el destino,
Fuente serena y pura
De mi infelicidad.

Mi amor no es un delirio
De ardiente fantasía:
Mi amor está en el alma
Con lágrimas y fe:
Placer que se confunde
Con la melancolía,
Corona de jazmines
Con hojas de cipré.

La veo en las estrellas,
La veo en la alborada,
En las nocturnas sombras,
En el radiante sol;
Doquiera van los ojos
De mi alma enamorada,
Del sol de mis amores
Encuentro un arrebol.

Las flores me deleitan:
Su aroma y sus colores
Son hoy para mi vida
Supremo talismán.
¡Ay, triste del que ignora
La magia que las flores
Contienen para el alma
Que acongojada está!

Mas, ¡ay! que las estrellas,
Las flores y la aurora,
Mezclado á mis amores,
Contemplan mi dolor,
Pues si la imagen suya
Mi corazón adora,
Mi corazón la baña
Con lágrimas de amor!

Amor sin esperanza,
Que en mi alma se alimenta
Del fuego solamente
Que en mis entrañas hay;
Ningún benigno soplo
Mi corazón alienta;
No hay pecho que recoja
De mi infortunio el ¡ay!

La adoro y no lo sabe;
La adoro, y su pupila
Sobre mi triste noche
No vierte claridad.
La adoro, y mientras goza
Felicidad tranquila,
En mi alma se apodera
La bárbara ansiedad.

Llevad en vuestras alas
¡Oh brisa pasajera!
Mis huérfanos suspiros
Á mi adorado bien:
No la digáis que la amo;
Pero dejad, siquiera,
Mis huérfanos suspiros
Sobre su blanca sien.

AMOR

Amor, amor la delicada brisa ;
Amor las flores que brotó el pensil;
Amor, amor la nacarada aurora,
Amor nos canta el ruiseñor gentil.

Gloria, honores, riqueza, poderío,
Son chispas de bellísimo fulgor ;
Pero hay luto con ellas en el alma,
Dolor glacial, cuando nos falta amor.

Amor es el destino de la vida,
Vida de la infinita creación,
Y creación sublime del Eterno
En un rapto de santa inspiración

Venga el dolor si en el dolor se anida
Una chispa siquiera de pasión ;
No hay, no, presente ni futuro al alma
Si es un páramo yerto el corazón.

No más que la *mujer á* quien amamos ;
No más que sus caricias y su amor,
Recuerda con placer el pensamiento
En *medio á los instantes del dolor.*

Amor para ser grande es necesario;
Para ser bueno y generoso, amor;
Y de la gloria la corona es bella
Con el aplauso de amorosa voz.

Amor, amor la delicada brisa;
Amor las flores que brotó el pensil;
Amor, amor la nacarada aurora,
Amor nos canta el ruiseñor gentil.

ADIÓS Á MONTEVIDEO

Adiós voluptuosa coqueta del Plata
Que lloras y cantas á orillas del mar ;
Y el mar en sus brazos te besa, y retrata
Sobre olas azules tu nítida faz !

No en vano quisieron señores de antaño,
Robarte de niña, y esclava te hacer,
Mas ¡ay! que llegaron al Plata en su daño
Los regios piratas que huyeron después!

Yo sé que no es mucho tu amor á los míos,
Vejeces de Artigas, ¡caprichos no más!
Vendrán otros tiempos de menos desvíos
Y más reflexiva tu amor nos darás.

Un vértigo agita tu joven cabeza,
Y hoy vives con risas y llanto á la vez;
Beldad que en el mundo sus horas empieza,
Ingrata por gusto de verse querer.

Dejemos al tiempo... por mí, yo te quiero,
Y el alma me duele diciéndote ¡adiós!
De amor y placeres copioso venero
¿ Por qué no te llaman : *Oriente de amor ?*

Si valen tus hombres, ni sé, ni me inquieta;
Mas ¡ay! lo que valen tus hijas lo sé ;
Sus ojos hirieron mi ser de poeta,
Jugando con mi alma su fe de mujer.

Mis bellos veinte años su jardín abrieron
En medio á tus hijas de talle gentil,
¡Nací tan sensible! ¡tan lindas nacieron!
¡Qué hacer! de las flores de todo el jardín.

Las vi tan hermosas que la culpa es dellas,
Si á todas no he dado recuerdos de amor;
Que es poco galante doncel que entre bellas
Ofende á las otras con una excepción.

Y sólo advirtiendo que mi ofrenda pura
No todas querían, ingratas, tomar,
Venguéme de todas, hasta la locura
Queriendo una sola de tanta beldad.

Verdad es que sola por todas valía,
Que es bien el llamarla belleza ORIENTAL;
Mas de aquel oriente do Mahoma envía
Huríes que sobran al jardín de Alá.

¡Qué noches! ¿recuerdas? la vían mis ojos
Más linda que miro la estrella y la flor,
Más llena de encantos de amor y sonrojos
Que asoma en verano la luz del albor.

Su esbelta figura; sus negros cabellos;
Sus ojos más negros; su pálida tez...
¡Por Dios, que pasaron momentos tan bellos!
¡Por Dios, que no pueden volver otra vez!

Adiós voluptuosa coqueta del Plata,
De en medio á las ondas te envío mi adiós;
El alma que abrigo jamás será ingrata,
Y pues fuí dichoso, ¡bendígate Dios!

YO TE PERDONO

Del PEREGRINO la voluble estrella
Vertió en su ocaso repentina luz,
Y más hermosa que la hermosa aurora
Al PEREGRINO te mostraste tú.

En los delirios de su ardiente pecho
Lleno de fe te consagró su amor,
Y de una vida para amar formada
Tiró á tus plantas la temprana flor.

Temblando el alma de esperanza y dudas,
Pálido el rostro, se postró á tus pies,
Y allí el volcán que le abrasaba el alma
Por sus alientos descubierto fué.

Mas tú, ¡la ingrata! como el bronce, fría,
Ni amor sentiste ni piedad en tí,
Cuando á las piedras conmover pudiera
El tierno amor que alentaba allí.

En vez de acento compasivo y blando,
Rigor y ofensas recibió su amor;
Y con el soplo de glacial desprecio
Helar quisiste su abrasada voz.

Tú, la que ostenta bondadoso rostro;
La que habla siempre de virtud y Dios,
Tú no sentiste compasión siquiera
Por las angustias de su tierno amor!

Bondad que al rostro le prestara el arte;
Virtud mentida, religión falaz:
Donde no hay llanto para el llanto ajeno
No hay virtud, no, ni religión jamás.

Mas no es tu culpa si el aroma falta
De tu beldad en la brillante flor;
Y el PEREGRINO sin enojos dice:
Cual te perdono, te perdone Dios.

Hermosa estatua del jardín humano;
Obra perfecta del mejor cincel,
Si una alma hubiese en tu cuerpo frío
Fueras un ángel del soñado Edén.

De tus desdenes el rigor olvido,
Que amar no puede el que le falta amor;
Y, pues no quieres lo que no comprendes,
Cual te perdono, te perdone Dios.

CANTO DEL TROVADOR

Con las sombras de la noche,
Suspirando el corazón,
Llega al pie de tus ventanas
Á cantar el trovador.
Todo es mudo y misterioso,
Todo sombras en redor;
Niña hermosa que despiertas
¿Tú no hospedas el amor?
Escucha sus cuitas ¡oh niña, por Dios!

Abre, hermosa, tus ventanas
Que aun no brilla el claro sol;
Y la luz de tus pupilas
Sea el sol del trovador.
Abre, niña, que mañana,
Palpitando el corazón,
Rogarás porque te ruegue
En las noches el amor.
Escucha sus cuitas ¡oh niña, por Dios!

LA NOCHE

Noche, misterio, soledad del alma,
¿Quién pasea tus ámbitos profundos,
Que en hálitos de amor vierte la calma
Por los perdidos solitarios mundos?

¿Qué ángel en proscripción sus alas tiende,
Cuando oculta su frente el rey del día,
Y silencioso los espacios hiende
En nube melancólica y sombría?

¿Qué mágica campana el sueño advierte
Del Supremo Hacedor que á sus acentos
Se apagan como al soplo de la muerte,
Las luces y las ondas y los vientos?

Noche, magnificencia indefinida!
¿Qué humano corazón no ha suspirado
Sintiendo el peso de la ingrata vida
En tu templo sin límites sagrado?

¿Quién no ha pensado en Dios cuando derramas
Tu balsámica paz sobre los cielos,
Y á la conciencia á confesarse llamas
Bajo el crespón de tus oscuros velos?

¿ Quién te mintió jamás ; qué labio humano
No te contó del corazón la historia,
Y algún pesar recóndito y tirano
Que vive torcedor de la memoria ?

¿ Quién no ha sentido algún remordimiento
Bajo tu imperio, di, noche sombría ?
¿ Quién no te hizo un noble juramento,
Quién no le ha roto con la luz del día?

Noche ; ¡consolación ! la vital trama
La bañas de un amor puro, sin nombre
¿ Por qué en su torpe confusión te llama
MADRE DEL CRIMEN la impiedad del hombre... ?

Tú no lo inspiras, no; si acaso alguna
Fuerza extraña de su alma se lo inspira,
No serán tus estrellas ni tu luna,
Ni tu sombra sin fin que absorto mira.

Si de sangre infeliz ves una mancha
Y torpes manos que el puñal oprimen ;
¡ Ay! que también á una beldad se mancha,
Y lo bello jamás inspira un crimen !...

Tú no lo inspiras, no; tu sacra sombra
Tan sólo el canto y el amor inspira,
Que siempre inquieto el corazón te nombra
Y el son escuchas de la blanda lira.

¿ Qué poeta sus cantos inmortales,
Su ardiente inspiración, su tierno acento,
No ha debido tus sombras sepulcrales,
Madre del corazón y el pensamiento ?

¿ Qué amante corazón no ha palpitado
Entre los brazos de su bien querido,
Por tu silencio bienhechor velado,
Por tu sombra benéfica escondido ?

Por sorprender á la insondable nada
Dijo Dios : « haya luz, » y la luz fuera,
Y midió de una vez con su mirada
El lugar de los mundos en la esfera;

Y por mirar al alma en su misterio
« Haya tinieblas » dijo, y de repente
Alzó la noche su eternal imperio,
Y vió al alma del hombre transparente...

Paz de los mundos; soledad del alma,
Yo venero tu oscuro sacro manto
Porque siento con él nacer mi calma
Y la sublime inspiración del canto.

En tus velos la historia de mi vida
Con sus penas, su llanto y sus amores,
Desde mi juventud vive escondida
Coronada de espinas y de flores.

No hay un solo recuerdo en mi memoria
Que no se enlace con tu nombre luego,
Y á tí también te deberé la gloria
Si alguna vez á conquistarla llego..

Espíritus sin cuerpo misterioso
Que respiráis las auras de la noche,
Y bajáis á las flores silenciosos
Á desplegar las hojas de su broche;

Sílfides que tocáis á mis cristales
Vagarosas en mil nubes de niebla,
Y me cantáis en himnos celestiales
Los palacios y el Dios de la tiniebla ;

Fantasmas sin color ni forma humana
Que sorprendéis mis ojos de repente,
Y en diáfana y fugaz sombra liviana
Al pasar junto á mí rozáis mi frente ;

Almas en confusión que por las salas
Corréis del Eter á la vista mía,
Y el aire que agitáis con vuestras alas
El calor tibio de mi rostro enfría ;

¡ Salud, todos, salud ! sois mis hermanos,
Mis hijos y mi ser... sabéis mi vida
Con su ambición, su amor y sus arcanos,
En sus dorados sueños sorprendida.

¡ Ay, cuántas veces de improviso os llama
Solitaria mi voz, y en torno mío
Relámpago veloz el aire inflama,
Y muere y queda lóbrego el vacío !

¡ Y una voz y mil voces se difunden
En tristes ayes y cantares bellos,
Y seres impalpables se confunden
Revolviendo en mi frente los cabellos !

Y á su tacto se agolpan á mi mente
Escuadrones de altivos pensamientos,
Y arde como volcán mi joven frente,
Y ondulan como el mar mis sentimientos.

Y, cayendo en raudal celeste riego
Sobre mi herida fantasía inquieta,
Escribo con febril desasosiego,
Y soy bueno, y sé amar, y soy poeta.

Mañana en otras tierras, peregrino,
La yerta tumba extinguirá mi canto,
Pero, atraída de tu imán divino,
Mi sombra se alzará bajo tu manto.

Á ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1843

I

¡Miradlo, sí, miradlo! ¿No veis en el oriente
Tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente,
Ya viene á nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de Mayo, con su brazo
Clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneración! las olas del Plata le proclaman,
Y al Ecuador el eco dilátase veloz;
Los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,
Y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II

¡Sus hijos! ¿por qué huyeron de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracán?
¿Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,
Á tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales
¿Por qué ya no se escucha la salva del cañón,
Los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
El aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata
¿Por qué está de rodillas sin victoriarte ¡oh sol!
Por qué, *como otros días*, sus ecos no dilata
Cuando los cielos tiñes con oro y arrebol?

III

Emboza ¡oh sol de Mayo! tus rayos en la esfera,
Que hay manchas en el suelo donde tu luz brilló.
Suspende, sí, suspende tu espléndida carrera,
No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
Para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!
La Emperatriz del Plata te espera de rodillas
Ahogada entre gemidos su dolorida voz!!!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
Robando de tus hijos la herencia de laurel:
Salvaje de la pampa que vomitó el infierno
Para vengar acaso su maldición con él!

IV

¡Ah, Rosas! No se puede reverenciar á Mayo
Sin arrojarte eterna, terrible maldición;
Sin demandar de hinojos un justiciero rayo
Que súbito y ardiente te parta el corazón.

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
¿Qué has hecho de la patria que te guardaba en sí?
Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Y dinos de sus glorias la que te debe á tí.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
Porque la tierra en sangre la convertiste ya,
Contempla, y un instante responde sin engaños,
Quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!!!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
Con rayos que indelebles en la memoria están,
Y dinos si conservan memoria de tu aliento
Los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirará en los Andes,
Ó acaso en Chacabuco, ó en Maipo, ó en Junín ;
Ó si marcando hazañas más célebres y grandes,
Habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos siquiera la herida que te abruma
Pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
Y dinos que lidiando la hubiste en Ayuma,
Ó acaso en Vilcapujio, Torata, ó Moqueguá.

VI

¡Ah, Rosas! Nada hiciste por el eterno y santo
Sublime juramento que Mayo pronunció,
Por eso vilipendias y lo abominas tanto,
Y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
Bordando de victorias el mundo de Colón,
Salvaje, tú dormías tranquilo solamente
Sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
Sus altaneras sienes vestían de laurel,
Al viento la melena, jugando con tu lazo,
Por la desierta pampa llevabas tu corcel.

VII

¡ Ah ! Nada te debemos los argentinos, nada,
Sino miseria, sangre, desolación sin fin;
Jamás en las batallas se divisó tu espada,
Pero mostraste pronto la daga de Caín !

Cuando á tu patria viste debilitado el brazo
Dejaste satisfecho la sombra del ombú,
Y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
Las hordas sublevaste salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo
Fué abrir con tu cuchillo su virgen corazón,
Y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
Sus códigos, sus palmas y rico pabellón.

VIII

Tan solo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre á ríos se derramó doquier,
Y de partidos cráneos los campos se cuajaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da
Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
Y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho
Para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo, sobre el lecho,
Para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
Cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
Para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN..!

X

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
De un déspota que abriga sangriento frenesí,
El corazón rechaza la bíblica indulgencia;
De tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo
La renegada frente maldijo de Luzbel ;
La humanidad entonces, cuando la vejan tanto
También tiene derecho de maldecir como él.

¡ Sí, Rosas, te maldigo ! Jamás dentro mis venas
La hiel de la venganza mis horas agité :
Como hombre te perdono mi cárcel y cadenas ;
Pero como argentino las de mi patria, NO.

XI

Por tí esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
Sobre su espalda un mundo, bajo su pie un león,
Hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
Ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por tí esa Buenos Aires más crímenes ha visto
Que hay vientos en la pampa y arenas en el mar ;
Pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo
Tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por tí sus buenos hijos, acongojado el pecho,
La frente doblegamos bajo glacial dolor,
Y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
Nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor !...

XII

Mas ¡ ay ! de la tormenta los enlutados velos
Se cambian en celajes de nácar y zafir,
Y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos,
Que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

HAY MÁS ALLÁ, es el lema de su divina frente
Grabado por la mano purísima de Dios,
Y el Chimborazo al verlo lucir en el oriente :
HAY MÁS ALLÁ, responde con su gigante voz.

Al expirar los héroes, HAY MÁS ALLÁ exclamaron,
Su acento conmoviendo de América el confín ;
Y, al trueno de los bronces, HAY MÁS ALLÁ gritaron
Los campos de Ayacucho, de Maipo, y de Junín!!!

XIII

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está :
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
Que temblará en el pecho tu espíritu infernal :
Cuando tu trono tumben los botes de la lanza,
Ó el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
Reventarán los pueblos que oprime tu ambición ;
Y, cual vomita nubes de su ceniza hirviente,
Vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, sol de Mayo, los días inmortales
Sobre mi libre patria recordarán en tí;
Y te dirán entonces los cánticos triunfales,
Que es esa Buenos Aires la de tu glora, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre
Te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
Pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
En códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,
Ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
Que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,
Ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

LOS TRES INSTANTES

EL 4 DE OCTUBRE

Bella como la imagen de mis sueños;
Pura como la risa de la infancia;
Triste como las sombras de la tarde;
Libre como la brisa del desierto: —

Así encontréla un día,
Á la hechicera mía;
Así, como reviste
Mi mente la hermosura:
« Tan bella como triste,
« Tan libre como pura. »

EL 4 DE NOVIEMBRE

Sensible cual la blanda mariposa;
Ardiente como el alma del poeta;
Tierna como la tórtola en su nido:
Mía como del hombre el pensamiento: —

Así la oprimí un día
Contra mi seno hirviente;
Así, cual yo tenía
La mujer en mi mente;
« Sensible como ardiente.
Y tierna como mía. »

EL 17 DE NOVIEMBRE

Para siempre cual humo en el espacio;
Cual metéoro que pasa fugitivo;
Cual idea en delirios inspirada;
Cual el alma del cuerpo desprendida;

Así perdíla un día
Cuando pensé era mía
Hasta la eternidad;
Así, para mis ojos
No heredar ni despojos
De la felicidad.

Negro como la noche misteriosa;
Agrio como las heces del veneno;
Frío como el cadáver de la tumba;
Mustio como la lumbre del osario: —

Así quedó de entonce
Marchito y aspirante
Mi espíritu de bronce;
Así, que un solo instante
Bastó para poseerla,
Bastó para perderla.

Á PILAR

EL DÍA DE SUS QUINCE AÑOS

Hoy el sol de tu vida se levanta;
El alba ya pasó. Brilla en tu oriente
Magnífica su luz, deslumbra, encanta
¿ Nunca una nube eclipsará su frente ?

¡ Ah, quién pudiera detener la noche
Que los años traen yerta y oscura,
Y bajo eterno sol guardar en broche
La delicada flor de tu hermosura !

¡ Bendición sobre tí ! Sean tu horas
Gotas de agua de fuente cristalina,
Y sea de placer si inquieta lloras,
Tórtola de mis playas argentinas.

Pura como el perfume de una rosa,
De un céfiro de amor duerme en las alas,
Y al hálito de Dios despliegue hermosa
Tu juventud sus virginales galas.

Flor-del-aire cuajada entre la brisa
Y la luz y los céfiros del Plata,
Yo veo algo de patria en tu sonrisa
Que alivia el peso de mi suerte ingrata.

Así fué, como tú, la patria mía,
Hija de noble y gloriosa cuna,
Bella, pura, radiante de alegría
Al resplandor de Dios y la fortuna.

¡ Pero, ay Pilar, de nuestra patria hermosa
Las lágrimas bañaron el semblante,
Y de nadie una mano cariñosa
Enjugó el llanto en su mortal instante !

Tu suerte es más feliz. Si de tus ojos
Cayera alguna vez líquida perla,
No el soplo del dolor podrá beberla,
Porque el aliento de tu tierno amigo
Irá á secarla al suspirar contigo.

Á TERESA

5 DE ENERO

¡ Día eterno á su memoria!
La primer hoja de gloria
En que comienza la historia
De su ardiente corazón!
Historia corta, escondida
De su pecho en lo profundo,
Pero que vale una vida
Inefable sobre el mundo,
Un siglo en la creación.

Día cuyo sol divino
Lanzará siempre al camino
Del errante PEREGRINO
Un rayo de clàridad.
Recuerdo bello y constante,
Que en su memoria incrustado,
Cual magnífico diamante
Dará luz al desgraciado
Recuerdo de su orfandad.

¿ Qué importa que el DÍA DE ORO
Le mostrase su tesoro
Como rápido meteoro
Tu luz en la lobreguez ?

Bendito el hombre que diga :
Mi alma un recuerdo en el mundo
De felicidad abriga,
Que robó á un solo segundo
En una suprema vez.

Gracias, hermosa señora ;
El corazón que atesora
Tu pura imagen que adora,
Gracias rendido te da.
Sola una vez en la vida
Fué feliz el PEREGRINO ;
Gracias, su bella querida,
En tu recuerdo divino
Grabado ese tiempo está.

Sus primeras impresiones,
Fueron esas afecciones
Que sienten los corazones
En su primer juventud ;
Esas dulces simpatías
Tranquilas y fraternales,
Que las almas de armonías
Gozan casi virginales
En su tierna beatitud.

Y el amor de esa María,
Que en otro tiempo creía
Su entusiasta fantasía
El fuego de la pasión,
Era apenas el ambiente
Purísimo de su alma,
Que agitaba dulcemente,
En su primitiva calma
Su sensible corazón.

Era el amor á las flores,
El amor á los colores
Con que pinta los albores
El risueño amanecer.
Pero no estaba en su seno
La vida de las pasiones,
Con su savia y su veneno,
Con sus rudas impresiones,
Con su salvaje poder.

Poder que hiere de muerte
El pensamiento más fuerte,
Y que no deja otra suerte,
Que el suicidio ó el amor.
¡ Ay ! tú lo sabes, señora :
Tú fuiste quien en su pecho
Marcó la primera hora
Del temporal que deshecho
Batió á la pasión en flor !

No lastima más la frente
El rayo rojo y ardiente
Del sol que brilla inclemente
Bajo el arco ecuatorial,
Que tu lánguida pupila,
Cuando en un año de penas,
Estuvo fija y tranquila,
Quemando su alma y sus venas
Con su rayo celestial.

Y no ruge una tormenta
Del trópico más violenta,
Cuando la calma fomenta
Del Éter la pesantez,

Que en los senos de su alma
Su oculta pasión rugía,
Fomentada por la calma
Que en tu rostro percibía
Y en tu fingida esquivez.

Mas el náufrago que toca
Casi expirando la roca,
Donde á sus fuerzas convoca
Para alabar al Señor,
No siente, no, la alegría,
El puro contentamiento,
Que el PEREGRINO aquel día
En que bebió de tu aliento
El primer soplo de amor.

Tibio el sol de tus rigores,
De su alma entonces las flores
Volvieron á sus colores
Y á su frescor otra vez;
Y al soplo vivificante
El cáliz todas abrieron,
Y de su aliento fragante
En tu atmósfera esparcieron
Los hálitos de embriaguez.

¿Recuerdas? ¡Cómo te quiso!
¡Cómo vió hecho un paraíso
De oculto mágico hechizo
El universo por tí!
¿Recuerdas, Teresa, el lago,
Y la luna y la barquilla?
¿Recuerdas el dulce halago
Con que del mar á la orilla,
Te hablaba una tarde así:

Alma del alma mía, cuán bella es esta hora
Sintiéndote á mi lado y á orillas de la mar!
¡ Ay! cómo eres hermosa! El sol se descolora,
¿ No ves ? Se ha enamorado de tu beldad quizá.

Yo sé que es muy sublime para que dure mucho
La dicha que los cielos me han regalado en ti;
Mas no pensemos esto. — Cuando tu voz escucho,
De todos los mortales yo soy el más feliz.

Mi orgullo es el amarte. Mi lauro de poeta,
Poseer para mi lira tu celestial amor;
Tener entusiasmado, dentro la mente inquieta
Los últimos sonidos de tu adorada voz.

¡ Qué linda es tu cabeza, mi enamorada hermosa,
Qué bien una corona vendría en esta sien!
¡ Cuán dulce es tu mirada! Tú no eres una Diosa,
Pero algo eres al menos más bello que mujer.

Con tu amor, entusiasmado,
Fué muy feliz á tu lado;
Fué también muy desgraciado,
Bien — ya todo se acabó.....
Mañana también la historia
De aquellos dulces momentos,
Se acabará en tu memoria,
Sin fuerza los juramentos
Que de tu labio escuchó.

¡ Oh! no te ofendas, Teresa!
Todo en la naturaleza
Nace y muere con presteza
Por una ley eternal!

Y en el corazón humano,
Solo hay un amor tan fuerte,
Que pasa puro y lozano
Desde la vida á la muerte,
Y es el amor maternal !

Sólo también cuando el seno,
Siempre de suspiros lleno,
Está tragando el veneno
De la orfandad y el dolor ;
Queda en la memoria fijo
Aquello que antes solía,
Como bálsamo prolijo,
Curar la melancolía
Que nace del desamor.

Mas tú eres mujer y hermosa,
Muy sensible y generosa,
Para que pueda ominosa
Ser la suerte para tí.
Tú olvidarás al proscrito ;
No importa : gracias, señora,
Por aquel tiempo bendito...
Un mes, un día, una hora,
Él te lo agradece, sí.

Bajo de cielos extraños
Él transita ha muchos años
Camino de desengaños
En su triste juventud,
Para poder en la vida
Sorprenderse con despecho,
Al ver que la más querida
Mujer de su ardiente pecho
Le guardó una ingratitud.

Y más que en el mar arenas,
En su corazón hay penas
Para poder las amenas
Horas de amor olvidar.....
Ya está contento el destino,
Ya son horas del pasado,
Ya suspira el PEREGRINO
Por el viento acariciado,
En los brazos de la mar.

ILUSIÓN

Todo eres tú : — los cielos sin colores,
Tibia la brisa, sin su luz el día,
Turbios los ríos, sin olor las flores
Donde no encuentro la adorada mía.

Todo eres tú : — sin fuerza la memoria,
Mi vida es una vida sin pasado,
Que no tiene más flores, más historia,
Que el solo nombre de mi bien amado.

¿ Me amas ? ¡ oh, soy feliz ! Pero, ángel mío,
Á mi felicidad falta una cosa :
Vamos á orillas de mi patrio río
Á respirar su brisa deliciosa.

Sin Buenos Aires, á mi labio toca
Siempre la miel mezclada con veneno ;
Ven á mi patria, ven, y mi alma loca
Rebose de placer dentro mi seno.

¡ Oh, sí, tú vienes ya ! ¡ qué hermoso río !
Estas son de mi patria las orillas ;
Míralas con placer, encanto mío ;
Y..... ven ahora..... pronto..... en mis rodillas.

Así... tiende á la espalda tus lángüidos cabellos,
Inclíname tu rostro teñido de rubor ;

Tus ojos en los míos para cambiar con ellos
Inmaculados rayos del fuego del amor.

Consiente que mis brazos estrechen tu cintura;
Reclina aquí en mis hombros tu alabastrina sien...
Al río ha enamorado tu angélica figura,
Y besa con recato tu delicado pie.

El sol acaba — ¡ mira ! — de sepultar su frente
¿Qué cielo hay más hermoso que el que nos cubre aquí?
Mira ese azul tan limpio, tan terso; solamente
Habrá en el alma tuya tranquilidad así!

¿ No sientes un aliento purísimo de aromas
Que te dilata el alma, que espíritu te da ?
Son brisas que nos llegan de las floridas lomas
Y las sahumadas islas que baña el Paraná.

Si bajo de estos cielos tan límpidos y hermosos
No se alza entre sus nubes el trono del Señor,
Bien pueden á lo menos alzarse majestuosos
El trono de la gloria y el templo del amor.

Repíteme al oído... ¡ despacio ! — que no sienta
El adormido río los ecos de tu voz ;
Repíteme, alma mía, que tu alma se alimenta
Con el amor que puso dentro mi seno Dios.

¡ Mi amor ! Deja — se vuela fugaz hasta las olas
El velo que cubría tu pudorosa sien ;
Las brisas se lo lleven, y que mis manos solas
Te cubran y te guarden, mi enamorado bien !

Á LA CONDESA DE WALEWSKI

EN 1847

Ya, Señora, entre vos y los proscritos
Hay algo de común que os simpatiza —
Lazos cuando más tristes más benditos :
Pila donde el mortal se fraterniza :

Unión de que hace el corazón alarde ;
Pura como el rocío de la aurora ;
Triste como las sombras de la tarde —
Fraternidad de lágrimas, señora.

Ni en vos ni en ellos la memoria un día
Podrá olvidar á la argentina playa ;
Ni el alma nunca suspirar podría
Sin que un suspiro á Buenos Aires vaya.

Parece que esa patria hubiera sido
Por el Genio del mal arrebatada
De los brazos del Ángel, descendido
Á velarla en su cuna inmaculada.

Y que allí do no alcanzan los tiranos ;
Naturaleza con su brazo alcanza,
Y en las obras más puras de sus manos
Se cumple alguna mágica venganza !

Vos, señora, nacida bajo un cielo
Do siempre el iris y la aurora víais,
Recién alzando el nacarado velo
De vuestra juventud ¿ llorar sabíais ?

¡ Ah ! llegasteis allí ! y en vuestra suerte
Las flores con el llanto descoloran ;
Que en esa tierra de infortunio y muerte
Hasta las piedras insensibles lloran.

Disteis un ángel á la patria mía ;
Pero al arrullo del materno anhelo
La tempestad del Plata respondía,
Y asustado el querub volóse al cielo.

Llanto de madre vuestros ojos dieron ;
Y, asida al corazón la suerte ingrata,
Lágrimas y gemidos se perdieron
Entre las brisas del salvaje Plata.

Ved ¡ ay ! señora, en vuestro propio llanto
El llanto de mil madres argentinas.
¿ Dónde sus hijos son ? ¡ Ah ! cómo es santo
El duelo de esas almas peregrinas !

Allí donde perdisteis vuestra hija,
Allí arrancados de sus brazos fueron ;
Y allí donde llorasteis tan prolija,
Sobre *sangre* sus lágrimas corrieron.

Mas vos, al menos lloraréis amores,
Libre, en la urna vuestros ojos fijos ;
Y ellas no pueden ni tejerles flores,
Ellas no pueden ni llorar sus hijos.

¡ Ay, señora ! tened en la memoria
Que esa patria infeliz que veis en luto,
Llorando siempre su perdida gloria,
Miró nacer á vuestro tierno fruto.

Que allí, en el labio maternal bebisteis
Su primer respirar, su primer grito :
Que allí, en el brazo maternal sentisteis
El primer sueño de su ser bendito.

Que ella en los cielos argentinos mora :
Que allí os la diera Dios, y á Dios entonce
Por su patria infeliz rogad, señora...
Súplica de mujer conmueve al bronce.

Ama una madre hasta la pobre lana
Que ha cubierto á sus hijos en la cuna,
¿ Cómo no amar la patria donde ufana
Les vió nacer, por mal, ó por fortuna?

¿ Cómo no amarla vos, si sois nacida —
Brillante flor del Alpes italiano —
Donde esa voz : *la patria*, es voz de vida
Con que abre y late el corazón temprano ?

Oh, y no el amarla vuestro pecho sienta ;
Porque esa patria que en cadenas llora,
Es el diamante que en su sien ostenta
Esta virgen América, señora.

Mas, cual murió al nacer la flor preciosa
Que hoy llena de dolor vuestra memoria,
De esa patria también, en noche umbrosa,
Murió al nacer el fruto de su gloria.

Mas, cual vendrán un día á vuestro seno
Consolación y frutos venturosos,
Á esa patria vendrá, limpio y sereno,
Cielo de paz, y tiempos deliciosos.

Rogad, señora, por la patria aquella
Do vuestra hija amaneció á la vida ;
Acaso, un día, cuando os hablen de ella,
« Fué su patria » diréis envanecida.

Si hoy todos la abandonan en su duelo,
Quédele al menos la plegaria pura
De aquellos que conservan en el cielo
Ángeles que comprenden su amargura.

Ellos á Dios le contarán de hinojos
El ¡ ay ! del mundo que á los cielos llega ;
Y allí, á la luz de sus benignos ojos,
Ya vuestra hija por su patria ruega.

Á BOLIVIA

EN 1846

I

Divina inspiración, genio del canto,
Tiende sobre mi sien tus blancas alas,
Y de entusiasmo en la pupila el llanto,
Suba la mente á las etéreas salas.

Postrada el alma ante el eterno trono
Beba las auras que el Señor respira,
Y de las arpas de marfil al tono
Temple las cuerdas de mi dulce lira.

La luz de Dios, radiante á mi memoria;
La voz de Dios, á mi mundano acento;
Y en un mar de esperanzas y de gloria
Se lance al porvenir mi pensamiento.

Tú grabaste, Señor, Dios de los mundos,
En la frente de América una estrella
Que al futuro en sus cóncavos profundos
Alcanza un rayo de su lumbre bella.

Yo seguiré ese rayo soberano
Á sorprender los siglos con mi mente,
Como la fe del corazón cristiano
La lumbre sigue de tu regia frente.

Yo leeré nuestro tiempo con su rayo.
Genio del canto, ven, mi nombre imprime
En la arena del río Pilcomayo
Dándole á mi alma inspiración sublime.

II

Bolivia, tierno seno
Del corazón de América mi madre,
De amor y vida, y esperanza lleno,
Como la luz del astro
Señor del Inca que tu frente dora;
Verde promesa del futuro hermoso,
Virgen en cuyas sienes de alabastro
La mirada de Dios refleja y brilla;
Al levantarse tu radiante aurora,
Yo te saludo de la triste orilla
Que baña el Plata en su raudal undoso.

En la noche sombría
Que el humo del cañón formó en tu cielo,
Quebraste con tu espada
De tres centurias la coyunda impía.
El león de las Españas, en tu suelo,
Desde la sien nevada
Miró al cóndor del Andes boliviano
Como flecha de Dios caer á su frente;
Y su hercúlea pujanza de repente
Con su airado rival luchara en vano.

De América el cimiento
Se conmovió al estrépito gigante
De un torrente de lanzas que violento
Invadió por las sierras y los llanos,
Quebrando con sus puntas de diamante
La muralla de bronce,
Do el pendón de los viejos castellanos
Se desplegaba entonce
Sobre acerada clava,
Bajo el cielo de América su esclava.

Y en aqueste torrente
Allí la patria de Belgrano estaba,
Allí la Paz y Cochabamba alzaron
Ceñida de laurel su altiva frente,
Y á los ecos del Plata se mezclaron,
Bajo la luz de Mayo,
Los ecos del Bermejo y Pilcomayo.

Allí estaba el desierto;
Y en un mundo sin fin, sin horizonte,
Allí la selva y empinado monte,
Allí el mar que Balboa saludara,
Y allí las rocas que Colón pisara.

Todos, todos allí, y allí la patria
Del ancho Beni y Potosí opulento,
Quebrando sus cadenas
En aquel día de sublime intento;
Y con sangre copiosa de sus venas
Bautizando la frente
Del mundo que legaban
Á la futura americana gente.

Sangre preciosa que Ayacucho viera
Del pecho varonil como un rocío
De los cielos caer, para que un día
Cada gota inmortal un pueblo fuera.

Animad, animad el cuerpo frío
De los héroes allí... La fosa umbría
Su polvo esparcirá, y ELLOS, la frente
Con aureola del mártir alumbrada,
Y el descarnado brazo
En los hombros del ángel de la gloria,
Subirán á la sien del Chimborazo
Por la huella esplendente
Que hizo del carro veloz de la victoria!!

¡Animad, animad! Ellos sus ojos
En torno volverán... las cordilleras
Inclinarán sus sienes altaneras:
Callarán sus enojos
Las irritadas olas de los mares,
Y las Llamas y el Cóndor escondidos,
Los valles y las selvas y los montes,
El sol y los ardientes luminares
Sin ley, sin horizontes,
Serán de santa admiración henchidos.

III

Mas tu misión, ¡oh Bolivia!
No estaba sólo en tu lanza,
Que otra más alta esperanza
Reservó Dios para tí:
Tus héroes en los combates
No fueran más que tu aurora
Que vino á anunciar la hora
En que habrá el sol de salir.

Esa misión del acero
La llenaron tus campeones,
Pero á otras generaciones
Legaron otra misión:
Tan rica de gloria y nombre
Tan orlada de opulencia,
Que fué la más bella herencia
De su paternal amor.

Tocas y admiras los Andes,
¿No es verdad? pues tu cabeza
Con más poder y grandeza
Un día levantarás.

Que es América el emblema
Del Cóndor entre la nube,
Cuando más arriba sube
De la ronca tempestad

Pero la mano del cielo,
Entre misterio profundo
Pareció robarte al mundo,
Huérfana y oculta flor:
Y abandonada, perdida,
Cual un diamante entre rocas,
Lo que hoy tan posible tocas
Ayer pareció ilusión.

¡ El mar ! sublime esperanza
De tu ambición más sublime!
Es tuyo, Bolivia, imprime
Sobre las ondas tu pie:
Es tuyo, vuela, te espera
La brisa de los oceanos,
Para mecer soberanos
Los laureles de tu sien.

Es tuyo, que de sus ondas
Tu porvenir al oriente,
Dora espléndido la frente
De tu más bella región,
Y el diamante entre las rocas,
La huérfana flor perdida,
Sube con él á otra vida
Buscando un tiempo mejor.

No son tus minas, Bolivia,
La fuente de tu existencia,
Ni tu futura opulencia,
La contiene el Potosí;

Los pueblos no se enriquecen
Pisando sobre metales:
Serán otros los canales
De tu hermoso porvenir.

Serán tus ríos, señora,
Que de tu seno profundo,
Filtrando por todo un mundo,
Nacen y buscan el mar.
Serán tus bosques, tus llanos,
Tus perfumadas praderas,
Y las extensas riberas
Del Reni y del Paraguay.

Serán tus manos quebrando
Los diques de la ignorancia,
Para decir con jactancia,
Europa, ven por aquí.
Y mirar en cada río,
Luchando con su corriente,
Llegar su industria, su gente
Á un mundo rico y feliz.

Á un mundo donde la Europa
Tiene fija su esperanza,
Porque en el suyo no alcanza
En el tiempo un *más allá*:
Á un mundo donde más tarde
En cada empinado monte,
Tendrán su luz, su horizonte,
El genio y la libertad.

¡Ve adelante! los oceanos
Te esperan con impaciencia,
Y del cielo la clemencia
Escribe tu *más allá.*

¡Ve adelante! tus hermanos
Que baña el potento Plata,
Te batiremos las manos
Al ver tu enseña pasar.

Ese tirano que rudo
Rasga á tu hermana las venas,
Pone, bárbaro, en cadenas
Lo que también es de tí;
Pero mañana su cuello
Será presa del verdugo,
Y el Paraná sin su yugo
Sonreirá al verte feliz.

IV

Feliz en tu grandeza
Cual fuiste con tu lanza,
Lidiando con la saña
Del déspota español:
Feliz como los pueblos
Donde la mar alcanza
Dorados con la lumbre
De americano sol.

Rasgado tu misterio,
Radiante de hermosura,
Descubrirás al mundo
Tu rostro virginal;
Y el mundo entusiasmado,
Para la virgen pura,
De joyas de la mente
Preparará un caudal.

Que por tus ríos llenos
De vida y opulencia
Te invadirán torrentes
De civilización ;
Y vibrarán los ecos
Del arte y de la ciencia
Donde antes retumbaron
Los truenos del cañón.

En el grandioso Chaco
Las fértiles llanuras
Sorprenderá la industria
Del europeo al fin :
Y en cada sol que dore
Del Andes las alturas,
De tu futuro hermoso
Se agrandará el confín.

Y como aspiras ámbar
De tu jardín de selvas,
La atmósfera del genio
Respirarás también ;
Que á do tus manos lleguen,
Á do tu vista vuelvas,
Te bañarás en luces
De boliviana sien.

No en vano en lo más alto
De América blasonas,
Nutriendo de tu seno
Dos mares á la par ;
Gigantes sin rivales,
El Plata y Amazonas
Que pueden del océano
Las ondas desafiar,

No en vano se levanta
Sobre metal tu asiento,
Bolivia, no hay arcanos
Á tu destino, no;
La suerte de los pueblos,
El Dios del firmamento
Sobre su suelo mismo
Grabada les dejó.

Mañana tus hermanos,
Desde el Estrecho al Istmo,
Á contemplar tu frente
Sus ojos alzarán;
Y con tus mismas alas,
Y con tu genio mismo,
Tu porvenir al mundo
Contigo mostrarán.

Que á los futuros siglos,
Del Andes se divisan
Precipitarse raudos
Al mundo de Colón,
Como al nacer el alba
Las luces que se aprisan
Á iluminar los cielos
En fúlgida invasión.

Mañana el europeo
Cuando á buscar se lance,
De América en la orilla
La luz y libertad;
Bolivia, quizá entonces
Á comprender alcance
Que viertes la más bella
Radiante claridad.

Quién sabe si mañana
Conservarás tú sola
Lo que otros al presente
Destrozan con el pie :
Sobre el Perú y mi patria
De sangre hay aureola,
Y un iris de bonanza
Sobre tu sien se ve.....

V

Bendición en la frente de tus hijos
Que en el hogar junto á la tierna esposa,
Hablan de paz y libertad prolijos,
Tejiendo palmas á su patria hermosa.

Calma en las sienes de tu jefe, y gloria
Para su nombre que ennoblece el tuyo :
Sonó ayer ese nombre en la victoria,
Y el que hoy repite el mar también es suyo.

Por la tierra vagando sin destino,
El sol desmaya ante mi sien su rayo ;
¡ Ay ! si el nombre infeliz del PEREGRINO
Conservara tu rico Pilcomayo !

Á MIS AMIGOS DE COLEGIO

¡ Cuán dulce es el recuerdo de los primeros años,
Tan libres de dolores y amargos desengaños.
Entre amistad sincera, bajo del patrio sol;
Cuando la vida se abre purísima y hermosa
Su aroma derramando, como la fresca rosa
Cuando á pintar empieza del día el arrebol!

Cuando del alma ingenua la abrillantada suerte
Hace dudar al niño si hay para el hombre muerte,
Y penas en el mundo para su corazón;
Y nuestro *ayer* se toca con el arrullo tierno
De nuestra cuna de ángel; y el porvenir, eterno
Miramos por el prisma de la imaginación;

Y se cree mentira lo que contar oímos
De humanas liviandades y males que no vimos,
Y amigos que se venden y amores con doblez;
Y á imaginar llegamos al contemplar los viejos,
Que casi es imposible llegar hasta tan lejos,
Ó que nos faltan siglos para sentir vejez;

Cuando en el pecho, inmenso para hospedar amores,
No caben desconfianzas ni ingratos sinsabores,
En medio de los sueños de música y solaz;

Ni caben en el orbe las bellas profecías
Que al alma le diseñan los perfumados días
Que vienen sobre el ala de un céfiro de paz ;

Cuando con fe creemos que nada hay en el mundo
Más bello que el paraje donde se abrió fecundo
Nuestro jardín de vida bajo la luz de Dios ;
Donde nos dar no pueden, el cielo ni la vida,
Placer cual la mirada de la primer querida,
Ni música más dulce que la fraterna voz ;

Cuando la vida ardiente con su ebriedad divina
Quiere apurar de nuevo la copa diamantina
Y su licor recoge del labio maternal :
Sublimidad del alma ! ¡ purísimo embeleso
Que baja de los cielos en el materno beso,
Y desde el labio al alma se escurre celestial ! !

¡ Cuán dulce es el recuerdo feliz de esos instantes ,
En medio de la vista cuando los ve distantes
La ya cansada vida del triste corazón ;
Y allá de lo pasado los toma la memoria,
Como las flores secas de lápida mortuoria
Que cubre algunos restos de nuestra adoración !

Mis jóvenes amigos, vosotros los que un día
Con mi alma concertasteis la cándida armonía
De vuestras bellas almas en la primer edad ;
Jamás fué vuestra imagen á mi memoria, ingrata,
Y, cuanto más el tiempo mis esperanzas mata,
Más pienso en aquel otro de amor y de amistad.

Con mis primeros sueños ; con las primeras flores
Que del jardín de mi alma vertieron sus olores,
Inmaculado vive vuestro recuerdo en mí.

El tiempo es impotente para arrancar tirano
Raíces que bordaran el corazón humano,
Cuando las toma virgen y las ahonda en sí.

Mi vida es de recuerdos; yo vivo solamente
Cuando hasta lo pasado las alas de mi mente
Me llevan y me muestran mi rauda juventud:
Allí á mi Buenos Aires; la cuna de mi vida,
De mis primeros sueños, de mi primer querida,
De mi primera falta, de mi primer virtud.

Y en medio á esos recuerdos bellísimos de mi alma
Cuando mis ojos lloran en soledad y calma,
Os sabe, como entonces, mi corazón amar;
Vosotros que partíais conmigo la alegría,
La ciencia y los desvelos, la dulce simpatía,
Las verdes esperanzas, la bolsa y el hogar.

En esta vida errante que en mis tempranos años
Arrastro con mis penas por medio á los extraños
¿En dónde, en qué momento los míos olvidé?
Las tropicales brisas, las ráfagas del polo,
Los montes y el desierto, donde he llorado solo,
Conocen vuestros nombres y mi sincera fe.

Sabedlo, sí, mas nunca me agradezcáis tal cosa:
Pensando en la alborada de mi existencia, hermosa,
Quizá me abruma menos mi noche sepulcral!
¡Ah! ¿recordáis, amigos, lo que era á vuestro lado
Bajo mi patrio cielo? pues bien; todo ha cambiado;
De lo que yo era entonces no queda ni señal.

Aquel cabello negro cayendo en una frente
Donde brillaba tersa la juventud naciente,
¿No recordáis, amigos, al recordarme á mí?

¿ Mis atrevidos ojos, mi estrepitosa risa,
Cuando íbamos contentos á respirar la brisa
Del Plata, no conserva vuestra memoria en sí?

Bien ; mis cabellos negros están emblanquecidos ;
Mi frente está marchita; mis ojos abatidos,
Y si mi labio ríe mi corazón ya no.
Tanto he cambiado, tanto, que si á vosotros fuera,
¡ Ay ! cierto ; al pobre Mármol ninguno conociera,
Si mi alma os ocultara que me acercaba yo !

¡ Treinta años solamente ! ¿ mas dónde guarecida
Queda una flor siquiera de mi lozana vida,
Yermada por el ala de rauda tempestad?
¿ Qué idea ha esperanzado mi pensamiento fuerte,
Que, al golpe de diamante de mi terrible suerte,
No se haya hecho pedazos en mi temprana edad?

¡ Oh, cuántas veces, cuántas, la sien he sacudido ;
Y, cual salvaje potro que vuela perseguido,
Sin freno me he lanzado buscando no sé qué !
¡ Ay ! sí, lo sé, Olvido : — buscando solamente
Cualquier Leteo humano donde bañar mi frente,
Donde alejar un poco lo que mi vista ve.

Mas, ¡ eh ! yo no he podido jamás con mi destino :
Luchamos brazo á brazo desque en mi busca vino,
Pero él es un demonio con nervios de metal;
Y por segar tan sólo de mi alma los deseos
Me aparta, si los busco, de locos devaneos,
Y soy dos veces bueno sufriendo doble mal.

Sí; para mí en el mundo labrada está una huella ;
Venid, corazón mío, marchemos ¡ ah ! por ella,
Mientras mi mano lleva la copa del dolor.

Y mientras vas regando con lágrimas tu historia,
Te irá dando en el mundo consuelos mi memoria,
Las horas recordando de mi rosado albor.

Venid por esa huella, mi vida será corta,
Pues que la humana trama las penas no soporta
Sino hasta cierto linde que determina Dios.
Yo sé que de mi vida la fuente se aniquila;
Yo sé que lo conozco con ánima tranquila,
Sin lágrima en los ojos ni quejas en la voz.

Amigos de mi infancia; mis tiernos compañeros,
Que miro recordando mis días placenteros,
Acaso nunca, nunca me volveréis á ver!
Yo sé que en mi sepulcro no crecerá una rosa
Que se abra y se matice bajo la luz hermosa
Del sol que sorprendiera mis ojos al nacer.

Pero ¡ay! pagadme siempre recuerdo con recuerdo,
Y si mis tristes días en suelo extraño pierdo,
Los ecos no se pierdan de mi infeliz Laúd.
Reconquistad mis versos, en que hallaréis mi historia;
Después... después, acaso, no muera mi memoria...
Yo he visto algunas flores nacer de un ataúd!

SUEÑOS

Venid, venid ¡oh sueños! á mi abrasada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir,
Y siéntame bañado de lumbre refulgente,
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo
Perciba de la fuente, cual amorosa voz,
Y en los espesos bosques el inocente arrullo
Del céfiro en las hojas, al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos
De donde lluevan palmas á mi inspirada sien,
Y mire descorridos los azulados velos
En las doradas puertas del suspirado Edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores,
Apenas matizadas con oro y arrebol,
Desciendan, y, con ellas, envuelto en sus vapores,
Me eleve á las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios;
Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno
Al escuchar mi oído su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente
Como salió la lumbre del fúnebre capuz,
Al contemplar absorto sobre su santa frente
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano
Del soplo que alimenta la vasta creación,
Comprenda cuando aspire su aliento soberano,
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios
Convulsionando mundos con su potente voz,
Al ver su chispeante carroza de topacios
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y á comprender alcance, cuando sus santas huellas
Los límites marcando del universo van,
Como su luz esconden la luna y las estrellas
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,
Mi corazón bañado de religioso llanto,
Á comprender alcance su misterioso Ser.

Y palpitando henchido *de inspiración sublime*,
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,
Como la voz del viento cuando en la selva gime,
Se exhale melodiosa mi conocida voz.

Y brote pensamientos de mi inspirada mente,
Sublimes y abrasados del fuego celestial
Que brilla en los espacios ya rojo y esplendente,
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid, ¡oh sueños! y el corazón sereno
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;
Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no.....
Yo vivo solamente cuando febril deliro
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della
Si descorrido el velo de la razón las ve?
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquella
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida si le faltara un día
De la florida mente la diamantina red
Que compasiva tiende sobre la fuente umbría
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra
Que sobre el mundo pone para correr veloz?
Venid, hermosos sueños, y á vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios...!

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fratricida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos á contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitáis al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante,
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

EN UN ÁLBUM

Cuando á la luz del argentino cielo
Leas, casta beldad, estas palabras,
Que en tu alma virginal haya un recuerdo
Para el pobre proscrito que las manda;
Y que un recuerdo tuyo le compense
Del olvido de todos en su patria!

Á BUENOS AIRES

DECLARADA LA INTERVENCIÓN ANGLO-FRANCESA

Otra vez, patria mía,
Las naves de la Europa sobre el Plata,
Hacen la onda gemir y de sus reyes
Otra vez por tus playas se dilata
El eco de su voz dictando leyes.
Se oscureció aquel día,
Radiante luz de tí, sombra de Europa,
En que al huir las naves de Inglaterra,
Dando á tus playas con pavor la popa,
Dejaban sus pendones
De alfombra ensangrentada de tu tierra,
Y en sus rendidas armas
El símbolo primer de tus blasones.

Se oscureció aquel día,
Sin noche en tus anales,
En que del Plata las gigantes olas
Sorbiéndose las naves españolas,
Lanzaban á tus manos
Para adornar tus santas catedrales,
La enseña de los héroes castellanos.

¿Qué ha sido de tus tiempos, patria mía?
¿Qué ha sido de tus glorias y tus hombres?
No eres más que una lápida bordada
De emblemas y de nombres,
Sobre cenizas descansando fría,
De polvo y de malezas rodeada!

¡Buenos Aires! ¿Recuerdas aquel tiempo
De libertad, de gloria? — Pues el mundo
Que, cuando grande, te batió las manos,
Desprecio siente ó desamor profundo,
Cuando esclava te ve de los tiranos.
Y yo, yo que te debo
La vida que respiro, si prolijo
Á nombrarte me atrevo,
Es porque yo respeto la grandeza
De tus pasados días... como al hijo,
En cenagal de vicios degradado,
Le doblamos de paso la cabeza
En homenaje de su padre honrado.

Te insultan ¿y por qué? ¿Lo ignoras? Habla:
Pregúntalo al gaucho que consientes
Jugar con destinos, cual un día
Jugaba á degollar los impotentes
Toros prendidos al certero lazo
Y en salvaje alegría
Mostraba tinto de su sangre el brazo,
Cuando allá entre las hordas de la Pampa
Era de Satanás alma y estampa.

Ante la luz del siglo en que vivimos,
Ante la religión y paz del mundo,
La sangre con que empaña nuestro suelo,
Y su sed de delitos insaciable,
Son un sarcasmo bárbaro, execrable

Á su siglo, á la paz, al mundo, al cielo.
El linde de los pueblos
Ya no marcan sangrientos los aceros;
Ni su poder levanta
Cristiano pueblo en cráneos extranjeros,
Pisando de otros pueblos la garganta.
Y Rosas, la primera
Reputación del siglo, iluminada
Con las llamas del Tártaro : pigmeo,
Gigante en lo atrevido : — « dondequiera,
Dijo, alcance mi mano ensangrentada,
Soy yo quien lo deseo,
Brote sangre la tierra, y sangre y sangre. "

Y las olas del Plata,
Y el Uruguay salvando sus legiones,
De un pueblo joven, desgraciado, hermano,
Hizo teñir sus campos de escarlata;
Borrando con la ley de sus cañones
La cara independencia que le dieron
Generosos los viejos campeones.

Los ecos del cañón vibrando fueron
Por las olas atlánticas á Europa,
Y la Europa escuchó... Cansada dijo,
Como Dios á la mar, *tu linde fijo,*
De aquí no pasarás... Y ved la popa
De las guerreras naves de repente
Desplegar en el Plata las banderas
De la Francia y de Albión...

¡Triste destino
Es el tuyo, infeliz pueblo argentino!
Por la ambición de un déspota insolente,
Tienes que soportar las extranjeras
Penas de justa ley, siendo inocente :
Así para extirpar yerba dañina,

Si cava el labrador profunda huella
En extenso jardín, hiere por ella
La raíz de la inocente clavellina.

Él, nada más. Su loco desvarío,
Su sed de sangre, su ignorancia terca
Labra tu esclavitud, tu yugo impío,
Y de ignominia y de baldón te cerca.

¿Te pesa ver el pabellón de Mayo
Por la primera vez escarnecido?
Pues sacude el desmayo
Pronto del corazón. En el momento
Un cadalso levanta, y suspendido
Amanezca el salvaje
Con la melena ensangrentada al viento.

Un cadalso, dos, cien ó mil cadalsos
¿Qué importa? — son la cuenta del verdugo —
Mas por librarse de tamaño ultraje,
Si es necesario que sacuda el yugo
Al fin un pueblo uncido, mil gargantas,
Cortadas por la ley, ya no son tantas;
Y el pueblo que las corta, con sus manos
Se libra de la afrenta y de tiranos.

Él, nada más. Astuto y sin coraje,
No le acompaña al crimen la osadía,
Y culpa á los proscritos de ese ultraje
. . . . . .

¡Mentira, patria mía!
Mentira, como su alma, emponzoñada;
Negra como la sangre de su seno;
Torpe como su estirpe renegada;
Agria como la leche con veneno
Que nutrió sus entrañas, cuando al mundo,
En vez de madre, le abortó el profundo.

¡Mentira, patria mía!
Argentino y traidor no alumbra el día:
Y tus proscritos por doquier errantes
Sin hogar, y sin pan, y peregrinos,
Son desgraciados, sí, pero argentinos.

En campo abierto, con desnuda frente,
Á los tiranos por doquier buscaron,
Y, á par del brazo el corazón valiente,
Quebraron lanzas donde lanza hallaron:
Y sólo al pie de la bandera nuestra,
Y mandados en lengua de Castilla,
Centellearon los sables en su diestra,
Para lavar con sangre tu mancilla.

Si á la faz otra vez de las naciones
La Francia huye la guerra;
Alzando á Dios el alma esperanzada
¡Oh Rosas! otra vez te probaremos
Que cañones y ejércitos tenemos,
Mientras tengamos corazón y tierra.

Mientras haya argentinos
Que lleven, como yo, sobre su frente
La libertad y el patriotismo escritos,
Y dentro el corazón la fiebre ardiente
Del odio por tu nombre y tus delitos.
Hombres que, como yo, ni desesperan
Cuando te halaga la fortuna un día,
Ni la victoria esperan
Más que de su tesón y su osadía.

Como yo, que mi credo es la victoria;
Mi fe la libertad, y mi esperanza
El porvenir, de cuyo sol hermoso
Un destello doquier mi mente alcanza.

Destello bendecido por mi lira,
Hoy bajo el arco tropical radioso
Donde el cielo, la luz y el campo inspira;
Ayer sobre las ondas del océano,
Bajo el día sin sol del yerto polo,
Cuando perdido y solo,
Á las fraguas del rayo alcé la mente
Con lira de bronce entre mi mano;
Y al son de las tormentas y los vientos,
Rugiendo mis acentos,
Lancé una maldición sobre tu frente.

AL SOL

¡ Por qué pasas ¡oh rey de los astros!
De las puertas que te abre el oriente;
Por qué deja más tarde tu frente
Del ocaso los bordes también!
Dos momentos no más eres bello
Á los ojos del ánima mía;
El momento en que anuncias el día,
Y el momento en que velas tu sien.

Esa lluvia de llamas que viertes
En tu vasta y radiante carrera,
Da sublime esplendor á la esfera,
Mas no al alma ilusiones de amor.
Al mirarte en el cenit, mi alma
Se concentra ofendida y vacila,
Como tiembla la herida pupila
Á tu rojo y ardiente color.

En la luz hay misterios divinos
Que no alcanzan las almas de hielo:
Tú los tienes, lumbrera del cielo,
Foco eterno de vida y de luz.
¡ Gloria al bello momento en que asomas
Sobre cuna de nácar y rosas!
Gloria ¡oh sol! cuando débil te embozas
Entre velos de leve capuz...!

Desde el cielo á este mísero mundo
Todo el orbe respira alegría
Cuando pintas las rosas del día
De la aurora en la cándida tez.
Cual despliegan las flores su broche,
Abre el alma sus cálices, pura,
Y en amor y esperanza y ventura
Se armoniza y suspira á la vez.

De la aurora las lágrimas brillan ;
Olas de ámbar y amor se esparraman ;
Y, á la par de las aves, te aclaman
Bosque y prados, montañas y mar.
Allí copias la vida del hombre
Cuando empieza sus horas de mundo,
Cuando todo es etéreo y fecundo,
Cuando es dulce hasta el mismo llorar.

¡ Gloria, gloria, tesoro del cielo,
Cuando llegas también al ocaso,
Y con lento fatídico paso
Vas diciendo á los hombres ¡ adiós !
Cuando cerca á tu pálida frente
Las estrellas asoman prolijas,
Como en torno á su padre las hijas
Cuando su alma se vuela hasta Dios !

Nada muere á los ojos del hombre
Sin robar á su pecho un suspiro ;
Y al bajar de tu espléndido giro
Viertes ¡ ay ! melancólico amor.
¿ Quién, mirando tu lumbre postrera,
No ha llorado una vez en su vida,
Al influjo de pena escondida,
Sin poder definir su dolor ?

Dios, la patria, destino, y amada
Son recuerdos constantes del alma,
En las horas de paz y de calma
En que tocas del cielo el confín.
Y en el alma el amor se dilata
Con más dulce verdad en su esencia,
Porque toda es amor la existencia,
Cuando piensa un momento en su fin.

Y en la tumba de ocaso cayendo
Tu opulenta magnífica frente,
Para luego llegar al oriente
De otra nueva y lejana región.
Representas la vida del hombre
Descendiendo á la vida del suelo,
Y á la vez remontando su vuelo
Fugitiva á otra nueva mansión.

Gloria ¡oh sol! cuando pintas el alba
Con un tenue carmín de tu rayo!
Gloria ¡oh sol! al llegar en desmayo
Á la tumba de ocaso también!
Dos momentos sublime te muestras
Á los ojos del ánima mía:
El momento en que anuncias el día:
Y el momento en que guardas tu sien.

RECOGIMIENTO

Volad de mi memoria pensamientos
Del mundanal perpetuo desvarío;
Sarcasmos de grandeza y poderío
Que altanera la mente concibió:
Fosfóricos destellos que fulminan
Relámpagos de luz al pensamiento
Para dejar más negro el fingimiento
Luego que el brillo de su luz murió.

Volad, y en vuestras alas fugitivas
Arrebatad mi perdurable duda;
Dejad mi alma tenebrosa y muda,
Pero al menos dejadla esa verdad.
Deshaced en mi ardiente fantasía
Ese que forma brillantino encaje
Para ver al través de su celaje
Mentida la enlutada realidad.

Hoy no quiero que brillen mis palabras
Al resplandor de mi abrasada mente,
Ni tampoco que exhale tristemente
Un tono melancólico mi voz.
Hoy siento que me abruma la existencia,
Me pesa el corazón, me duele el alma,
Y quiero, sólo, en majestuosa calma
Salir del mundo para *hablar con Dios!...*

Perdóname, Señor, si tanto elevo
Mi orgullo de mortal : — hablo contigo
Cuando las huellas de tu gloria sigo
Remontado en las alas de la fe.
Y en ellas, religioso el pensamiento,
Volando á las regiones de tu gloria,
Mas te veo, Señor, que en la memoria,
Me hallo de hinojos á tu mismo pie.

Yo te miro, Señor, sobre tu trono
Rayos vertiendo de divina lumbre,
Que refleja la vasta muchedumbre
De esos globos de fúlgido esplendor.
Rayos que parten de tu frente hermosa
Para argentar los anchos universos,
Discurriendo sutiles y diversos,
Cambiando de sendero y de color.

Yo percibo el aliento de tu boca,
Para los mundos delicada brisa,
Y miro por tu rostro la sonrisa
Al ver los mundos respirar en él.
Giras tus ojos y los astros giran ;
Y, á cada paso que tus plantas sellan,
Los siglos y los siglos se atropellan,
Gigantes que te siguen en tropel.

Veneración ; ¡ Señor ! el alma mía
Se embriaga con los himnos de tu coro,
Que en arpas de marfil y liras de oro,
Los tonos acompañan de tu voz.
Atónito mi espíritu les oye...
Suavísima encantada melodía...
Olas leves de mística armonía
Cruzan la esfera repitiendo — ¡ Dios !

Son, Dios mío, tus ángeles divinos
Que suspenden las orlas de tu manto,
Y en redor de tu trono alzan el canto
Que no sube más alto de tu sien...
Cantan y vuelan en redor del cielo,
Y, con la lumbre que brillante exhalas,
Se atornasolan sus pequeñas alas,
Que brillan, se oscurecen y se ven.

Cantan, y las estrellas reverberan
Sobre el Eter magníficos colores;
Abren sus globos las pintadas flores
Y regalan perfumes á su voz;
El mar se duerme, y el desierto calma
Al vendaval en sus ligeras huellas;
Pues desiertos y mar, flores, y estrellas
Quedan acordes murmurando: ¡Dios!

Veneración, ¡Señor! en todas partes
Absorta te contempla el alma mía;
La obscura noche y el rosado día
Mirad, me dicen, tu Hacedor AHÍ.
Las sombras de la tarde misteriosas,
Del céfiro apacible los suspiros,
De la aurora las perlas y zafiros,
Mirad, me dicen, tu Hacedor, AQUÍ.

Aquí está Dios, me grita revolviendo
Sus crines espumosas el oceano,
Frenético azotando soberano
La roca que sus límites le da.
Aquí está Dios, la roca le responde;
Grita en su cima el águila lo mismo,
Y el leviatán contesta del abismo:
Aquí también el Hacedor está.

¿ Pero dónde, Señor, más te percibo ?
¿ Dónde más sabio y poderoso y bueno ?
Aquí, buen Dios, en mi doliente seno
Cuando llevo mi mano al corazón.
Cuando la sangre como llamas siente,
Cuando al impulso del dolor palpita,
Cuando el influjo de tu fe bendita
Le inspira angelical resignación.

¿ Qué dolor desconoce el pecho mío ?
¿ Qué llanto no ha caído de mis ojos ?
¿ Y en qué pena, también, mi alma de hinojos
No se postró para elevarse á tí ?
¿ Y en qué momento le negaste á mi alma
Paz y consolación en sus pesares,
Á la luz de tus pardos luminares
En que más bajas silencioso á mí ?

Veneración, ¡ Señor ! ¿ quién en silencio
Puede mirar las fúlgidas estrellas,
Sin mirarte también en medio á ellas
Animando su célico esplendor ?
Yo te adoro, mi Dios ; yo te comprendo
Y á tí dirijo mi sentido canto,
Porque hoy mis ojos necesitan llanto,
Y lloro conversándote, Señor... ! ! !

Mi planta marcha herida
Del mundo en el camino ;
Las flores de mi vida
Deshoja el vendaval ;
Las nubes se amontonan
En torno á mi destino,
¡ Proteja al PEREGRINO
Tu mano celestial !

En mi época de saña
Se agosta mi existencia,
Como en arena extraña
La trasplantada flor;
Pero una voz secreta
De tu divina esencia
Conforte mi conciencia,
Me aliente de valor.

Doquier giro mis ojos
Me encuentro desvalido;
Injusto sus enojos
El mundo me lanzó.
Mas yo, Señor, su dicha
Temblando te la pido;
Mi llanto en el olvido
Por siempre se quedó.

CANTO DEL POETA

I

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida,
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar.
Y, la vela desplegada,
Y en el mástil mi corona,
Si por mí ninguno abona,
Yo por mí sabré abonar.

Vuela, vuela,
Mi barquilla,
No hay orilla
Que tocar;
Que en tu rumbo
Tan incierto,
Es tu puerto
Todo el mar.

II

Si me encuentra algún pirata
Y á mi rumbo presto vira
Yo me río, y en mi lira
Suena un canto sin afán.

Que al puñal que me amenaza
La alma mía no se inquieta,
Pues si matan al poeta,
La canción no matarán.

Vuela, y todo
Desafía,
Barca mía,
Sin temer;
Que lo humano
No se avanza
Donde alcanza
Tu poder

III

Cuando recio brama el viento
Y la ruda mar se empina,
Mi cabeza se reclina
En los hombros de mi bien.
Y, al arrullo de las ondas,
Yo me duermo en su regazo,
Mientras forma con su brazo
La corona de mi sien.

Corre, barco,
Descuidado,
Que á tu lado
Va el amor:
Que este niño,
Allí se encanta,
Donde canta
El trovador.

IV

Si altas naves al hallarme
Alzan fuerte su bandera,
« Id con Dios, que es más velera
Mi barquilla, digo yo ;
« De oro y seda son las vuestras,
Mis banderas son de flores ;
Sois más ricas en honores
Pero no más libres, no. »

Vuela, vuela,
Barca activa,
Con altiva
Vanidad :
Que en tu humilde
Popa airosa
Va la hermosa
Libertad.

V

Cuando en medio de las olas
Se deshaga mi barquilla,
Mi corona irá á la orilla
Mientras yo á la eternidad.
Y banderas y altas naves
Cuando ya nadie recuerde,
Mi corona siempre verde
Vivirá en la humanidad.

Sigue, sigue,
Barca bella,
Yo tu estrella
Sé alumbrar.
Yo, que si eres
Sumergida,
Nueva vida
Te he de dar.

VI

En mi barca de poeta
Con mi lira y mi querida,
Surco alegre de la vida
El inmenso y turbio mar.
Vuela, vuela,
Mi barquilla,
Que en tu rumbo no hay orilla,
Y es tu puerto todo el mar.

DESENCANTO

Á CARLOS

I

Al bronco son de súbita tormenta
Colúmpiase el terráqueo pavimento;
Y el ronco trueno con fragor revienta,
Y estalla el rayo y se desata el viento.

Y, cuanto más el huracán da paso
Al trueno, al rayo y á la nube errante,
El Atlas y los Andes y el Cáucaso
Tiemblan sobre sus bases de diamante.

Mas, lanza del cenit luces la frente
Del astro rey que el universo dora,
Y la paz desde el trono de la aurora
Vuelve hasta los confines de occidente.

Pasa la tempestad, pasan las olas,
Pasan los días del nevoso invierno,
Y renacen jacintos y amapolas
Bajo otro sol vivificante y tierno.

Cortamos con afán pasto que enerva,
En un sepulcro venerada rosa;
Pero pasa el dolor, crece la yerba,
Y el rosal muere en la desierta losa.

. . . . . .

Todo pasa ¡Gran Dios! todo trasmuda
Desde el grano de polvo hasta el cometa,
Y solamente su dolor no muda
El corazón del que nació poeta!!!

El canto del poeta es la armonía
Que del cisne la fábula revela:
Que comienza su canto en la agonía,
Y del dolor, cantando, se consuela.

Su suerte es cual la suerte de la aroma
En su árbol espinoso suspendida,
Que solamente con amor se toma
Si al pie del árbol se encontró caída.

Su fugitivo brillo es el que inflama
Lámpara que desvista la pupila,
Que de la lumbre que su sien derrama
Nace la sombra que á su planta oscila.

Ángel en proscrición sobre la tierra
Camina peregrino entre profanos,
Y dentro el corazón recuerdo encierra
De otro ser, de otro amor, de otros hermanos.

Tibias reminiscencias de otra vida
Animada de Dios con los alientos,
Que antes de ser de lo alto desprendida
Vagaba en los celestes pavimentos.

Recuerdo de una dulce melodía
Que vibra en sus oídos hechicera;
Recuerdo de la luz de un claro día:
Recuerdo de una eterna primavera.

Por eso un mundo su memoria crea,
Íntimo, santo, espiritual y puro,
Donde su mente con valor campea
Lejos del bajo lodazal impuro.

Mezcla de sombra y luz, sueña la gloria,
Sueña mundos de dichas y de amores,
Y luego al despertar toca la escoria
De este prosaico mundo de dolores,

Mundo estéril en sí — grano de arena
Perdido en los desiertos del vacío,
Y que un montón de insectos acolmena,
Grandes por su insensato desvarío.

Parodias de poder que alzan las manos
Para medir la mente del poeta...
¡Sacrílega intención! !...., ¡atrás, profanos...!
De rodillas caed... es el profeta.

Es la palabra del Señor caída:
La que oyó el Sinaí sobre su cumbre;
La que tocó la sien adormecida
De Abraham bajo mísera techumbre:

Es la palabra del Calvario Santo
La que en el labio del poeta expira,
Cuando en medio á la noche entona el canto
Al blando son de la amorosa lira.

Cuando la tempestad bate sus alas
Y se apaga la luz de las estrellas,
Oscureciendo en las etéreas salas
Del Hacedor las veneradas huellas;

Cuando la luna pálida desliza
Un rayo de su luz sobre las olas,
Ó al través de las hojas sublimiza
El negro mármol de las tumbas solas;

Cuando al nacer el sol canta las flores
Ó al mirar la mujer su mente inquieta
Canta su corazón y sus amores,
De rodillas caed... es el profeta.

Su palabra es de Dios; su amor, profundo...
¡Silencio! ¿Qué? ¿la humanidad suspira?
No..... es la grita bacanal del mundo.....
Atrás la inspiración.... atrás la lira.....
. . . . . .
. . . . . .

II

Apaga, mi Carlos,
La fúlgida llama
Que en tu ánima inflama
Aquel que cuida
La sangre en la vida,
La aroma en la flor.
El joven y verde
Retoño de palma
Que crece en tu alma,

Sus raíces hundiendo,
Y, apenas creciendo,
Empaña su sombra
Tu pálida tez,
Arráncalo, amigo,
De lo hondo del seno,
Que son de veneno
Sus raíces malditas
Á par que benditas
Las flores que brota
Para otros después.

III

¡ Poeta ! ¿ aquí ? ¿ sobre la yerma arena
Do la sombra del Andes se dilata ?
¡ Oh, Carlos, por piedad : aquí no suena,
Sino el silbo del plomo que nos mata !

En los bosques de América mi madre
No sonará en un siglo el arpa de oro :
La lanza y el cañón y el triste lloro
Saludarán del Inca el regio padre.

Más allá de los ríos y la sierra,
Más allá de los llanos de la Pampa,
Donde en cuajos de sangre el callo estampa
El adiestrado potro en torpe guerra ;

Más allá de matar, el pensamiento
No en la región de América se escucha.
Un siglo hay que lidiar ; y de la lucha
Que conmueve del Andes el cimiento

Otros siglos saldrán. Sobre las olas
Y los montes de América y sus galas
El ángel del futuro abre sus alas,
Y en las etéreas cavidades solas

Le canta el porvenir. Cuando las pliegue
Reposará en la sien del Chimborazo,
Y al mundo de Colón, tendido el brazo,
Bendecirá feliz. — Entonces llegue

Á tus nietos la lira y la esperanza;
Que el genio entonces si á la gloria aspira,
Las leves cuerdas de la blanda lira
No cortarán los filos de la lanza.

IV

No cantes, Carlos mío ; no cantes y tu mano
Desprenda de la lira las cuerdas al vibrar:
Por compasión no cantes :—Yo te amo como hermano
Y al abrazarte quiero tus ojos sin llorar.

Tus primitivos cantos son puros y suaves
Como la luz del alba para anunciar el sol:
Tus pensamientos, tristes, como las tiernas aves
Cuando á morir empieza del día el arrebol.

No cantes, no ; mi acento también era de amores,
El trino de las aves, en mi primera edad —
Pero después mi labio se enmudeció á las flores,
Y hoy canto solamente la ronca tempestad.

El astro de mi vida, distante del ocaso,
Se oscureció entre nubes al irradiar mi sien;
Y en sempiterna noche, mi vida es el yerbazo
Que bate de las ondas el rápido vaivén.

Si hubiera ido con ellos y con la hoz filosa,
Cuando á segar las mieses los labradores van;
Tendría alguna patria, tendría alguna choza
Y un rato de sosiego para comer *mi pan*.

Oiría de mis padres los cándidos consejos,
De los prendidos leños á la amarilla luz;
Y, cuando ya del mundo se despidieran, viejos,
Iría por las tardes á venerar su cruz.

Y el sitio de su lecho, más tarde con mi esposa
Del nuestro fuera sitio como heredado bien;
Y el mío ocuparía mi prole cariñosa,
Hasta llevar mis huesos junto á la cruz también.

Pero ¡ay! la luz del alma tan sólo alimentara,
Y vivo cual arista que lleva el aquilón;
Sintiendo, cual sarcasmo de mi fortuna rara,
Que si me falta suerte me sobra corazón.

¡Quién sabe si la copa que rebordó temprana
Me guarda todavía las heces de la hiel!
¡Quién sabe, sí, quién sabe si llegaré mañana
Al pie de tus umbrales para dormir en él!!!

Y, en tanto que las playas del extranjero habito,
¿Qué pecho conmovido palpitará por mí?
¿Qué aliento por mi frente discurrirá bendito
Para apagar acaso mi sufrimiento así?

¿ Cuál voz me pertenece ? ¿ Cuál alma me adivina ?
¿ En qué amoroso seno reclinaré mi sien ?
¿ Quién es la que su rostro sobre mi rostro inclina
Y me habla misteriosa de sus amores ; quién ?

Ninguna, ¡ay! ¡ Quién ama del pobre PEREGRINO
Su pálido presente, su oscuro porvenir ! !
. . . . . .
Si encuentra alguna rosa perdida en su camino
La fiebre de su mano le secará el vivir.

No cantes, caro amigo. De la sensible lira
Mis fibras se ablandaron al inspirado son ;
Y el hálito del viento que por mi sien suspira
Conmueve y estremece mi herido corazón.

Más joven que tu amigo no elevarás el canto ;
No aspirarás más joven el aura popular ;
Y al descender los años habrás llorado tanto
Que se helará en tus ojos la lágrima al brotar.

Y, tras los desengaños, el frío escepticismo
Te filtrará cual filtra la nieve por la flor,
Y dejará insensible dentro tu pecho mismo,
Como en la flor el ámbar, tu fraternal amor.

Y si ora te enamoras de la insensible piedra,
Del ave, de la hormiga, del huérfano alhelí,
Mañana de las tumbas arrancarás la yedra,
Indiferente el muerto y el vivo para tí.

Y *un día* de ventura, más tarde será vago
Recuerdo que los velos del tiempo cubrirán ;
Como al nadar un cisne por agitado lago
Sus huellas poco á poco despareciendo van.

No cantes — vulgariza tu sien entre los hombres,
En medio al laberinto te mirarás feliz —
Pues con saber tan sólo sus rostros y sus nombres
No perderán tan pronto tus flores el matiz.

V

Mas si tu alma necesita
Romper los terrenos lazos,
Ven, dulce amigo, á mis brazos
Y conversemos los dos.
Que unísonos confundiendo
Tu corazón con el mío,
Cuando el mundo nos dé hastío,
Conversaremos de Dios!

Y, al cesar nuestras palabras,
Tú te volverás al mundo;
Yo me volveré al profundo
Arcano del corazón;
De donde arranco, mi Carlos,
Pedazos de mi existencia,
Al sacar de la conciencia
Raíces de la inspiración.

EN UN ÁLBUM

AL PIE DE UNA PINTURA QUE REPRESENTA LA MELANCOLÍA

La imagen enlutada de la Melancolía,
De tu Álbum, bella amiga, destiérrala, por Dios;
Contempla que los cielos al despuntar el día
Despiden á la sombra para que brille el sol.

Á todas estas hojas adórnalas de flores
Y versos armoniosos como tu dulce voz;
Y deja se deslice, soñando con amores,
De tus amenos días el delicado albor.

Pero ¡ay! si conocieras que tu existencia un día,
Es tal, que con lo triste consuelas tu dolor,
No busques el retrato de la *Melancolía;*
Su original, si quieres, está en mi corazón.

EN LA LÁPIDA

DE

FLORENCIO VARELA

ASESINADO EN LA NOCHE DEL 20 DE MARZO DE 1848

Muerto á la libertad nació á la historia
Y es su sepulcro templo de su gloria.

RÁFAGA

Exhala, exhala á tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor ó risa,
Tus temporales, ó ligera brisa,
Ronco alarido, ó melodiosa voz.
No lates, no, para formar el eco
De ajenas voces; tu primer acento
Solo fué tuyo, tu postrer aliento,
Sin mezcla alguna volará hasta Dios.

Apura, apura, con amarga risa
Corazón mío tu letal veneno;
Apura, apura que del cáliz lleno
Bebes y miras que rebosa más.
Hoy es un día de los mil que pasas
Como las sombras de la tarde triste,
Como la flor que el huracán embiste,
Y quiebra y yerma en su volar tenaz.

En que la vida con dolor te pasa,
En que está fría y sin valor el alma,
Y una salvaje y desabrida calma
Reemplaza el fuego de tu ardor febril.
Que el mundo miras y del mundo ríes,
Risa más agria que la hiel que bebes,
Y en otro mundo á palpitar te atreves
Que allá te forjas en delirios mil.

Que vengan ora á prefijarte leyes
Esos pigmeos que su voz levantan,
Y creen que el arte de temor espantan
Dogmas dictando con hinchada voz.
Que dél discuten sin saber que el arte
No es otra cosa que la misma vida,
Que de vigor é inspiración henchida
Rompe sus diques y se eleva á Dios.

Diles que vengan y profanos dicten
Formas al arte, la misión al vate ;
Que hablen de leyes y tenaz combate
De un arte viejo, y el que joven creen.
Que den preceptos y formulen dogmas,
Que abran programas de sonoros temas
Bellas escuelas, y á la vez sistemas
Que á los poetas su destino den.

Que vengan hoy á prefijarle sendas
Á lo que sientes palpitar violento,
Y después vayan á decir al viento :
Torced el vuelo y caminad ahí.
Diles que pongan sobre tí su mano
Y digan luego si cual tú latieron,
Si alguna vez inspiración sintieron,
Para ser jueces de la que hay en tí.

Exhala, exhala á tu capricho, lib re,
Corazón mío, tu dolor, ó risa,
Tus temporales, ó ligera brisa,
Ronco alarido, ó melodiosa voz.
Es tu misión la inspiración que sientas ;
Tu arte, es tu vida ; tu sistema, tu alma,
Altiva ó mansa, con ardor ó calma ;
Y tus preceptos los que ponga Dios.

No temas, no, de la censura, y burla,
Corazón mío, su severo juicio,
Si no es su fallo para tí propicio,
No menos libre volarás doquier.
Ella se ocupa en levantar murallas
Para encerrar el sentimiento en ellas;
Y el corazón en agrandar las huellas
Por donde pueda sin temor correr.

No temas nunca, y como nave osada,
Suelta tus velas á merced del viento,
Y cuando sople vendaval violento
Las olas rompe del rugiente mar.
Y cuando pliegue sus inmensas alas
Y quede el mar trasparentando al cielo,
Entonce suave con tranquilo vuelo,
Podrás la linfa sin afán surcar.

¿Quién hoy se atreve á señalarte rumbo
Cuando tú mismo tu destino ignoras?
Á tí, misterio, que ignorado lloras,
Arcano inmenso que formara Dios!!
Exhala, exhala á tu capricho, libre,
Corazón mío, tu dolor ó risa,
Tus temporales, ó ligera brisa,
Ronco alarido, ó melodiosa voz.

AL 25 DE MAYO

EN 1849

Bajo el sol de este día
Siempre se prosternó la ánima mía :
Mandé siempre á tu altar ¡ patria del alma !
Desde extranjera tierra, alguna palma.

La mano de Dios bueno,
Cuando formóme á su albedrío santo,
La esperanza y la fe puso en mi seno
Con la sublime inspiración del casto.

Y en este mar de sangre donde boga
Á merced de sus ondas mi barquilla,
Siempre en redor de la argentina orilla
Sin tocar una vez la ansiada tierra,
Nunca mi voz la tempestad ahoga,
Y en cada nuevo sol mi pecho encierra
Más esperanzas de mayor consuelo,
Más fe en el porvenir, más fe en el cielo :

Así, cuando de Dios la santa mano
Levantó de su lecho el mar profundo,
Y arrojó con su enojo soberano,
Las aguas del diluvio sobre el mundo ;

Perdido y solo entre la noche fría ;
Llevando el alma amurallada al susto,
La esperanza y la fe tuvo por guía
En la huérfana barca el varón justo !

Por eso mi pecho jamás en desmayo
Las luces ha visto del astro de Mayo,
Jamás á mi labio faltara una voz :
Regalo precioso del ánima mía,
Que va entre las perlas de dulce armonía
Buscando aquel tiempo bendito de Dios.

Pues sé que ese Mayo que alumbra tu historia
Con rayos eternos de honor y de gloria,
Es todo esperanzas de gloria mayor :
Es todo promesas en flor todavía
Que esperan ¡ oh patria ! la aurora de un día
De paz y justicia, de dichas y amor.

Tu triunfo es el tiempo. ¿ Qué mano potente
Podría un momento parar el torrente
Que impele en el mundo de América el pie ?
Y en ella ¿ quién puede torcer el destino
Que en pos de sus glorias, el pueblo argentino
Se dió con su genio, su fuerza y su fe ?

Atrás, las discordias ; atrás, los bandidos ;
Atrás, y en la tumba quedad maldecidos,
En tanto que el pueblo se va al porvenir ;
Caigamos con ellos lidiando prolijos,
Atrás, nuestros restos ; llegad, nuestros hijos,
La patria y el genio no pueden morir !

Ven á los libres, ven, dulce esperanza ;
Y con tu lumbre celestial nos guía,
En esta noche frígida y sombría
Donde el destino nuestros pasos lanza.

Y, templados al fuego de tu rayo,
Clamaremos doquier, de tierra en tierra :
Á los tiranos maldición y guerra,
Palmas al nombre del eterno Mayo !

Y adelante, adelante en el camino,
Si no llegamos hoy, será mañana ;
Pues no hay al fin de la constancia humana
Lindes de bronce ni fatal destino :

Así en el mundo de Colón un día,
Los varones de Cristo caminaban
Solitarios, sin guía,
Por los desiertos, con el pie desnudo,
Y, do hallaban dos hombres, levantaban
Su púlpito y su voz ; y en los desiertos,
Nunca á la fe y á la esperanza yertos,
Fueron en cada día conquistando
Para el redil cristiano el indio rudo :

Así nuestros mayores,
Cuando juraron libertad ó muerte,
Amurallando el alma á los rigores
De la indecisa suerte,
Midieron paso á paso un mundo entero
Sin reposar la planta ni el acero ;
Hasta mirar desde la sien potente
De los soberbios Andes, que no había
Un pendón español bajo los cielos
Que coronan de América la frente ;
Y que la libertad resplandecía
Del Andes mismo en los eternos hielos.

Nuestra fortuna ingrata
Es una gloria más con que ceñimos
Las sienes de la patria en que nacimos ;
Y allá el futuro habitador del Plata
Lleno de admiración por nuestro ejemplo,
En cada tumba nuestra verá un templo.

Cuando en la patria el despotismo impera,
Se quema entonces el hogar paterno,
Para que el aire infecto no profane
La morada que oyera
Cantos de libertad, que el niño tierno
Aprendió un día en el materno brazo ;
Y, llamando á la puerta de otras tierras ;
Se pide con valor y frente alzada,
Un poco de aire libre, y un pedazo
De humano suelo para tumba honrada.

No á todos nos enerva la agonía
De nuestra causa santa — Que sucumba —
Que sea el día de hoy su último día ;
Pero á su suerte fijos,
Muchos habrá de tus errantes hijos,
De pie, y al lado de su noble tumba.

¡ Oh ! no ! la tiranía, si ha vencido,
No ha triunfado en la patria de Belgrano.
La coyunda de fierro
No dobló todo al carro del tirano ;
El nombre no ha subido hasta el suplicio ;
Pues cuando no quedase hombre nacido
Que en el santo infortunio del destierro
Protesta fuese del honor patricio ;

Las piedras, las montañas,
Los ríos y los bosques solitarios
Vistieran luto por tu infausta suerte ;
Y, abiertas de la tierra las entrañas,
Rasgaran los sudarios
Y huyeran la morada de la muerte,
Las veneradas sombras
De aquellos héroes que orgullosa nombras.

Pero aun te queda ¡oh patria !
Esa generación joven y pura,
Que en medio á tus desgracias amanece,
Como el sol que aparece
Tras la tormenta de la noche oscura.

¡ Oh ! y aun la sangre en las arterias late
De tus honrados hijos, patria mía ;
Y, mientras vivan ellos, no habrá un día
Para el tirano, sin mortal combate.

Ya el infortunio nuestra frente pliega,
Ya nos gasta las fuentes de la vida,
Pero el alma en nosotros es la roca
Que cuanto más batida
Por ruda mar que se avanza ciega.
Más á las ondas con desdén provoca.

Patrimonio de tí, día sublime,
Que inspiras gloria y patriotismo santo,
Y cuya luz al corazón redime
De largas horas y de amargo llanto ;
Herencia es tuya nuestra fe sincera.
¡ Goria ! sublime sol ! nuestra constancia,
Será como tu espléndida carrera,
Que al terminar sin mancha en el ocaso
Deja rastros de luz tras de su paso !

Calienta con tu rayo soberano
Del patriotismo y del valor la fuente ;
Y, que al alzar nuestra soberbia frente
Bajo tu sacra luz, en nuestro labio
Haya una maldición para el tirano,
Y, en medio á nuestro duelo
Esperanza en tu luz y fe en el CIELO.

EN LA TUMBA

DE UN NIÑO MONTEVIDEANO, EN 1847

No miró sino lágrimas y duelo,
Y á rogar por su patria se fué al cielo.

ROSAS

EL 25 DE MAYO DE 1850

¡ Rosas ! ¡ Rosas ! un genio sin segundo
Formó á su antojo tu destino extraño :
Después de Satanás, nadie en el mundo,
Cual tú, hizo menos bien ni tanto daño.

Abortado de un crimen has querido
Que se hermanen tus obras con tu origen ;
Y, jamás del delito arrepentido,
Sólo las horas de quietud te afligen.

Con las llamas del Tártaro encendida
Una nube de sangre te rodea;
Y en todo el horizonte de tu vida
Sangre ¡ bárbaro ! y sangre y sangre humea.

Tu mano conmoviera como el rayo
Los cimientos de un templo; y, de repente,
Desde el altar los ídolos de Mayo
Vertieron sangre de su rota frente.

La Justicia se acerca religiosa
Á llamar en la tumba de Belgrano :
Y ese muerto inmortal le abre su losa,
Alzando al cielo su impotente mano.

La libertad se escapa con la Gloria
Á esconderse en las grietas de los Andes;
Reclamando á los hielos la memoria
De aquellos tiempos en que fueron grandes.

Los ídolos y el tiempo desparecen:
Se apagan los radiantes luminares;
Y en sangre inmaculada se enrojecen
Los fragmentos de piras y de altares.

Gloria, nombre, virtud, patria argentina,
Todo perece do tu pie se estampa,
Todo hacen polvo, en tu ambición de ruina,
Bajo el casco los potros de tu pampa.

Y bien, Rosas ¿ después ? tal es — atiende —
La pregunta de Dios y de la historia:
Ese DESPUÉS que acusa ó que defiende
En la ruina de un pueblo, ó en su gloria.

Ese DESPUÉS fatal á que te reta
Sobre el cadáver de la patria mía,
En mi voz inspirada de poeta,
La voz tremenda del que alumbra el día.

Habla: y, en pos la destrucción, responde:
¿ Dó están las obras que brotó tu mano ?
¿ Dónde tu creación ? ¿ las bases dónde
De grande idea ó pensamiento vano ?

¿ Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
Que á tanto crimen te impeliese tanto ?
¡ Aparta, aparta, aborto del demonio
Que haces el mal para gozar del llanto !

La raza humana se horroriza al verte,
Hiena del Indo trasformada en hombre;
Mas ¡ ay de tí! que un día al comprenderte
No te odiará, despreciará tu nombre!

El tiempo sus momentos te ha ofrecido:
La fortuna ha rozado tu cabeza;
Y, bárbaro y no más, tu no has sabido
Ni ganar tiempo, ni ganar grandeza.

Tumbaste una república, y tu frente
Con diadema imperial no elevas ledo;
Murió la libertad, y, omnipotente,
Esclavo vives de tu propio miedo.

Quieres ser rey, y temes se convierta
En la corona de Milán la tuya;
Quieres ser grande, y tu ánima no acierta
Cómo elevarte de la esfera suya.

Tu reino es el imperio de la muerte;
Tu grandeza el terror por tus delitos;
Y tu ambición, tu libertad, tu suerte
Abrir sepulcros y formar proscritos.

Gaucho salvaje de la pampa ruda,
Eso no es gloria ni valor ni vida;
Eso es sólo matar porque desnuda
Te dieron una espada fratricida,

Y, grande criminal en la memoria
Del mundo entero, de tu crimen lleno,
Será reptil que pisará la historia
Con asco de tu forma y tu veneno!

Nerón da fuego á Roma y lo contempla,
Y hay no sé qué de heroico en tal delito :
Mas tú, con alma que el demonio templa,
Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
Y tú, más que ellos para el mal, temblaste ;
Y, más sangriento que el sangriento Atila,
Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
La humanidad y, en fiebre carnicera,
Con sus garras metálicas la hirieron,
Cupo alguna virtud : valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa
De miserias y crímenes y vicios,
Con una sed estúpida y rabiosa
De hacer el mal y de inventar suplicios.

Ni siquiera te debes el destino
Con que tu sed de sangre has apagado ;
Tigre que te encontraste en el camino
Un herido león que has devorado.

Espíritu del mal nacido al mundo,
No has sido bueno ni contigo mismo ;
Y solo dejarás un nombre inmundo
Al descender á tu primer abismo.

Te nombrarán las madres á sus hijos
Cuando asustarlos en la cuna quieran ;
Y ellos temblando y en tu imagen fijos
Se dormirán soñando que te vieran.

Los trovadores pagarán tributo
Á los cuentos que invente tu memoria;
Y, execrando tus crímenes sin fruto,
Rudo y vulgar te llamará la historia.

¡ Ah, que casi tus crímenes bendigo,
Ante el enojo de la patria mía,
Porque sufras tan bárbaro castigo
Mientras alumbre el luminar del día !

Porque mientras el sol brille en el Plata
Aquel castigo sufrirás eterno ;
Nunca á tu nombre la memoria, ingrata :
Nunca á tu maldición el pecho, tierno ;

Y por último azote de tu suerte,
Verás, al expirar, que se levanta
Bello y triunfante y poderoso y fuerte
El pueblo que ultrajaste con tu planta.

Pues no habrá en él, de tus aleves manos,
Más que una mancha sobre el cuello apenas;
Que tú no sabes, vulgo de tiranos ;
Ni dejar la señal de tus cadenas.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

MÁRMOL

EL CRUZADO

DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

LUIS VII.
ELEONORA (esposa de Luis).
ALFREDO.
CELINA.
ALBERTO.
RAIMUNDO (rey de Antioquía).
EBRARDO DE BARRES (G. Maestre de los Templarios).
BERNARDO.
GILBERTO.
EL G. MAESTRE DE LOS HOSPITALARIOS.
JAIMAR.
DANIEL.
ISABEL (Condesa de Nevers).
PAJE 1º.
PAJE 2º.
CABALLERO 1º.
CABALLERO 2º.
DAMAS, CABALLEROS, ESCUDEROS, SOLDADOS DE LA CRUZ, SOLDADOS MUSULMANES.

La escena pasa en Asia por los años de 1142 á 44.

El primer acto en el desierto, el 2º, 3º y 4º en Antioquía, el 5º junto á los muros de Damasco.

EL CRUZADO

DRAMA EN CINCO ACTOS

ACTO PRIMERO

Tienda de campaña — pequeñas mesas con pebeteros encendidos

ESCENA I

ALFREDO Y CELINA

Celina con un lujoso traje oriental, dormida sobre cojines de damasco : Alfredo á sus pies. — Va amaneciendo y se oye el siguiente canto :

« Ven, aroma de la Arabia,
Rica perla de Basora,
Ven, que mueren las estrellas
Porque aparece la aurora.
Como vapor de azahares
Se exhale tu dulce sueño;
Despierta, desde la Meca
Quiere mirarte tu dueño.

» Va la oración á rezarse,
Alá es grande, poderoso,
Con hurís de ojos brillantes
Tiene un serrallo precioso.

Ven, hermana de Nourddin,
Á ofrecerle tus amores;
Ven, después irás al baño
Y á la gruta de las flores. »

CELINA

Esperad: pronto á vosotros
Irá á reunirse Celina,
Y saludará la Meca
Besando la arena tibia.
Pero, esperad: aquí tengo
Otro Dios del alma mía;
A él el primero le debo
La voz primera que diga.
¡ Cuán agitado sueño!
¡ Cómo el corazón palpita
Con vigoroso poder!!
Aun en su rostro se mira
La expresión de las pasiones
Que al lado de su Celina
Le conmovieran el alma
Noche de amor y delicias,
Palmeras que habéis servido
De dosel á nuestras dichas;
Brisa sutil del desierto
Que habéis llevado las chispas
De nuestras almas de fuego;
Desierto que las abrigas;
Cielo, espacio, flores, vientos,
Repetid las armonías,
Con que vibraron anoche
Nuestras dos almas unidas.
Profeta de Alá que diste
Tu misma alma á tus hijas,
Tú que de amor los alientos
Por el desierto deslizas,
Y se arden los corazones

Al punto que los respiran;
Infunde en este europeo
La luz de fe que me guía,
Y más que ama á los mortales
Sepa adorarte.....

ALFREDO

¡Celina!

CELINA

¡Alfredo!

ALFREDO

Dueño del alma,
Aun en mis venas se agita
La dulce magia que anoche
Por mis venas discurría!
¿Y tú, bien mío?

CELINA

De oro,
Y de imágenes floridas
Han sido mis sueños.

ALFREDO

¡Ah!
Le plugo á la suerte mía
Entremezclar en los sueños
De esta noche peregrina,
Recuerdos tristes, amargos
De mi desgraciada vida.....

CELINA

Siempre agitado..... soñando
Con esa nube sombría
Que ya pasó..... ¿No se calman
Tus penas con las delicias?
¿El presente no es de flores?
¡Ah! tú no amas á Celina!

ALFREDO

¡Que no te amo! ¿Qué dices?
Cuando el sol más ilumina,
Di que está negro el espacio;
Y en la noche más umbría
Di que brilla el firmamento;
Di que el desierto no anida
Un grano solo de arena,
Di por fin que el alma mía
No está en mi pecho encerrada,
Y dime después, Celina,
Que estoy mintiéndote amor.

CELINA

¡Encanto del alma!

ALFREDO

Mira.
Hay en el mundo una tierra,
(Mal mi lengua la apellida)
Hay un bello paraíso
Llamado Italia, y la vida
Recibí sobre su suelo.
El sol que en su cielo brilla
Derrama rayos de amores,
Que al alma más abatida
Alientan con su calor.
El aire que se respira
Es suave y perfumado,
Y compararlo podría
Tan sólo con tus alientos.
Pues bien, traje con la vida
Todo el amor que se encierra
Bajo ese celeste clima:
Ardiente y sensible el alma
Como su sol y su brisa...

CELINA

¡ Y qué ! ¿ mi amor no es bastante ?

ALFREDO

Aun no he concluído, Celina.
Si era sensible mi alma,
También un deseo había
Muy violento, el de la gloria.
Pero esa gloria, Celina,
Grande, bella, que la fama
Publica de clima en clima,
Haciendo que al escucharla
Doblen todos la rodilla.....
Miré brotando de Europa
Las huestes que el Asia altiva
Debían pisar la frente,
Para vengar la justicia
De mi Dios. En el momento
Mi alma quedóse cautiva
Bajo mi fuerte armadura,
Y en su cárcel presumía
Mundos de gloria y laurel.....
De los primeros la orilla
Pisé del Bósforo, y pronto
También con planta atrevida
Pisé el primero esta arena ;
Y el primero que hizo trizas
Contra el musulmán la lanza,
También fuí yo : pocos días
Bastaron, y ya mi nombre,
Que tan oscuro vivía,
Á iluminarse empezaba.
¡ Ah ! ya lo sabes, Celina,
Esa aurora tan hermosa
La eclipsó la suerte impía,
Poniéndome entre cadenas.....

CELINA

Hierros que la pasión mía
Ha destrozado al momento.....
Quizá al mirarte te envidian
Los mismos que te vencieron,
Y ¡ay! que sería maldita
La suerte del que te ajara!
Te rindió mi comitiva
En la marcha que seguimos
Á Edesea, y ese día
Verte y amarte, mi Alfredo,
Fué un relámpago en mi vida.
Mi religión y costumbres
Conspiraban á mi dicha,
Pues ni el hablarte siquiera
Sin crimen me permitían;
Pero mi amor, mis riquezas,
Y un alma con osadía
Te trajeron hasta mí.
Y haciendo á mi comitiva
Marchar lenta en el desierto,
Días de amor y ambrosía
Nos alumbra el claro sol:
Quizá se expone Celina,
Pero ¿qué importa? Mi hermano
Me ama; pero si atrevida
Su mano mi amor tocara,
Con astucia ó valentía
Te arrancaré de Edesea;
Y solo con tu Celina
Vagarás por el desierto,
Teniendo el sol por cortinas
Y por lecho las arenas.
¿Qué me importa pedrerías,
Si hallo el brillo de tus ojos?

¿ Qué me importa cachemiras,
Si me ciñes con tus brazos!

ALFREDO

¡ Ah! si á tu lado las dichas
Del amor me han embriagado,
Si el alma parece henchida
De amorosas sensaciones,
Tiene una parte vacía,
Y es la parte de la gloria.

CELINA

Huye esa idea mentida.
¡ La gloria ! ¿ La hallas, Alfredo,
En dejar tu espada tinta
En la sangre de inocentes ?
¿ En hombres de cuya vida
No recibiste una ofensa ?
¿ Ó es gloria que solicita
Ese Dios que reverencias,
Teñirse en sangre, y la vida
Perder después? Sí, perderla;
Porque si en el Asia pisan
Millares de tus legiones
Serán al fin confundidas
En nubes de hijos de Alá,
Cual caravanas que expiran
Envueltas en el desierto
Con su arena movediza.

ALFREDO

Calla.

CELINA

¿ La gloria deseas?
Yo te daré en solo un día
Cuantas riquezas el Asia
En su vasto suelo abriga.

Tantos esclavos que el eco
De tus expresiones sigan,
Como hay cedros y palmeras
Del Líbano en las orillas...
Soy la hermana de Nourddin,
Y apenas que yo lo pida,
Mi hermano traerá á mi tienda
Cuanto en el Asia se mira...
¿Pretendes felicidad?
Sobre aromas las más ricas
De Arabia, será tu lecho;
Y de esencias exquisitas
Perfumada tu cabeza,
Desdeñando cachemiras,
Caerá en mis brazos, Alfredo.

ALFREDO

¡Ángel de amor y delicias!

CELINA

Mi Dios, el tuyo, el que hizo
El universo y la vida,
Cualquier que sea, las almas
¿Por qué nos dió tan activas,
Tan llenas de amor de fuego,
Sino porque amar debían?
Si es un crimen que se amen
Un nazareno y la hija
Del Profeta, dime, entonces
¿Por qué no rompe la liga
Con que se anudan sus almas,
Y perturba la armonía
Que hay en ambos corazones?
Entonces concentre, oprima
Cada uno dentro del pecho,
Cual sobre arena temida
Está el Asfáltites lago

Sin que sus aguas malditas
Se rocen con agua alguna.

ALFREDO

¡ Ah, Celina, tú deliras !

CELINA

Tan solo amor en la tierra
Por dondequiera se mira.
El león ruge en el desierto,
Pero manso en su guarida,
Tiene su amor; ruiseñores
Cantan de amor la armonía
Sobre las palmas gigantes;
Y al amenecer el día
Las frescas flores miramos
Mecidas por blanda brisa,
Cual mecidas por amor...
Esta es la gloria más rica,
La del amor, ella sola.

ALFREDO

¡ Ah ! ten compasión, Celina;
Si no quieres que yo mismo
Me aborrezca y me maldiga;
No perturbes mi cabeza
Con tus bellas fantasías...
No mates, no, este deseo
Con el que mi alma delira;
Déjame creer que me espera
Esa ambicionada dicha
Que me han robado los tuyos :
Déjame creer que ofendida
Tengo la causa de Dios,
Y que mi perdón vendría
Con los golpes de mi acero :
Consuélate, mi Celina,

Con saber que te idolatro
Y que sólo tus caricias
Han conseguido que mi alma
En dos partes se divida...

CELINA

¿ La una ?

ALFREDO

La de la gloria.

CELINA

¿ La otra ?

ALFREDO

La de Celina

CELINA

Pues guarda, Alfredo, que venza
La de la gloria á la mía,
Que si el amor nos engendra
Cual ninguno, nuestro clima,
También engendra pasiones
De fuerza tan desmedida,
Que á veces como un torrente
Del pecho se precipitan.

ESCENA II

DICHOS Y JAIMAR

Desde que Celina ve á Jaimar se echa el velo á la cara.

JAIMAR

Hermana de Nourddin, rey del desierto,
Sea con vos la gracia del Profeta ;
Pero el Dios del Profeta vuelve el rostro
Á quien no lo dirige hacia la Meca.
Las aves han cantado, y el Oriente
Tiene color de púrpura y de perlas,
Y se ven las palmeras del desierto.

CELINA

Así como da luz en las esferas,
La derrame, Jaimar, en sus creyentes.
Á Alfredo.
Un momento no más, aquí me espera.
Váse Celina.

ESCENA III

ALFREDO Y JAIMAR

JAIMAR

Quien habita bajo el techo
En que el musulmán habita,
Paz del Profeta bendita
Debe reinar en su pecho.
Hermano, paz en los dos.

ALFREDO

Contigo esté ella también.

JAIMAR

Siempre me hablas con desdén,
Y por cierto que veloz
Nunca blandimos la lanza.
Ni en encontrada carrera
Caí de mi yegua ligera
Por fuerza de tu pujanza.

ALFREDO

Suerte tuviste, por Dios,
Y suerte tuvo tu yegua,
Pues habría corta tregua
Entre estar vivos los dos,
Y pasar á los infiernos,
Donde Mahoma estará.

JAIMAR

¡Maldita tu lengua está!!
Bajo los astros eternos
No hay quien así me insultara
Sin caer su cabeza al suelo!
Mal correspondes al celo
Con que afable te tratara,
Quien viéndote prisionero
Mandarte puede entre esclavos.

ALFREDO

Entre cordeles y clavos
Desearía estar primero,
Que tener siempre á mi lado
De Satanás la evidencia.
Infiel, cesa tu insolencia,
Ó por el Cristo enclavado
Que cesarás de vivir.

JAIMAR

(Alá contenga mi rabia).
Nazareno, aunque me agravia
Cuanto acabas de decir,
Y aunque al Profeta le pido
Te rescaten tus hermanos
Para que puedan las manos
Suplir al labio atrevido,
Daré tregua á mi furor;
No se dirá que Jaimar,
En quien no puede matar,
Empleó nunca su valor.
En paz debemos estar.

ALFREDO

Condenado del cristiano
Que á un perro infiel dé la mano;
De guerra me place hablar.

JAIMAR

Pero el perro ha dividido
Su agua con el nazareno,
Pudiendo darle veneno
Que tiene bien merecido.
Le llamas perro é infiel
Cuando eres su prisionero,
Y él desnudará el acero
Para defenderte fiel.
Cuando el alfanje en la mano
Tiene osado en la pelea,
Él en cortar se recrea
La cabeza del cristiano:
Se revuelve en las legiones
Con el ímpetu del rayo,
Y á los pies de su caballo
Caen víctimas á montones.
Pero cesa la contienda,
Y al prisionero cristiano
El perro tiende la mano
Para llevarlo á su tienda.
¿Quieres contarme otro tanto
De tus frailes y tus reyes?

ALFREDO

Cual tú, respeto las leyes
Que he jurado por Dios santo
Al venirlo á defender.
De mí será protegido
El hombre que está rendido,
El niño, anciano y mujer.

JAIMAR

Me place el oirte así,
Pues que todos tus hermanos
Parecen tigres hircanos,

No se asemejan á tí.
Pero al Profeta esta vez
Se ha escuchado en el desierto :
Mañana vivirá el muerto
Y el vivo caerá á sus pies.

ALFREDO

Explícate, por Dios bueno,
No comprendo esa figura.

JAIMAR

Te hablaré con lengua pura ;
Escúchame, nazareno ;
Aun era joven mi abuelo,
Y las palmas que has mirado,
Con un tronco muy delgado
Se levantaban del suelo ;
Cuando vino un rey... se llama...
Muy mal en mi lengua suena...
Recordando

ALFREDO

Di Godefroy de Lorena ;
Pero te engañó la fama
Si te dijo que era rey.
Fué un capitán que á tu tierra
Trajo la primera guerra
Para imponerle la ley.

JAIMAR

Á los muros de Nicea
Se dirigió con su gente,
Amenazando imponente
De triunfar en la pelea ;
Y triunfó cual lo quería,
Que el Asia no imaginaba
Que cuando quieta se estaba
Su sangre derramaría.

Como fieras tus hermanos
Á la ciudad se lanzaron,
Y en un momento asolaron
Cuanto tocaron sus manos;
Que del Profeta malditos,
Sedientos de sangre humana,
Con la sangre musulmana
Saciaron sus apetitos.
De Solimán, el turbante
Su hijo en la frente tenía,
Y se acordó descendía
Del más precioso diamante.
Quiso al fuerte contener,
Pero hubo signos fatales,
Y en dos batallas mortales
Perdió todo su poder.
Entonces vuestras legiones,
Con la victoria altaneras,
Ya les fué poco ser fieras,
De sangrientos corazones;
Fueron montes despeñados
Que por el Asia rodaron
Y á la arena nivelaron
Los pueblos más empinados.
¡Jerusalen! era el grito
De sus labios, tan impuros;
Y fueron dentro sus muros
Á consumar su delito.
Á Istilchar desde su trono
Lo arrojaron insolentes,
Y en sesenta mil creyentes
Satisficieron su encono
Los hijos de Jesucristo.

Con ironía.

¡Sólo el sepulcro quisieron!
¿Sabes, hermano, qué hicieron?

Á cual más estuvo listo
Para tomar diligente
Todos nuestros ricos dones,
Convirtiéndose en ladrones,
Los mejores de tu gente.
Con desprecio

ALFREDO

¡ Infiel !

JAIMAR

Oye, nazareno.
No miente mi labio, no ;
Tu gente se repartió
Todo cuanto hallara bueno :
Y en los pueblos de Ismael
Hubo dueño sin turbante.
Por Alá ¡ ya era bastante
Apurar tanto la hiel !
Y hasta los granos de arena
Empezaron desde entonce
Á brotar brazos de bronce
Que ya rompen su cadena.

ALFREDO

¡ Miserable ! ¿ has olvidado
Que si una está acabada,
Otra segunda cruzada
Por el Bósforo ha pasado?
¡ Pobre de tí ! me da risa
Tu petulante esperanza :
Cuando de cristiana lanza
No hubiese ni leve triza,
Sabe infiel, que desde el cielo
Caerán rayos sobre tí.

JAIMAR

¡ Por Alá ! te presumí
Sin un tan oscuro velo !

¿Sabes en qué estado estamos?
¿Sabes algo de Nourddin?
Pues es espacio sin fin
En quien todos habitamos;
Es un rayo que esta vez
Anda cruzando el desierto.
Mañana vivirá el muerto,
Y el vivo caerá á sus pies.

ALFREDO

Taimado eres, ¡vive Dios!

JAIMAR

Tu Joselín tan temido,
Sucumbió, cobarde ha huído.

ALFREDO

Maldita sea tu voz.

JAIMAR

Jerusalén la consume
La peste y sed.

ALFREDO

Lidiará.

JAIMAR

Antioquía sola está
Con un rey que más presume
De ser en fiestas lujoso
Que esforzado en la batalla.

ALFREDO

Mientes.

JAIMAR

Y también se halla
Vuestro jefe tan brioso
Con el resto de su gente
En Antioquía danzando,

En vez de estar batallando
Si presume de valiente.

ALFREDO

¡Aun se encuentra en Antioquía!
¡Francés cobarde, tu espada
Siempre la tendrás manchada
Con traición ó cobardía!
Pero, me engaña tu labio,
Luis en la ciudad no está!

JAIMAR

Maldito será de Alá,
Díjole á mi padre un sabio,
Quien el cerco de marfil
Lo empañe con la mentira.

Se oye dentro una grande algazara.

ALFREDO

Mas, ¿qué hay?

JAIMAR

Quieto respira.
Cristiano ven hacia aquí...

Se asoman por una de las cortinas de la tienda.

Ya lo comprendo; á mi gente
Un hamako ha visitado.

ALFREDO

¿Y qué hacen de él?

JAIMAR

¡Desgraciado
Del musulmán que insolente
Con sus manos le ofendiera!
Favorecido de Alá,
La luz en su mente está:
Y en los astros de la esfera
Sabe leer el porvenir;
Es un cristiano ¿lo ves?

ALFREDO

¿Un cristiano?

JAIMAR

¿Quieres verlo?

ALFREDO

Allá no, y...

JAIMAR

Haré traerlo,
Toca un pito y aparecen varios musulmanes con sumo acatamiento.
Algo nos dirá tal vez.
Agua y tienda al inspirado:
Á los turcos.
El hamako á mi presencia.
Vanse.

ALFREDO

(¡Que me admira su clemencia!
Sería un hombre abonado,
Sin su terca ceguedad.)

JAIMAR

Mira el hamako, cristiano.
Su espíritu sobrehumano
Refleja la eternidad.

ESCENA IV

ALBERTO Y DICHOS

Alberto sale vestido con una túnica blanca y un jubón de pieles hasta la rodilla. — En la mano derecha trae un chicote de ramales, y en la izquierda un libro...

ALFREDO

¡Dios de mi alma!
Hace esta exclamación al reconocer á Alberto.

ALBERTO

Salud
Y paz de Dios en el suelo.

ALFREDO

Él es.

JAIMAR

Y luz en la mente
De quien protege mi dueño.

ALBERTO

(Perro infiel, maldito seas.)
Hay fuego en el firmamento,
Con tono de inspiración y sacudiendo el chicote.
Fuego en lo hondo de la tierra :
Los leones del desierto
Ya perdieron su guarida,
Ya revientan los truenos;
Mortales, temblad, huid.

JAIMAR

¡ Inspirado está !

ALBERTO

Yo quiero
Que se obedezca mi voz :
El hijo de los desiertos
Salga al punto — el cielo tiene
Pintas rojas, torvo ceño.

JAIMAR

Sumisión al inspirado.
Hace una profunda reverencia y se va.

ESCENA V

ALFREDO Y ALBERTO

ALBERTO *arroja el chicote y el libro.*

Contigo vaya el infierno,
Descendiente de Luzbel.

ALFREDO

¡Marqués de Verona!

Se abrazan.

ALBERTO

¡Alfredo!

ALFREDO

¡Á qué has venido, por Dios!

ALBERTO

¡Buena pregunta, por cierto!
Á perecer á tu lado,
Ó á librarte en el momento.

ALFREDO

Retírate, Alberto, huye.

ALBERTO

¡Airoso fuera el regreso!
Oye: supe en Antioquía
Que con gran acatamiento
Entre estos perros estabas,
Merced al raro deseo
De la hermana de Nourddin,
Quien con su poder inmenso
Te daba su protección
Y favor á un mismo tiempo.

Supe también caminabas
Entre soberbio cortejo,
Con dirección á Edesea,
Atravesando el desierto.
Bien ; conoces los Templarios :
Sabes que no tienen cielo,
Ni fe, ni patria, ni Dios,
Si en la patria, Dios y cielo,
No encuentran oro y placer.
Pues yo con el valimiento
Del rescate de Celina,
Y pintándoles lo bello
De un rostro de serafín,
Conseguí que en el momento
Se armaran cien, nada más ;
Pero cien de tanto empeño,
Que muy cerca se quedaron,
Mi seña esperando luego,
Entre un bosque de palmeras
Que de aquí no se halla lejos.

ALFREDO

No la darás, no.

ALBERTO

¿ Qué dices ?

ALFREDO

Huye... propón otro medio,
Cualquiera : mas no imagines
Salvarme del cautiverio
Por medio de una bajeza...
¡ Celina !

ALBERTO

No te comprendo.

ALFREDO

Si sus mercenarias manos

La tocaran, con mi acero
Antes juro se hallarían.

ALBERTO

¿Has perdido el juicio, Alfredo?
¡Maldito si una palabra
De cuanto dices comprendo!

ALFREDO

Escucha: tú eres tan solo
El único á quien mi pecho
Supo darle su amistad;
La misma patria tenemos,
El mismo honor en el alma,
Y ambos somos caballeros
Y soldados de la cruz.
Pues bien, te suplico, Alberto,
Que al instante te retires
Si has de quebrantar mis hierros,
Poniéndolos en Celina.

ALBERTO

¿Y de dónde tal empeño,
Alfredo? por una... ¿acaso?...

ALFREDO

Acaso la amo, sí, Alberto.

ALBERTO *con dignidad.*

¡Ya por Dios, lo imaginaba!
Mas no me creas tan necio
Que porque la amas te culpo:
Te culpo, mal caballero,
Que por amores olvides,
Tus sagrados juramentos.
Vive Dios, que mal le viene
Traer una cruz en su acero
Á quien no sabe templarlo

Con los soles del desierto!
¡Vive Dios, que mal le plugo
Pedir la cruz á Eugenio,
Quien á profanar de Cristo
Viene los sagrados restos!

ALFREDO

¡Alberto...!

ALBERTO

No de las tumbas,
Bohemundo ni Tancredo
Vuestras ánimas alcéis;
Quedad en eterno sueño,
Pues que hay algún italiano,
Que olvida que es caballero,
Por acordarse que es hombre.

ALFREDO

Calla el labio que mi pecho
Con tus voces lo taladras.

ALBERTO

Mientras regalas tus sueños
Con mujeriles halagos,
Están aguzando el hierro
Tus hermanos; y mañana,
Batallando en los desiertos
Por el Redentor del hombre,
Con la sangre de sus pechos
Matizarán sus laureles,
Para su nombre, cogiendo
Aplausos, y para su alma
La salvación en el cielo.

ALFREDO

Alberto.

ALBERTO *con ironía.*

Mas esta gloria
Es muy poca para Alfredo.....
Pues los brazos de una infiel,
¡Ah, es un brillante trofeo!

ALFREDO

Basta.

ALBERTO

Sí, todos mañana
De hinojos nos postraremos
Ante el sepulcro de Cristo,
Mostrándole nuestro acero
Teñido de sangre infiel.
En tanto que el noble Alfredo
Se afinojará delante
De su maga en el desierto.

ALFREDO

La seña, pronto, que vengan.

ALBERTO

¿Para qué? quizá tu acero
Contra mi pecho se vuelva,
¡Como es un hecho tan bello
Defender los musulmanes!

ALFREDO

La seña.

Se siente mucha algazara.

ALBERTO

¿La oyes, Alfredo?

ALFREDO

¡Cómo! ¿qué?

ALBERTO

Ya de esperarme
Se habrán cansado los nuestros,
Y están ahí. Mas, si quieres.....

ALFREDO

No, que vengan. Un acero.

ALFREDO

Toma.....

Se despoja de la túnica y el jubón, quedando con su armadura de caballero cruzado, y le da una espada que habrá traído oculta.

ALFREDO

¡Celina!

ALBERTO

No temas:
Ambos de ella cuidaremos.

ESCENA VI

CELINA Y DICHOS

CELINA

Alfredo, pronto seguidme;
Con mucho valor.
Son los tuyos, pero el viento
No atravesará más raudo
Que nosotros el desierto;
Ven.

Hasta el fin del acto el diálogo y la acción se llevarán con la rapidez posible.

ALFREDO

¡Celina!

ALBERTO

No: la gloria
Tiene más alas que el viento:
Ella es ora quien te llama.

CELINA

¿Quién eres tú, nazareno?
¿Quieres seguirnos? venid.
También tendrás al momento
Esclavos que te defiendan,
Y un alazán más ligero
Que el relámpago y el rayo.

Se oye más cerca el estridor de las espadas.

¿Qué hacéis? están combatiendo:
Los instantes son preciosos;
Ya se acercan.

Quiere tomar de la mano á Alfredo.

ALBERTO

Deteneos.

La separa de . edo.

ESCENA VII

DICHOS, JAIMAR, ALGUNOS MUSULMANES

JAIMAR

Alá no escucha á sus hijos:
Huyamos, con vuestros pechos
Á los musulmanes.
Guardadla — mas tú conmigo...
Dirigiéndose á Alfredo.

ALBERTO

Conmigo tú.

JAIMAR

¡Nazareno!
Traición infame... tu vida.

Se baten.

ALBERTO

La tuya será primero.

Le hiere.

JAIMAR

¡Ah!

ESCENA VIII

DICHOS, EBRARDO DE BARRES Y ALGUNOS TEMPLARIOS

EBRARDO *á los soldados.*

Sobre ellos vosotros.
Allí está.

Se acerca á Celina y la toma del brazo.

CELINA

Favor, Alfredo.

ALFREDO

Gran Maestre de los Templarios,
Respetad...

ALBERTO

Calla.

EBRARDO

Silencio;
Respetad vos, italiano,
La Cruz que tenéis al pecho.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón regio en el palacio de Antioquía. — En el fondo dos tronos, de en medio de los cuales caen dos banderas, la una blanca con una cruz negra, la otra tendrá dibujada una mujer hincada suelto el cabello, dolorido el rostro, teniendo sobre su cabeza esta inscripción.

« AFFLICTÆ SPONSÆ NE OBLIVISCARIS »

Al pie de los tronos dos hileras de sillones: una puerta secreta que ocultan los tapices, al fondo; á la derecha del actor la de entrada, á la izquierda la que va á lo interior del Palacio.

ESCENA I

LUIS Y ELEONORA en el trono de la derecha, RAIMUNDO en el de la izquierda. — GILBERTO, EBRARDO, el GRAN MAESTRE de los Hospitalarios; el fraile BERNARDO y demás caballeros ocupando los sillones: los guardias desfilarán desde el último sillón hasta la puerta de entrada, — LUIS Y RAIMUNDO coronados y con mantos reales; los demás, excepto BERNARDO, armados de caballeros cruzados.

LUIS

Príncipes y Señores, fuera mengua,
Que aun á menos que rey, á caballero,
Desluciera el honor de sus blasones,
Si no sintiera arder dentro del pecho
La purísima llama que os anima.
Sobre el trono de Francia mis abuelos
Dos siglos se sentaron, y ni un día
Sobre el trono de Francia se echó menos
La fe de caballero y de cristiano.
Vine, como vosotros, al desierto
Para purgar las culpas de mi alma,
Y ganar con los golpes de mi acero.

Del soldado la prez y nombradía
Quiero, como vosotros, al momento,
Ver de Jerusalén los altos muros,
Y ayudar á su rey con mis esfuerzos
Á la defensa del sepulcro santo.
Pero ya os lo repito; mis deseos
Tienen hoy un poder que los estorba:
Dentro de pocos días, satisfechos,
Indicaré la marcha, y victoriosos
Desde el Calvario la ciudad veremos.

RAIMUNDO

Dios, que tiene en sus manos lo creado,
Y ve en lo más oculto de los pechos,
Niegue la salvación al alma mía,
Si engañaros quisieran mis acentos.
Ya dimos reverencia á las razones
De nuestro huésped real; él sin recelo
Saliera en el instante de Antioquía,
Si asuntos que no es dado penetremos,
No hicieran detenerlo en su carrera.
Entonces, Nos el Rey, que justicieros
Mandamos nuestra ley en Antioquía,
Sin desmentir los santos juramentos,
Prestamos nuestro voto á que demore
Luis séptimo de Francia su alto empeño.

EBRARDO

Un mes y nada más.

OTROS

Un mes tan sólo.

LUIS

Aun antes creo yo que marcharemos.
¿No lo cree así también mi real esposa?
Con cierta intención.

ELEONORA

Si cual vosotros el pesado acero
No soportan mis manos, cual vosotros

Soporto las fatigas del desierto,
Y desde el manso Sena hasta el Oronte,
Sabéis que á los cristianos caballeros,
Cual cristiana también los acompaño;
Pero cuando palpitan en mi pecho
Por mi esposo deseos de su triunfo,
También para que sea sin recelos
Creo que su demora en Antioquía
Conveniente le es; y si en el pecho
De Adalides tan nobles y cumplidos
De una mujer se escuchan los acentos,
Como mujer, no como reina, pido
Se levante el consejo, y que de acuerdo
Demoremos un mes nuestra partida.

Todos hacen acción de levantarse.

BERNARDO

Deteneos, Señores, un momento
Del más humilde siervo de la Iglesia
Escuchad la palabra..... ¡Qué! ¿del cielo
Ya no baja la luz á vuestros ojos?
¡Demorar! ¿para qué? ¿El Padre Eterno
Os demora la luz, el agua, el aire,
Y su divino amparo en los desiertos?
¿No es por su hijo, Redentor del hombre,
Que vais á combatir? ¿Acaso el miedo
Detiene vuestros pasos? Ved cristianos,

Enseñando el hierro de una lanza.

La lanza que de Cristo el santo cuerpo
Por vosotros hirió..... Ved, de su sangre
Hay manchas en los filos de este hierro.
Mis manos se estremecen al tocarlo,
Y tiemblan y tembláis, y el orbe entero
Creo que se oscurece ante mis ojos.....
Acaso ya retumba por el cielo
La trompeta final..... chocan los astros,
La tierra se revienta, y de sus senos

Las ánimas con vida se levantan,
Y de hinojos los vivos y los muertos
Caen ante el Señor..... creo que escucho
La terrible pregunta del Eterno:
¡Cristianos! ¿Que habéis hecho? y vuestro labio,
Perdón, Dios mío, repetir con miedo.

Algunos caballeros.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén!

BERNARDO

¡Cristianos!

Voces dentro.

¡Jerusalén! ¡Jerusalén! marchemos.

LUIS

Reverendo Bernardo, vuestras voces
Llegan como de Dios hasta mi pecho.
Yo sabré obedecerlas.

BERNARDO

¡Rey de Francia!
Recuerda que pisaste los desiertos
Para purgar tus crímenes de sangre;
Recuerda que los filos de tu acero
Enrojecieron de Vitry los campos;
Y que tu mano fratricida, el fuego
Puso en los pueblos de tu patria misma;
Y solo tu perdón concede Eugenio,
Si lidias por Jesús, de lo contrario,
Del Vaticano acaso algún acento
Puede pulverizarte, rey de Francia.

ESCENA II

DICHOS Y UN CABALLERO

CABALLERO

Príncipes y Señores del Consejo
Una infiel á las puertas de Antioquía,

Con la señal de paz de un mensajero,
Acaba de llegar, él os saluda
Y os manda el pergamino que os presento.

Se lo entrega á Luis doblando la rodilla. — Luis después de leer el pergamino se lo pasa á Raimundo.

LUIS

¡ Guerreros de la Cruz ! el cielo santo
Derrama sus bondades en el suelo :
El Genio más tenaz del Islamismo,
El vencedor temible en Edesea,
El tigre asolador, Nourddin el fiero
Se humilla ante nosotros ; solicita
Una hermana que dice que los nuestros
Han puesto entre cadenas : él en cambio
Nos ofrece cincuenta caballeros,
Ó el oro que al antojo le pidamos.
De esa mujer Nosotros no sabemos.
¿ Alguno de vosotros ha podido
Tal ventaja obtener en el desierto ?

Momento de silencio.

RAIMUNDO

Cincuenta caballeros nos ofrece,
¿ Ignoráis la valía de este precio ?

LUIS *al caballero.*

Salid vos, caballero, á nuestro campo,
Y en el nombre de Dios á los guerreros,
Y en el nombre de Nos, decid que pronto
La hermana de Nourddin venga á este puesto.

RAIMUNDO

Ó si de los cruzados de Antioquía
Alguno nos da indicios de su dueño.

ESCENA III

DICHOS Y ALFREDO completamente armado y la visera calada

ALFREDO

Uno hay aquí que lo sabe.

EBRARDO

Mejor fuera recordara
El caballero (si acaso
Es caballero el que habla)
Que no se trae al Consejo
Tan corrida la celada.

ALFREDO

Ebrardo de Bárres (1), noble
Gran Maestre, muy estimada
Por mí será la advertencia.
Es efecto de la usanza
El que se me haya olvidado
Levantarme la celada,
Cosa que no me acontece
Cuando estoy en las batallas,
Y cosa precisamente
Que vos debéis ignorarla,
Porque nunca estáis en ellas.

EBRARDO

Por mi cruz y por mi espada
Que esa lengua tan audace,
Con mis manos la arrancara,
Si lejos de este recinto
Salieran vuestras palabras.

(1) Para mayor facilidad del actor damos á la pronunciación de algunos nombres franceses el valor que tienen sus sílabas en castellano.

ALFREDO

Buscadme lejos de él.

LUIS

Silencio, más moderada
Suelta tu lengua, cruzado,
Que te oyen en esta sala
El rey de Francia, y Raimundo.
Alza luego la celada;
Y, diciéndonos tu nombre,
Descubre donde se halla
La mujer que procuramos.

EBRARDO *á Luis.*

Á quien á vos no os acata,
Mal puede creerse, Señor.

ALFREDO

Obedezco, rey de Francia.

Se alza la celada.

LUIS

¿ Tu nombre ?

ALFREDO

Varios tenía
Allá en Italia, mi patria ;
Desde que he pasado el Bósforo
Tan sólo Alfredo me llaman.

LUIS

¿ Caballero ?

ALFREDO

Por mi sangre
Y los golpes de mi espada,
Recibí el espaldarazo
Á los veinte años.

LUIS

Bien, basta.
Dinos ahora el paraje
De esa mujer.

ALFREDO

Las palabras
Del noble Ebrardo de Barres
Serán más ciertas. ¿ Gustará
De pronunciarlas acaso ?

EBRARDO

No os comprendo, y es ya tanta
La altivez de ese italiano,
Que mal viene al rey de Francia,
Y á los demás que escuchamos,
Sufrirlo con tal audacia ;
La reina pide concluya
El Consejo, y su demanda,
Sin duda que se merece
Ser, por Dios, más acatada.

ELEONORA

Sí, lo pido... El caballero
Puede pasar á la estancia
De mi real esposo. En ella
Habrá momentos de calma
Para indigar de la infiel.

EBRARDO

Ya lo oís.

ALFREDO *á Luis.*

De vuestra gracia
Pido, Señor, un momento
Que me escuche.

ELEONORA

Ya que es tanta
De mi esposo la paciencia,

Rey Raimundo, en esta sala
Es vuestra voz la primera ;
¡ Queréis con valor alzarla
Y decir á ese cruzado
Que la audiencia está acabada ?

RAIMUNDO

Señora...

LUIS *á Eleonora.*

Cual vos, concibo
Que es necesario en mi estancia
Aclarar esta verdad...

ALFREDO

No, gran Señor, la cruzada
No tiene un solo soldado,
Que no pueda en esta sala
Pedir justicia á vosotros ;
Y yo que soy...

EBRARDO

De la Italia
Quizá algún aventurero
¿ No es verdad ? Está ordenada
Vuestra salida, marchad.

ALFREDO

¡ Aventurero ! (Mi espada
Tiembla de rabia en el cinto !)
Miradme bien, rey de Francia,
Mirad si estos mismos ojos
No viste que centellaban,
En vez de miradas, rayos,
De Pisidia en las montañas.
Allí donde cual torrente,
Corrió la sangre cristiana,
Porque de armas no entendieron
Los guerreros de tu Francia.
Allí, donde abandonado,

Solo tu brazo lidiaba,
Y en tanto que en el peligro
Rey y religión dejaban,
Descendían á los valles
Los guerreros de tu Francia.
Allí, donde el que han llamado
Aventurero de Italia,
Fué solo quien con su cuerpo
De los golpes te escudara,
Y en sangre tintos sus miembros,
Y trozos hecha su espada,
Con su puñal solamente
Te hizo un muro en la montaña,
Mientras no había á tu lado
Ni un guerrero de tu Francia.
Así, Señor, se batía
Quien es acaso de Italia
Algún vil aventurero :
Al tajo de cimitarras
Vertiendo ríos de sangre,
Por librar un rey de Francia.

LUIS

Te reconozco, italiano,
Y nunca de mí olvidadas
Han sido tales proezas.

ALFREDO

No, gran Señor; olvidadlas,
De Italia los caballeros
No cobran por sus hazañas.
Cuando el Aguila extendía
Del Capitolio sus alas,
Y del sol el rayo ardiente
Quebrado en ellas quedaba,
Nunca cobró por la sombra
Que al mundo daban sus alas.

LUIS

Concluye ahora... tú sabes
Lo que buscamos, mañana
Me informarás en secreto
Su destino.

ALFREDO

Retardara
Hasta mañana en decirlo
Si pendiera en mis palabras;
Pero ya quizá se acerca
La mujer á quien se aguarda.

EBRARDO

¿Cómo?

LUIS

¿Aquí?

ALFREDO

Hace un instante
Que un héroe de la cruzada,
Que el hallar la prisionera
Tanto como yo deseaba,
Me hizo avisar que viniera
Á Consejo sin tardanza,
Á prevenir que traería
Lo que tanto se buscaba,
Y que tan sólo á los reyes
Les pertenece guardarla.

ESCENA IV

DICHOS Y UN CABALLERO

CABALLERO

El leal marqués de Verona
Pide permiso y aguarda
En las puertas del Consejo.

RAIMUNDO

Le están abiertas.

Vase el caballero.

ALFREDO

Llegada
Es ya la hora, Gran Maestre.
Nobles Señores, miradla.

ESCENA V

DICHOS, ALBERTO Y CELINA

Celina no repara en Alfredo hasta que el diálogo lo indique.

ALBERTO

Al Consejo acatamiento,
Respetos á la corona :
¿ Puede un Marqués de Verona
Hablar un solo momento ?

LUIS

Es honra para el Consejo
El escuchar un valiente.
Hablad.

ALBERTO

Con tal aliciente
Hablaré con más despejo.
Tres meses ha que un guerrero,
Á quien le llamo mi amigo,
Combatiendo al enemigo,
Cayó herido y prisionero ;
Y en pecho que de cristiano
Y de valiente blasona,
Más el coraje se entona
Cuando le falta un hermano.

Busqué el mío día á día
Por los vastos arenales,
Que no daban ni señales
De la huella que seguía;
Pero quiso Dios bondoso
Premiar mi constante anhelo,
Y al fin consiguió mi celo
Saber de él, venturoso.
Con sólo cien caballeros
Que su auxilio me prestaron,
En el desierto brillaron
Los bendecidos aceros,
Y como es sabido ya
Que no brillan sin vencer,
Vencimos, y pude ver
Al que buscaba... Aquí está...

CELINA

¡Alfredo!!

ALFREDO

¡Calla!!!

ALBERTO

Lo hallara
De una mujer prisionero;
Que compasiva al esmero
Como hermano le tratara.
Era mujer de valía
Y que la santa Cruzada,
En porción muy estimada
Presumí que la tendría.
Pero en medio del combate
La arrebató un caballero,
Cuyo nombre no prefiero
Que de aclararse se trate.
Ocho soles han brillado
Y nada supimos de ella;

Pero hoy hallamos su huella
Y yo mismo la he tomado :
Si esto pesa al caballero,
Yo recogeré su guante,
Y su tan caro diamante
Le pagaré con mi acero.
Pero entretanto, al amparo
Pongo de vuestra real mano,
Esta mujer, cuyo hermano
Es el contrario más caro
De nuestra fe, es, Señores.....

LUIS

Lo sé, marqués de Verona,
Y vuestro celo os abona
De nuestros altos favores.
Dinos tu nombre.

Á Celina.

CELINA

Celina.

LUIS

Y bien, Celina, tu hermano
¿ Cuánto dará á un soberano
Por tu libertad ?

CELINA

¿ No atina
Á idearlo vuestra cabeza ?
Un tajo en su real garganta.

LUIS

Tal oferta no me espanta :
Es natural tu fiereza :
Celina, aqueste palacio
Será tu cárcel ; mañana
Mi voluntad soberana
Dispondrá con más espacio.

Caballeros, despejad...

A Alfredo y á Alberto que se van.

Señores, ya terminemos;
Mañana contestaremos
Al Califa de Bagdad.

Desde que los reyes bajan del trono se toca dentro de bastidores una marcha militar á grande orquesta. Se continuará hasta que hayan salido los monarcas.

ESCENA VI

ELEONORA, EL GRAN MAESTRE Y CELINA

EBRARDO *á Eleonora.*

Tengo que hablaros, Señora.

ELEONORA

Y yo también, noble Ebrardo.

EBRARDO

Pero antes... (De celos ardo.)

ELEONORA *á Celina.*

Comprendo. ¿Queréis ahora
Contemplar en su recinto
Los jardines del palacio?
Es magnífico su espacio.

CELINA *con sonrisa.*

¡De flores un laberinto!
¿No es verdad? Señora bella,
Os doy rendidas las gracias.....
¿No hay algún bosque de acacias
Dividido en ancha huella?

ELEONORA

Sí.

CELINA

¿Alguna fuente serena
Que en redor abundan flores

Cuyos mágicos olores
De tanto placer dan pena?

ELEONORA

Sí.

CELINA

Al extremo del jardín
¿No hay una gruta escondida
De hojas de palma tejida
Del uno al otro confín;
Y por el verde ramaje
Se ve la luz misteriosa,
Como la faz de una hermosa
Cuando la cubre un encaje?

ELEONORA

¡Bien lo sabes!

CELINA

Fuera igual
Que al león de nuestras regiones
Vinieran extraños leones
Á enseñarle el arenal.

ELEONORA

Ya que tan de casa eres,
En el salón del Oriente
Ve á esperarme, con mi gente
Conversarás si lo quieres.

CELINA

Gracias, Señora, os repito.
¡Quiera Alá que yo algún día
Os pague la cortesía...!
Queda, no te necesito.

Al irse quiere acercársele Ebrardo, pero se para á la voz de Celina. Vase ésta.

ESCENA VII

ELEONORA Y EL GRAN MAESTRE

En este diálogo se evitará la precipitación de las palabras, tratando de marcar el doble sentido que tienen á menudo.

ELEONORA

¿ Qué os parece, buen Ebrardo ?
¡ Altiva la niña es !

EBRARDO

Más que altiva.

ELEONORA

Y algo bella.

EBRARDO

Sí.

ELEONORA

Descontenta.

EBRARDO

Se ve.

ELEONORA

¿ Sabes, Gran Maestre, una cosa ?
Debes darme el parabién :
Tengo el don de doble vista,
Como dice el escocés.

EBRARDO

Real Señora, lo celebro.

ELEONORA

No sé qué pude entrever
Que, ya viste, di mi voto
Porque ese italiano soez
No contara en el Consejo

De los caballeros quién
Á Celina la guardaba.
¿No te parece acerté?

EBRARDO

Reina Eleonora, yo creo
Que ver el porvenir sé
Como las magas de España.
En el Consejo también
Persistí en que no partiera
Luis para Jerusalén;
Al menos que retardara
¿No os parece que acerté?

ELEONORA

Gran Maestre, ladino estás.

EBRARDO

Hablemos mejor, pues que
Ambos bien nos conocemos.
Señora, ¿vos no queréis
Que Luis marche todavía?

ELEONORA

Sin duda.

EBRARDO

Pues yo sabré
Como detener su marcha.

ELEONORA

Así lo espero.

EBRARDO

Veréis
Que no se junta el Consejo
En diez semanas tal vez.

ELEONORA

Perfectamente.

EBRARDO

Raimundo
¿ Es para vos lo que ayer ?

ELEONORA

Y quizá más.

EBRARDO

¿ Se han concluído
Los sustos por Isabel ?

ESCENA VIII

DICHOS Y CELINA

Celina sale por la puerta secreta. — Al ver á los personajes se queda oculta dentro de las cortinas.

ELEONORA

No, Gran Maestre : cada día
Tengo un nuevo padecer ;
Una espina más, que al alma
La despedaza cruel.
La ama, yo bien lo conozco;
Y quizá también es él
Correspondido por ella ;
¿ No lo crees ?

EBRARDO

Bien puede ser.

ELEONORA

La casualidad te hizo
Mi secreto conocer,
Y de entonces de tu labio
Los consejos escuché.
Si antes le amé por caprichos
Pasajeros de mujer,
Hoy le amo ya por orgullo,

Porque hay otra que á la vez,
Á donde pisa Eleonora
Pretende poner su pie.
Yo no quiero de Antioquía
Que salga mi esposo el rey,
Y quiero ver á Raimundo
Llorar de amor á mis pies.
Yo no quiero que sus ojos
Se hallen con los de Isabel,
Y quiero que esta insensata
Lo humille con su desdén.
En tal circunstancia, Ebrardo,

Se quita una cadena de oro y la pone en el cuello de Ebrardo.

¿ Dime, pues, qué debo hacer ?

EBRARDO

¿ Para que Luis, de Antioquía
No salga ?

ELEONORA

Yo le diré :
No quiero salir, y entonces
Como se quedó otra vez,
Se quedará mal su grado.
¿ Para lo otro ?

EBRARDO

No sé
Sino un solo medio.

ELEONORA

Pronto.

EBRARDO

¿ Es muy noble esa Isabel ?

ELEONORA

Es de la más pura sangre
De todo el reino francés :

Sobrina del noble Conde
De Nevers.

EBRARDO

Ah, sí, de aquel
Que los barones y obispos
Eligieron para ser
Ministro y Señor del reino
Mientras la ausencia del rey.

ELEONORA

El mismo.

EBRARDO

Y que ha preferido
Ser monje, primero que
Mandar la Francia..

ELEONORA

Sin duda.

EBRARDO

Pues bien, Señora, á Isabel
Es necesario casarla.

ELEONORA

¡ Casarla !

EBRARDO

Cierto.

ELEONORA

¿ Con quién ?

EBRARDO

Con algún buen caballero.

ELEONORA

¡ Ebrardo !

EBRARDO

¿ Me comprendéis ?
Tenéis don de doble vista
Como dice el escocés.

ELEONORA

Pero ese.

ERBARDO

Ese italiano
Es para Ebrardo á la vez,
Lo que para vos, Señora,
La condesita Isabel.
No consintáis, si os parece.
Yo por mi parte también
Haré lo que me convenga;
Y gracia ha de ser, por Dios,
Que canten los trovadores,
Que la reina, la mujer
Que es joya de la Cruzada
Y de la Europa también,
La primera en hermosura,
Le fué á su marido infiel;
Y el galán favorecido,
Después de estar á sus pies,
Se aburrió y le dió los brazos
Su camarera Isabel...

ELEONORA

Pero ese italiano apenas
Tiene un nombre.

EBRARDO

Dadle diez.
Mañana estará Edesea
Rendida á nuestro poder:
Tolemais, y Cesarea,
Y Ascalón caerán también,
Como otras muchas ciudades,
Al amparo de la fe.
Y el que corta cien cabezas
De los perros de Ismael,

No desmerece, Señora,
Una corona en la sien.

ELEONORA

¿ Consentirá ?

EBRARDO

Es italiano...

ELEONORA

Pero ¿ y le querrá Isabel ?

EBRARDO

Hacedlo grande, y respondo.

ELEONORA

¿ Creéis que lo quiera ?

EBRARDO

Es mujer.

ELEONORA

Entonces, dentro de una hora
Haz que venga.

EBRARDO

Así va bien.
Entonces, mi bella reina,
No será mal que á las diez
De esta noche, vuestro esposo
Los muros peseando esté,
Y el rey Raimundo acompañe
Vuestra soledad.

ELEONORA

Sí : de él
Necesito explicaciones.

EBRARDO

P ues bien, Raimundo á las diez.

ELEONORA

Dentro una hora el italiano.

EBRARDO

Quedad con Dios.

ELEONORA

Ve con él.

Vanse ; Ebrardo por la puerta de salida, Eleonora por la de las piezas interiores.

CELINA

Dentro una hora el italiano,
El rey Raimundo á las diez :
¿ No son estas las dos citas ?
Reina cristiana, está bien.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Aparato teatral del anterior.

ESCENA I

DOS PAJES

PAJE 1º

Mal entiendes, pajecillo,
Los asuntos de palacio.

PAJE 2º

Sus mentiras.

PAJE 1º

Más despacio.
Dale á tu lengua un poquillo
De circunspección, de calma,
No sea que por tu prisa
Tengamos que oir una misa
Por el descanso de tu alma.

PAJE 2º

No me hermano con el miedo
Y digo lo que es de ley:
Si pesa á su gracia el rey
Que le apunten con el dedo,
Sea rey como se debe:
Que rey sin poder de rey,
No tiene de rey la ley
Porque á ser rey no se atreve.
Y pues el rey no demuestra,
Ni la voluntad de un hombre,

Es claro que es rey en nombre
Que se presenta de muestra.

PAJE 1°

¡ Pajecillo!

PAJE 2°

En Antioquía
¿ Qué es lo que hacemos ahora?
Entretener á Eleonora
Con fiestas de cada día.
Dos torneos por semana,
Y sus dulces trovadores
Decirle cuentos de amores
De la noche á la mañana ;
En tanto que los guerreros
Con la molicie embriagados,
Se olvidan que son cruzados ;
Y sus bruñidos aceros
Los comienzan á arrojar;
¿ Es esto lo que juramos
Cuando el pecho nos cruzamos
Para venir á lidiar ?
Si á la reina la molesta
Del desierto la distancia,
Vuélvase ¡ por Dios ! á Francia
Y viva en continua fiesta,
Hasta que diga no más !

PAJE 1°

Tú no entiendes un comino
De esta Cruzada.

PAJE 2°

Imagino
Que tú tampoco estarás
Mejor impuesto.

PAJE 1º

Te engañas :
Cuanto aquí nos ha pasado
Maldito si me ha asustado ;
Y lo que tú tanto extrañas
Yo lo miro por precisa
Y natural consecuencia.

PAJE 2º

¡ Que me admira tu paciencia!

PAJE 1º

No tal, ¡ si es cosa de risa !
El rey vino á Tierra Santa
Por la causa que yo vine.
Que en Tierra Santa camine,
Ó en ella clave su planta,
Siempre que haya estado en ella
Ha cumplido su misión.

PAJE 2º

¿ Cómo?

PAJE 1º

Á Luis da el perdón
Por su maldita querella,
El Papa Eugenio tercero
Y los obispos, con tal
Que venga á purgar su mal,
Vestido todo de acero
Al desierto. Por mi parte
Maté con mis propias manos
Al mayor de mis hermanos,
Como en vía de descarte,
Por una que me jugó.
Me persiguieron, fuí al Papa,
Y él de mi culpa me escapa
Ordenando venga yo,

Para purgar mi pecado.

Señalando la cruz que trae al pecho.

Con esta cruz al desierto:
Es así que es caso cierto
Que el desierto se ha pisado
Por el rey Luis y por mí,
Luego el rey Luis y este paje
Han terminado su viaje,
Puesto que se hallan aquí.

PAJE 2º

¡ Mal cristiano eres, por Dios !
Y si te oyera el muy santo
Bernardo...

PAJE 1º

Sé todo cuanto
Me diría; y con su voz
Y la lanza que encontraron
Al pie del altar mayor
De esta iglesia, con fervor
Me amenazara... Lloraron
Mucho ya mis pobres ojos
Y mucho he peregrinado
Por enmendar mi pecado!!
Conque vamos, tus enojos.....
Mas ¿ Quién viene ?

ESCENA II

ALFREDO Y DICHOS

ALFREDO

Un caballero.

PAJE 1º

Algo más se necesita
Para entrar en esta sala.

ALFREDO

Siendo menos entraría.

PAJE 1°

Pero también es verdad
Que saldríais más de prisa.

ALFREDO

Será mejor que tus voces
No salgan tan atrevidas.
Id, paje, y á vuestra reina
Que ha obedecido, decidla,
El caballero italiano.

PAJE 1°

Si la reina os necesita
Ya es otra cosa diversa.
Vase por el tercer bastidor de la izquierda.

ALFREDO

Id con Dios.

PAJE 2°

Si no es precisa
Mi presencia al caballero...

ALFREDO

Marchad, paje, con mi estima.

ESCENA III

ALFREDO *solo.*

ALFREDO

¿Por qué dentro mi pecho
Hay algo que oscurece la hermosura
De esa divina amante criatura;
Y nunca satisfecho
Con su amor hechicero,

Desmiento hasta mi fe de caballero?
¡Magnífico aparato!

Mirando los tronos.

Un cadáver quizá cobrase aliento,
Si lo llamaran rey por un momento;
Y el menos insensato
Su vida inmolaría
Por colocarse ALLÍ tan sólo un día!
La vista de un monarca,
De su poder contempla el horizonte,
Como en la cresta de empinado monte
El Águila que abarca
Con su mirar de fuego,
Inmenso espacio que atraviesa luego.
Con orgulloso labio
Dicta imperante de su regia silla,
Y al eco de su voz cae la rodilla
Del guerrero y el sabio,
Del joven arrogante,
Y del viejo en noblezas delirante.
¡Cómo se llega á rey!
Ver en tinieblas lánguida la vida
Teniendo el alma de ambición henchida.
¡Ah! es vida que consume
La vida misma que alentar presume!

ESCENA IV

ALFREDO Y CELINA

Celina habrá entrado en la escena antes de concluir Alfredo las últimas palabras.

CELINA

Tendrá tu ambición tu logro
Si también tienes amor.

ALFREDO

¡ Celina ! ¿ aquí ? ya la reina
Debe venir. Huid por Dios.

CELINA

La reina está entretenida
Escuchando un trovador.
¿ Te pesa el ver á Celina ?

ALFREDO

No ; mas si ven que los dos
Hablamos, tú no comprendes
Lo que sufriría yo.

CELINA

Y que ¿ no sufre Celina
Por tí ? ¡ Ah ! mi corazón
No sabe sino adorarte :
Tú no conoces, ¡ oh, no !
Cómo se ama en el desierto :
Más que los rayos del sol
Arde el amor en nosotros.

ALFREDO

¡ Celina !

CELINA

Por tí el amor
Primero sentí en mi pecho :
Por tí olvidé de mi Dios
Su palabra, y los preceptos
De mi estricta religión,
Y rompí por tus amores
De mis creencias el amor.
Por tí miré las arenas
Abrasadas por el sol,
Como alfombras delicadas
De vivísimo calor ;

Que no hay soles, ni desiertos,
Ni infortunio, ni dolor
Que no crea una ventura
Si me encantas con tu voz;
Por tí sueños más hermosos
Que la bella luz del sol,
Cuando trinan en el árbol
La calandria y ruiseñor,
Cuando hay gotas de rocío
Como perlas en la flor,
Cuando toda es hebras de oro,
La argentada creación;
Por ti toda el alma mía
En un éxtasis de amor,
Ya delira con tus ojos,
Ya delira con tu voz...
¿Qué más quieres, vida mía,
Rica estrella de mi amor,
Si hasta amenacé mi vida,
Al ver que otro pretendió
Este corazón que es tuyo?

ALFREDO

¿Otro?

CELINA

Mas tuve valor,
Que de sus torpes halagos
Mi puñal me defendió.

ALFREDO

¡Infame freile!

CELINA

¡Seis días
En su tienda me guardó
Y amenazándome ora
Con palabras de furor,

Ora haciéndome promesas,
Ora humilde y con baldón
Quería del pecho mío
Beber alientos de amor!
Pero más que Alá, tu imagen
Resistencias me inspiró,
Y tan sólo maldiciones
Compensaron su pasión.

ALFREDO

Yo le buscaré al cobarde.

CELINA

No, mi Alfredo, aqueso no,
Ya estoy libre de su imperio;
Otra cosa quiero yo.
Mi hermano dará á tus reyes
Cuanto exija su ambición
Por mi libertad. — Alfredo,
Yo pude escuchar tu voz:
Sé que deseas un trono,
Lo tendrás. También sé yo
Que miles de hombres deseas
Para mandar; no habrá dos
Que cual tú tengan esclavos
Con más fina sumisión.
Te ofrecería un serrallo
Con murallas en redor,
Que guardara las mujeres
Más lindas que Alá creó;
Con tanto esmero cuidadas,
Que cada una en su prisión
Por lecho tendría plumas
De bellísimo color,
Y perfumes deliciosos
Que embriagasen con su olor;
Tanta seda y pedrería,

Tanto pájaro veloz
Que trinando en torno suyo
La dijera dulce amor,
Que ninguna desearía
Terminara su prisión.
Mas esto no te lo ofrezco,
Porque celos tengo yo
Hasta de que haya mujeres
En el mundo de los dos.

ALFREDO

Celina, tu voz me abrasa.

CELINA

Y si Alá mandase hoy
Á otro mundo nuestras almas,
Tendría celos mi amor
De las huellas que tu planta
Sobre la tierra dejó.

ALFREDO

¡ Tú no comprendes, Celina,
Mi terrible situación !
¿ Olvidas que soy cristiano ?

CELINA

¿ Qué importa eso ? el amor,
Si tú vienes al desierto,
Será nuestra religión.

ALFREDO

¡ Ah ! en el desierto, Celina,
Sólo pensaba en mi amor ;
Allí, donde en el silencio
Sólo escuchaba tu voz,
Como música suave
De amorosa inspiración,
Como brisa de la Italia

Que conmueve el corazón;
Pero ¡ay! que ya en Antioquía
Se confunde con tu voz,
El estrépito glorioso
De guerrera confusión;
Y son tan grandes, Celina,
Los sueños de mi valor,
Que no caben en los senos
De mi altivo corazón.
Yo te idolatro, lo juro;
Pero una fuerza mayor
Me roba, por mi desgracia,
Los encantos de tu amor.
Debo cumplir mi destino.
¡Qué quieres! mi religión
También de tí me separa,
Y apenas me basto yo
Para decirte « te amo. »

CELINA

¿Me amas? dilo.

ALFREDO

Sí.

CELINA

Pues yo
Ya te he enseñado bastante
El frenesí de mi amor;
Yo te hice dueño de todo
Cuanto hay en mi corazón.
Alfredo, guarda el regalo,
Pero no quiera tu Dios
Que lo arrojes de tus manos!

ALFREDO

No, jamás.

CELINA

Por compasión
De tí mismo séme fiel.

Muy marcado.

ALFREDO

¿ Dudas ? ¿ por qué ?

CELINA

¡ Qué sé yo !

ALFREDO

Celina...

CELINA

Espera... se acercan...

ALFREDO

La reina será ; ¡ por Dios !

CELINA

Alfredo, yo me retiro.

ALFREDO

¿ Volverás ?

CELINA

Con más amor.

Vase por la puerta secreta.

ESCENA V

ELEONORA Y ALFREDO

Eleonora sale por el segundo bastidor de la izquierda.

ALFREDO

Á vuestras reales plantas la rodilla
No es desdoro doblar, bella Señora.

Se arrodilla y besa la mano de la reina.

ELEONORA

Levanta, caballero, tan cumplido
Eres como leal.

ALFREDO

Reina Eleonora,
Aquí vuestro mandato me ha llamado:
¿Qué ordenáis á este pobre caballero?
Á dama de tan alta nombradía,
Ciñérase de lauros el guerrero
Que pudiera servirla con su brazo,
Ya lidiando campeón de su nobleza,
Ya proclamando con la lanza en ristre
El resplandor de su sin par belleza.

ELEONORA

Si hubiera menester un fuerte brazo
Que amparase mi débil existencia,
Te nombraría á tí mi caballero,
Quedándose tranquila mi conciencia
Presumiendo tu triunfo en el combate:
Pero ¡gracias al Cielo! todavía
No preciso de espadas por escudo.

ALFREDO

Y ¿qué mandáis, Señora?

ELEONORA

En este día
Quiero acaso premiar pasados hechos.
Tú de mi esposo la preciosa vida,
De Pisidia en las lúgubres montañas
Con valor libertaste; y desmedida
Mi gratitud á tus esfuerzos fuera.

ALFREDO

Nada pretenderé.

ELEONORA

Dime, italiano:
¿Fueron nobles acaso tus abuelos?

ALFREDO

Más que nobles, Señora.

ELEONORA

No es en vano
Que pregunto: ¿sus nombres cuáles fueron?

ALFREDO

La sangre de los Duques de Espoleto
Es la que altiva por mis venas corre.
Mas de ese ilustre nombre, que respeto
Mereció de la Europa en algún día,
De su inmenso poder y su grandeza,
Ved, Señora, la herencia en esta espada.
El soberbio alemán con su fiereza
Al profanar la Italia con su planta,
Y lombardos, y francos y esclavones
Pagaban su osadía á mis abuelos
Con sangre de sus torpes corazones...
Venecia, Gaeta, Nápoles y Amalfi,
Saben guardar sus hechos inmortales,
Y cuentan que las manos de Espoletos
Nunca dieron los *Palios Imperiales*...
Mas todo esto pasó... van ocho siglos
Desque cansada el águila altanera
De sacudir el mundo entre sus garras,
Se reventó en el medio de la esfera;
Y cayendo en el suelo de su Italia,
Hizo temblar al mundo su caída,
Y á la Italia infeliz partió su cuerpo
En mil pedazos de distinta vida.

ELEONORA

Pero quizá algún día...

ALFREDO

Sí; algún día
Los buitres que se embriagan carniceros
Con los restos del águila cadáver,
Han de lanzar, entre ayes lastimeros,
Junto con esos restos su existencia.

ELEONORA

¿Y tan ilustre y noble descendiente
Puede vivir contento con su estado?

ALFREDO

Soy soldado de Cristo solamente;
Pero mientras los Cielos me protejan,
Puede ser que los golpes de mi espada...

ELEONORA

Hagan temblar los tercios musulmanes;
Pero no pasarás de caballero.

ALFREDO

¿Y qué poder hacer?

ELEONORA

¿Más alta gloria
No concebiste nunca en tu cabeza?

ALFREDO

Sueños no más de pasajero imperio.

ELEONORA

¿Y si acaso esos sueños de grandeza
Pudieran realizarse? ¿Nunca, dime,
Deseaste te adornara una diadema?

El talento de los actores comprenderá el carácter de dignidad y grandeza que deben desplegar en el resto de esta escena: Eleonora dará á sus palabras y á su acción toda la altivez y nobleza conveniente, que para preocupar á Alfredo es necesario; y Alfredo irá manifestando progresivamente la fascinación de su espíritu.

ALFREDO

Alguna vez quizá.

ELEONORA

Si tú supieras
¡Cómo en las sienes su contacto quema!
Al primer escalón no más del trono
¡Cómo nos levantamos de la tierra!
Imagina un instante que mi esposo
Te cede una gran parte en esta guerra,
Y que al frente de bravos escuadrones
Has tomado una plaza en el desierto,
Y por su rey al punto te proclama
De entrar en la ciudad.

ALFREDO

(¡Si fuera cierto!)

ELEONORA

Imagina también que este es tu trono,

Señalando el trono de Luis.

Y al compás de los cánticos triunfales
Vas llegando hasta él .... ya está tu planta

Le toma de la mano y le va conduciendo según indican los versos.

Donde sólo se ve las plantas reales.
¿Nada te inspira la primera?

ALFREDO

¡Creo que me desprendo de los suelos!

ELEONORA

Pisa, pues, la segunda: ¿qué te dice?

ALFREDO

Creo tocar la frente de los Cielos.

ELEONORA

Sube pues, á la última: ¿qué piensas?

ALFREDO

Pienso que el mundo por mis plantas rueda
Y que anda más veloz, si yo lo mando;
Y que si yo lo mando, quieto queda!

ELEONORA

Colócate en el trono... La corona

Toma la corona de Luis y se la pone.

Es esta... bien... así... ¿y ora qué sientes?

ALFREDO

Siento que se me abrasa la cabeza,
Y entre llamas de gloria refulgentes
El universo ante mis ojos brilla;
Y miro que mi frente se refleja
En la posteridad que me retrata,
Y aun más allá del porvenir se aleja
La grandeza de Alfredo y su renombre!

Marcha triunfal dentro de bastidores.

(CANTAN)

Honor, honor al rey,
Que lleva la Cruzada
Para Jerusalén.
Honor, honor al rey
Que lleva victoriosa
La enseña de la fe.

ELEONORA

Viene el rey Luis. Escucha: victorean
Su marcha. Así también será la tuya
Cuando en un trono como á Luis te vean,
¿Querrás por él prestarme un sacrificio?

ALFREDO

Mas, que no me despierte de este sueño.
Hablad y lo obtendréis.

ELEONORA

Baja del trono.

ALFREDO

Pedid, Señora, y cumpliré mi empeño.

Alfredo permanece en el trono.

ESCENA VI

DICHOS Y CELINA

Celina sale desde las últimas palabras por la puerta secreta: sube al trono con dignidad y entereza, y toma á Alfredo de la mano.

CELINA

Vos lo subisteis, Señora;
Permitid, lo bajaré.

ELEONORA

¿Cómo á desmán tan audace
Osa atreverse la infiel?

CELINA

"*Dentro una hora el italiano.*
El rey Raimundo á las diez"

ELEONORA

¡Cielos!

ALFREDO

¿Qué haces, Celina?

CELINA

¿No lo estás viendo...?

Lo baja.

ELEONORA

Mujer,
Ó demonio del desierto;
¿Sabes quién soy?

CELINA

Bien lo sé.

Con desprecio.

Alfredo, te dan un trono;
Pero no sabes por qué.
Te he bajado del que estabas,
Y de mil te bajaré.
Alfredo, por compasión
De tí mismo séme fiel.

Vase por el tercer bastidor de la izquierda.

ESCENA VII

ELEONORA Y ALFREDO

ALFREDO

Perdonadla.

ELEONORA

Nada temas.
(Más empeño ora pondré)
Vuelve á mi estancia este día.
Vete ya, se acerca el rey.

Vase Eleonora por el segundo bastidor de la izquierda, y Alfredo por el segundo de la derecha.

ESCENA VIII

LUIS Y BERNARDO

BERNARDO

Ya lo miras, rey de Francia
Te acatan y te festejan
Los defensores de Cristo,
Ansiando de la pelea,
Y ansiando de que los lleves
Donde quiere su conciencia.

LUIS

Los llevaré, padre mío.

BERNARDO

Quieren cumplir la promesa
Que hicieron al Santo Padre.
Rey de Francia, no detengas
El sagrado juramento.

LUIS.

Lo cumplirán.

BERNARDO

Cada tienda
Tiene corrupción, placeres,
Y cuanto más te detengas
Más se olvidarán son hijos
Y soldados de la Iglesia.

LUIS

Saldremos y venceremos.

BERNARDO

Quizá tu valor te ciega.
Escúchame : noche y día
En todas partes me encuentras
Con esta cruz excitando

Tracrá un crucifijo al pecho.

Los soldados, y mi lengua
Presagiándoles el logro
De su salvación eterna :
Diciéndoles lo que el Cielo
En mis sueños me revela;
Contando lo que sufría
Sobre la tosca madera,
El que vino por nosotros
A padecer en la tierra.
Mis ojos vierten raudales

De lágrimas, y mi lengua
Cada vez más les excita
Y cada vez más les muestra
Lo fácil de la victoria.
Su venganza en mi cabeza
Fulmine Dios, si desmiente
Mi palabra á mi conciencia.

LUIS

Permitidme.

Le besa la mano con sumo rendimiento.

BERNARDO

Pero escucha :
Quiero hablarte sin reserva
Para que actives tu marcha...
Creo que Dios nos proteja,
Creo todo; pero en tanto
Del desierto las arenas
Se tiñen con nuestra sangre,
Y en cada día la empresa
Es más difícil... : Arcanos
Serán de la Providencia
Que en esta tierra lejana
Tan misteriosa se muestra.
¡ Quién pudo creer algún día,
Que mueriese en la Judea,
Lo que nació de ella misma
Y alimentóse de ella ! ! !
¡ Aquí fué el teatro primero
De la religión suprema !
¡ Y aquí también fué su tumba,
Soberana Providencia ! ! !

LUIS

De esa tumba la alzaremos,
Padre mío.

BERNARDO

Ya nos cuesta
Tanta sangre, que tú solo
Puedes impedir que sea
También la tumba de Europa,
Esta Asia tan altanera.
Ya cuarenta mil soldados
Has perdido en las contiendas
Hasta llegar á Antioquía,
Sin ninguna consecuencia.
El rey de Jerusalén
Está defendiendo apenas
Las murallas que lo guardan.
Apresura tu carrera;
Ve en su amparo, que si logras
Salvarla con tu defensa,
Quizá mañana tremole
En toda la Asia la enseña
Del Redentor de los hombres;
Y si por acaso cimentas
En el Oriente tu imperio,
¡ Rey de Francia ! ¿ quién pudiera
Disputarte el de Occidente ?
La Alemania está sujeta
Con la tiara de Eugenio,
Y Roma será altanera
Cuando sepa que Conrado
Está de vuelta en Europa
Sin cumplir su juramento.
Sabes bien que la Inglaterra
Nada nos presta de auxilio,
Y que tal indiferencia
No se ha de olvidar en Roma.
De España las cortas fuerzas
Para ella sola no bastan,
Y en este instante despeña

De los montes asturianos
Los hijos que en su defensa
Con el árabe combaten;
Y ya son dos bandas fieras
Las que á Don Alfonso hostigan,
Pues de la africana tierra
Á los árabes auxilian
Hordas de moros soberbias.
¿Quién será, pues, rey de Francia
Quien dé sombra á tu diadema?

LUIS

Todo eso lo sé, Señor,
Mas si demoro esta empresa,
Si en Antioquía me hallo,
Es porque quizá me fuerza
Una voluntad que tengo
Por mi mal que complacerla...

BERNARDO

Todo lo sé; mas tú debes
Alzar tu voz, y con ella
Hacer temblar la cristiana,
Que en demorarte se empeña.
Eres su rey y su esposo;
Manda pues que te obedezca.

LUIS

¡Impera tanto en mi alma!
Pero, al fin... al fin hacerla
Que me obedezca sabré.

BERNARDO

Ten valor.

LUIS

Me alega ella
Que su salud se quebranta

Con marchas tan de carrera,
Y puede ser; pues aunque
Está la fe en su conciencia,
Su cuerpo es débil, Señor;
Que la voluntad suprema
De Dios, hizo á la mujer
Con más mísera flaqueza
Que *á los hombres.*

BERNARDO

Rey de Francia,
Se quebranta su conciencia
Más que su cuerpo.

LUIS

Callad...
Yo os lo prometo, la empresa
Será pronto continuada.

BERNARDO

Hacedlo así; que tremenda
Fuera de Dios la justicia,
Si una mujer consiguiera
Detenerte.

LUIS

Padre mío,
¿Queréis que vayamos á verla?

BERNARDO

En vez de estar escuchando
Las palabras de la reina,
Prefiero oir de los Cruzados
Sus lamentos y sus quejas.

LUIS

Siendo así...

BERNARDO

Te auxilie el Cielo.

LUIS

Él vuestra vida proteja...

Vase.

ESCENA IX

BERNARDO

BERNARDO

Pide por tí, rey de Francia,
Que su mano te defienda
Cuando el rayo se desprenda
Que consuma tu arrogancia.
Tiembla de este fraile, ¡ oh rey!
Que, á pesar de tu grandeza,
Si alza un poco la cabeza,
Puede imponerte la ley.
Prendida de mi sotana
Conduzco la Europa entera;
No interrumpas mi carrera
Que eres carga muy liviana;
Pues con tanto amor me ampara
La suprema Virgen Madre,
Que hasta puedo al Santo Padre
Descubrirlo de la tiara...
Dios te ayude, rey prolijo,
Si cuando estés más contento,
Quiero decir un acento
Mostrando este crucifijo.

En acción de irse.

ESCENA X

CELINA y BERNARDO

CELINA

¿Señor...?

BERNARDO

¿Qué me quieres?

CELINA

¿Podéis escucharme
Tan sólo un momento?

BERNARDO

Mujer, ¿por qué no?
Cualquiera que sea,
Si está desvalido,
Si busca consuelo,
Mi amparo le doy.

CELINA

No busco consuelos,
Ni alivio, ni amparo;
Tan sólo una cosa
Quisiera saber.

BERNARDO

Pues habla.

CELINA

Nosotros
Acá en los desiertos,
Sabemos muy poco
De Europa y su ley;
Y siendo tan raras
Las cosas de Europa,
Curiosos á veces
Solemos estar.

BERNARDO

Es vuestra la culpa;
Romped ese velo
Que os quita á los ojos
La luz celestial.
Pedid de rodillas
Perdón á los Cielos,
Y el Padre del hijo

Que el rostro escupís,
Sabrá vuestro crimen
Mirar bondadoso,
Poniendo de Europa
Las luces aquí.

CELINA

No quiero, buen fraile,
Palabras sublimes
Del Cristo, ó Mahoma,
Con vos pronunciar.
Pedid por vosotros
Al Dios que os dé gana;
Dejad que á Mahoma
Roguemos acá.

BERNARDO

Maldita tu lengua
Que mezcla los nombres,
Del Dios de los Cielos
Y el perro de infiel.

CELINA

Dejemos, os ruego,
Tan agrias palabras...
Es una pregunta,
¿Queréis responder?

BERNARDO

Empieza.

CELINA

Escuchadme:
Los hijos del Asia,
Ya bien en las hojas
Del puro alcorán;
Ya bien en los labios
De viejos guerreros,
Ó sabios que miran

Los astros marchar;
Temprano aprendemos,
Que el hijo del Grande
Que manda al Profeta,
No debe mentir;
Y aquello que diga,
Poniendo al decirlo
Su mano en el pecho,
Lo debe cumplir.
Decidme: ¿en Europa
Se manda lo mismo?

BERNARDO

Mentir es delito
Prohibido por Dios.

CELINA

Aquel que en nosotros
Engaña á un hermano,
Ó esquivo no cumple
Promesa que dió;
Si es hombre el que ha sido
Por él engañado,
Se lanza al desierto
Corriendo tras él.
Le dan alazanes
Y auxilio doquiera;
Lo alcanza, y con sangre
Le enseña la fe:
Y si es por acaso
Mujer la engañada,
Se apura á vengarla
Su hermano leal;
Si hermano no tiene,
En todo el desierto
No dan al cobarde
Ni tienda, ni sal.

Decidme : ¿en Europa
Se estila lo mismo?

BERNARDO

Á todos asiste
Derecho y poder,
De hacer al cristiano
Que ofertas le ha hecho,
Que cumpla al instante
Su empeño y su fe ;
Que es mal caballero,
Cristiano perjuro,
Quien falta, si ha dado
Palabra de tal.

CELINA

¿Y á todos es dado
Pedir que la cumplan?

BERNARDO

Sin duda; todo hombre
Para esto es igual.

CELINA

¿Y si es protegido
De grandes Señores?

BERNARDO

Mas nadie protege
La mancha en su honor.

CELINA

Entonces, dichosa
Pasad vuestra vida.

BERNARDO

¿Estáis satisfecha?

CELINA

Contenta me voy.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Salón de palacio, un sillón y junto á él un pequeño taburete.

ESCENA I

EBRARDO Y CELINA

EBRARDO

No te irás, no. — Te diré...
De rodillas, teniendo de la mano á Celina.

CELINA

Suelta, fraile, te aborrezco.

EBRARDO

Tu esclavo siempre seré;
Siempre á tus pies estaré;
Mi vida, mi alma te ofrezco,

CELINA

Suelta, maldito de Alá.
Se desprende.
¿Quieres amor? te detesto.

EBRARDO

De hinojos me has visto ya;
Di siquiera que por esto
Tu pecho se ablandará...

CELINA

Ni el genio del mal que habita
De Istilkar en lo profundo,
Ni las serpientes que agita
Con su acento furibundo,

Y á beber sangre concita ;
Ni cuanto existe en la tierra
De poderoso y temible
Podría hacerme sensible
Á esa pasión que se encierra
En tu pecho aborrecible.
Te detesto, nazareno.
¿Lo comprendes ? Mas por cierto
Vete á buscar al desierto
Una tigre que en tu seno
Vierta su amor, ó veneno,
Que lo mismo es para tí.

EBRARDO

¡ Pecho de hierro ! no importa...
No me quieres dar un sí
Que de rodillas pedí...
Pues el *no* mi alma conforta...
Queréis á otro ¿es verdad ?
Pues ese otro te engaña,
Y lleno de liviandad,
En los brazos de una extraña
Olvidará tu beldad.
Mañana va á ser su esposo ;
Di ¿no te abrasas de celos ?
Habla... paga al veleidoso
Con otros nuevos desvelos :
Yo te adoro.

La toma de la mano.

CELINA

Más odioso
Me pareces por lo mismo :
Suéltame.

EBRARDO

Ruido siento.

La suelta.

CELINA

Serpiente, ó tigre sediento,
Ojalá fuese un abismo
Que te tragase violento!

Vase.

EBRARDO. *Muda de tono al ver á Alberto.*

Apiádate, Dios bendito;
Ilumina estas criaturas,
Que en su perenne delito
Te desconocen á obscuras!

ESCENA II

EBRARDO Y ALBERTO

ALBERTO

Buen cristiano es, por mi vida,
El Gran Maestre del Templo!

EBRARDO

Por convertir esa infiel
Lo posible estaba haciendo;
Pues soy siervo de la iglesia
Y soldado al mismo tiempo.

ALBERTO

¡Ya!

EBRARDO

¿Vais á ver á la reina?

ALBERTO

No; deseo ver á Alfredo.

EBRARDO

Se lo diré.

ALBERTO

No rehuso.

EBRARDO

Entonces...

Vase.

ALBERTO

Id con el cielo.

ESCENA III

ALBERTO *solo.*

ALBERTO

¡Miserable! ¡así profanas
Tus sagrados juramentos!
¡Así se manchan de Cristo
Los soldados! así el Cielo
Parece que nos olvida
Y abandona en los desiertos.
Una Cruzada perdida,
Y esta segunda bien luego
Se habrá de perder también.
¡Oh Dios mío! ¡protegednos!

ESCENA IV

ALFREDO Y ALBERTO

ALFREDO

Mi buen Alberto ¡cuán goza
El alma con encontraros!

ALBERTO

Será preciso que Alberto
Busque á su amigo en palacio,
Porque ya su pobre tienda
Tiempo ha que la ha descuidado.

ALFREDO

Alberto amigo, tú sabes
Que hace diez días me hallo
Tan lleno de ocupaciones
Que yo mismo no me basto;
Pero aquí ó en el desierto,
En cabañas ó en palacios
Alberto tiene en mi pecho
Su lugar bien reservado.

ALBERTO

¡ Ay, Alfredo ! el terso brillo
De la grandeza y el fausto
Deja ciegos los afectos
En el pecho más honrado !
Quién sabe si en esta senda,
Donde pisas tan incauto,
No dejas tras de tu planta
Para Alberto desengaños.

ALFREDO

Por el contrario : en la senda
Yo te extenderé mi mano,
Y los dos la correremos
Hallando flores al paso.

ALBERTO

¿ Los dos ? no : córrela tú ;
Y quiera Dios que en tu amparo
No tenga yo que correr !

ALFREDO

¿ Por qué tan negros presagios
Cuando todo en torno mío
Lo contemplo abrillantado !
Te ciega tu afecto, oye :
Mañana le doy mi mano
Á Isabel : dentro de poco

De Antioquía nos marchamos
Y el mismo rey me ha ofrecido
Que sustituiré en el mando
De la vanguardia á Gilberto;
Pues este viejo soldado
Se quedará en Antioquía.
Vamos después á juntarnos
Al rey de Jerusalén;
Y después para Damasco,
Y Edesea y otras plazas
Irá el resto de mi mando,
Y el de Godofredo y demás.
¿Y bien Alberto? En mis manos
Tendré veinte mil valientes
¿Nada podré hacer acaso?
Todo lo debo á la reina
Y al rey también.

ALBERTO

Pero en cambio
Te casas con quien no amas

ALFREDO

La amaré.

ALBERTO

¿Y ella?

ALFREDO

Sobrado
Soy caballero, y muy pronto
Lograré con mis acatos
Conquistar su corazón.
Además, tú sabes cuanto
Impera en mí otro deseo,
Y si éste al fin satisfago
¿Qué me importa lo demás?

ALBERTO

Deseo noble, sagrado,
Deseo de hacerse grande;
Pero ¡ Alfredo ! ni soñando
Quisiera yo la grandeza
Con que te halagas en vano.

ALFREDO

¿ Por qué ?

ALBERTO

Porque la recibes
De quien da tan solos engaños;
De quien si acaso da *uno*,
Ha de pedir *mil* en cambio;
Y aun ese uno es probable
Que tenga mucho de falso.
En fin, porque la recibes
De un rey francés. — No me engaño.

ALFREDO

Esta vez puede que no
Se desdiga.

ALBERTO

¡ Alucinado !
¿ De dónde sale ese empeño
De protegerte ? ¿ de cuándo
Acá los de Francia, estiman
De tal suerte á un italiano ?
¿ Cuándo no ha sido la Italia
Para esos franceses vanos,
Objeto de envidia ó celos,
Ó de encono mal callado ?
¿ Cuándo del águila olvidan
Que los tuvo avasallados,
Y del águila el imperio

Que la Tiara lo ha heredado?
¿Cuándo los reyes de Francia
Extienden leales la mano?
Piensan tan sólo en sí mismos;
Y, cuando están apurados,
Con palabras muy corteses
Procuran algún aliado;
Pero cesando el peligro
Retiran pronto la mano,
Y el aliado generoso
Queda por ellos colgado.

ALFREDO

Bien; no hablemos de eso ya;
Sería cruel pensarlo.
¿Sabes que se va Celina?

ALBERTO

Lo sé: ¿creerás he cobrado
Por ella cierto cariño?
¡Pobrecilla, te ama tanto!

ALFREDO

Y yo la amara también,
Como en días que pasaron,
Si á un tiempo pudiera mi alma
En sus senos inflamados
Dos pasiones abrigar;
Si esta ambición en que ardo,
Grande, bella, inextinguible,
Pudiera en sus arrebatos
Darle lugar al amor.

ALBERTO

¿Y á no ser por el hallazgo
De la amistad de Eleonora
Y de su esposo? cuitado
Estás, vive Dios...!

ALFREDO

¡Silencio!
Vienen: la reina es acaso.

ALBERTO

Me retiro.

ALFREDO

No; es Celina.
Ya me ha visto: aguarda un rato...
Prométeme que á la reina
Visitarás.

ALBERTO

Por tí lo hago.

ALFREDO

Con toda su comitiva
Ha salido de palacio,
Y antes que retorne, debo
Ir á encontrarla. — Te aguardo.

ESCENA V

CELINA Y DICHOS

Celina sale por el tercer bastidor de la izquierda

CELINA

No te asustes, soy Celina.
¿Por qué el mirarte te asombra?
No es todavía mi sombra
La que tras tu pie camina.
Soy Celina ¿ no me miras?
La que allá en los arenales
Te envolvía con sus chales.
Alfredo ¿por qué suspiras?
¿Tienes algún sinsabor?

ALFREDO

Por Dios ¡Celina...!

CELINA

¿Qué sientes?
¿Tienes acaso presentes
Nuestros momentos de amor?

ALFREDO

Calla.

CELINA

¿Pero qué? ¡Eran tan bellos!
¿No te acuerdas? en el alma
No había ni fe, ni calma
Cuando nos movían ellos...

ALFREDO

Bien, basta.

CELINA

Aun creo que está
En mi seno tu cabeza,
Y que alabas mi belleza...
¡Maldito seas de Alá!

Alfredo se va precipitadamente por el segundo bastidor de la izquierda.

ESCENA VI

ALBERTO Y CELINA

ALBERTO

Celina, aplaca el furor
Que el tenerlo es desacierto:
Tú volverás al desierto
Y allí olvidarás tu amor.

CELINA

¡Tu amor! ¡tu amor! nazareno,
No confundas, miserable,
Una almíbar deleitable
Con un vaso de veneno.
¡Amor! ayer tuve amor
De mi vida en cada fibra;
Hoy en mis entrañas vibra
Otro fuego abrasador.
¿Has pensado, nazareno,
Que una mujer despreciada
Sabe guardar perfumada
La pasión dentro del seno?
¿Que son amor sus furores?
¿Que son celos...? ¡Europeo!
Tú no entiendes según veo,
Ni de orgullo ni de amores...

Con sumo desprecio.

ALBERTO

Bien. Pero yo te lo pido:
Calma tu pecho y te ausenta;
Y esa pasión que te alienta
Haz por echarla al olvido.

Vase.

ESCENA VII

CELINA *sola.*

CELINA *mirando la puerta por donde se fué Alfredo.*

¿Huyes de mí? pronto iré;
Y no siguen con más prisa
Las arenas á la brisa,
Como yo te seguiré.
¿No me miras? te veré;

Y no hiere más la frente
De la Libia el sol ardiente
Como yo te miraré.
¿No me escuchas? tú me oirás:
Y al bramar de la tormenta
El león no se amedrenta
Como tú me escucharás.

ESCENA VIII

CELINA Y UN PAJE

PAJE

Su alteza el rey quiere hablarte;
Vente conmigo á su estancia.

CELINA

Donde quieras.

PAJE

¡Tan bonita
Que aunque es infiel no está mala!

Vanse.

ESCENA IX

ELEONORA, RAIMUNDO, ALFREDO, ISABEL, EBRARDO, GILBERTO, DANIEL, DAMAS, CABALLEROS, PAJES

Raimundo traerá de la mano á la reina, Alfredo á Isabel.

ELEONORA

Parece que estos salones
Tienen fuego en derredor,
Ó que al través de los techos
Está penetrando el sol
Este quizás...

Se sienta en el sillón.

RAIMUNDO

Es más vasto,
Y podéis estar mejor.

ISABEL

El sol en estas regiones
No es muy galante ¡por Dios!

ALFREDO

Si el sol á la flor quebranta,
No tiene la culpa el sol,
Sino la suave belleza
De la delicada flor.

ELEONORA

Raimundo, continuaremos
Si os parece.

RAIMUNDO

Siempre yo,
Real Señora, acato y quiero
Lo que más os place á vos.

ELEONORA

Isabel, Gilberto, todos,
¿Queréis, pues, que mi cantor
Nos diga un nuevo romance?

ISABEL

Romances, es lo mejor:
Yo oiré con gusto, Señora.

GILBERTO

Yo más querré una canción
De algún bravo caballero
Muy desgraciado en amor,
Y muy fino con su dama:
Ya soy viejo, y pienso yo,
Cuando oigo tales endechas,
Que en mi mocedad estoy.

ELEONORA

Tendrás la canción, Gilberto,
Que mi niño trovador
Se esmera por complacernos ;
Pero antes ven, quiero yo
Á Daniel
Algún cuento bien sentido
Y nuevo.

DANIEL

Mi reina, soy
De todos los trovadores
El de menos provisión
De historias en dulce rima ;
También el más joven soy :
Apenas catorce años
Hace poco cumplí yo;
Pero á vuestro real mandato
Presta Daniel sumisión
Y pediré á mi memoria
Algún romance de amor.

ELEONORA

Bien, mi Daniel... á mis plantas.

DANIEL

Señora, pensando estoy.
Se sienta Daniel á los pies de Eleonora.

RECITA

« En la bella Andalucía,
Cielo de oro tachonado
Hay un palacio que llaman
El encantado palacio. »

ELEONORA

Espera, Daniel, quisiera
Oir algo de mi nación...
Algún romance de Francia.

DANIEL

Señora, soy español:
Y allá en mi España se tiene
Por menguado al trovador,
Que tañe en su arpa española
Las cosas de otra nación.

ELEONORA

Sigue, pues, con tu romance.

DANIEL

Bella Señora, allá voy.
« En la bella Andalucía,
Cielo de oro tachonado,
Hay un palacio que llaman
El encantado palacio,
Y á las doce de una noche,
Estando el Cielo embozado,
Se oyó cerca del recinto
Los relinchos de un caballo.
Paró al pie de los balcones
Del palacio solitario,
Y el jinete desmontóse,
Aunque armado sin trabajo;
Y una arpa tañendo breve,
Dijo con acento blando:
Despierta; es tu caballero
Que te busca enamorado,
Despierta, dueño del alma
Que está vencedor mi brazo,
Y quiero sellar de hinojos
Un beso en tu blanca mano.
Se abrió un postigo y la llama
De un candilejo de barro,
Mostró el rostro de una vieja
Con semejanza de diablo.

¿Á quién buscas? — Á Leonor;
Contestó el enamorado,
Miró la vieja hacia el Cielo,
Y dijo: está descansando.
Cerró después el postigo,
Haciendo un gesto bellaco;
Y dando un grito el amante
Cayó al suelo desmayado:
Volvió en sí, y ante la imagen
De Leonor afinojado,
La dijo: *Señora mía,*
Pronto vamos á juntarnos
Que juré ser caballero
De vuestros altos mandatos,
Y pues aquí concluyeron
Voy al Cielo á respetarlos.
« Y al salir el sol hermoso
Vió un sepulcro solitario,
Y junto á él un caballero
Con su daga traspasado. »

ELEONORA

Bien, Daniel mío.

Toma su cabeza para darle un beso.

OTROS

Muy bien.

DANIEL

Teneos, reina, por Dios!
Que si vos me dais un beso,
Quizá otro os pida yo;
Y uno, y dos, y diez pidiendo,
Puedo llegar á un millón.

Eleonora se ríe.

ISABEL

¡Es galante!

ELEONORA

Y algo ardiente.

DANIEL

Señoras, soy español,

EBRARDO

Se acerca el rey.

RAIMUNDO

Bien venido.

Raimundo se retira del lado de Eleonora.

ELEONORA

Pues creo fuera mejor
No viniera todavía.
¡ No puede una estar de humor!

ESCENA X

DICHOS, LUIS, CELINA Y BERNARDO

LUIS

Siento á mi real esposa distraerla
De los gratos momentos que disfruta.
Señores, perdonad ; pero reunidos
Supe estabais aquí. — Libre Celina,
Al lado de su hermano se encamina,
Y tiene sentimientos tan cumplidos
Que quiere despedirse de vosotros.

ELEONORA

Sólo hemos visto la desgracia en ella
Los días que ha pasado entre nosotros,
Y crea que al partir sólo sentimos
No decirla un adiós como á cristiana ;
Pero en cambio darémosla al momento
Un noble caballero que custodie
Su marcha en el desierto. — Buen Ebrardo,
Con permiso del rey, tu soberana
Te pide este favor.

EBRARDO

Y yo, Señora,
Pues que vos lo mandáis...

CELINA

¿ Lo haré en buen hora ?
Gracias al muy virtuoso caballero...
Rey de Francia y Señor, ¿ queréis sea
La que elija entre todos el guerrero
Que me lleve no más hasta Edesea ?

LUIS

Ya que hiciste volver los musulmanes
Que tu hermano mandó, de los cristianos
Alguien te llevará; nombra si quieres.

CELINA *por Alfredo.*

Pues elijo, Señor, á ese europeo.

EBRARDO *á la reina.*

Hablad, Señora,

CELINA

¿ El único deseo
Al rey.
De Celina, señor, no se le cumple ?

LUIS *á Alfredo.*

¿ Lo desdeñáis, acaso, caballero ?

ELEONORA

¡ Extraño que mi esposo no comprenda
Que Alfredo es necesario en Antioquía !
Y esa mujer que á respetarme aprenda,
Ó teniendo por mí más cortesía,
Admita el caballero que la he dado,
Que á más de su virtud es esforzado.

CELINA

Gracias os doy, cristiana; es virtuoso
Tanto como sois vos; ¿ qué más, Señora ?

Debo tener, decís, más cortesía .
Gracias por la lección. ¿ No puede Alfredo
Salir, decís, tampoco de Antioquía ?
Sin duda por asuntos de la guerra...
Con mucha ironía.
De vuestra salvación, de vuestro Cristo...
De la santa misión que hasta mi tierra
En santas caravanas os conduce,
Atravesando inmensos los desiertos,
Y jurando dejar en vuestras huellas
La sangre de cien mil mahometanos.

. . . . . .

Con arpas, trovadores y doncellas
No se vence, Señora, á mis hermanos.

ELEONORA

Qué insolencia... Callad.

CELINA

¿ Acaso miento ?
¿ Qué es lo que hacéis, decid, en Antioquía?
Con altivez.
¿ Salen á *combatir vuestros guerreros ?*
¿ Cruzan en el desierto valerosos
Con el alfanje turco sus aceros ?
En vez de combatir, pasáis el día
Esuchando de niños los acentos.
Con desprecio.
Ó con liviana astucia combinando
Vuestros torpes cristianos casamientos...
¿ Á esto venís, Señores, al desierto ?
Y acaso en otros siglos las historias
Que escriban vuestros nietos de la Europa
Contarán las esp'éndidas victorias;
Contarán que en el Asia tremolaron
De Cristo y de la Francia las banderas,
Y que valor y religión hollaron
De las bandas de infieles altaneras;

Y de valor y religión la Europa
Ciñó en el Asia su orgullosa frente;
Pero una voz del corazón del Asia
Gritará con tesón : « LA EUROPA MIENTE... »
Contarán que la sangre musulmana,
Que derramaron torpes vuestras manos,
Fué por vengar al Dios de los cristianos ;
Pero de cada mancha de esa sangre,
Que siempre, siempre quedará caliente,
Como anatema de la torpe Europa;
Retumbará una voz : « LA EUROPA MIENTE. »

Luis habrá permanecido en una profunda meditación á los reproches de Celina.

GILBERTO

Tan sólo el ser mujer, de tu osadía
Te merece perdón.

LUIS

Silencio ; nadie
Á ofenderla se atreva en mi presencia,
Sacad, vos, caballero, de Antioquía
Á Alfredo.
La hermana de Nourddin : ella os elige
Y lo dispongo yo.

CELINA

Venid, Alfredo ;
Toma la mano de Alfredo,
Si el ir á los desiertos os aflige,
Del desierto saldréis... Salud, cristianos :
Alá que es grande su favor os preste !

ESCENA XI

ALBERTO Y DICHOS

ALFREDO

Por Dios, Alberto, detente;
Á Alberto con prontitud.

Ven conmigo y á Celina
Llévatela, que me pierdo
Si me ausento de Antioquía.

Vanse los tres.

ESCENA XII

LUIS, ELEONORA, RAIMUNDO, BERNARDO, GILBERTO, EBRARDO, ISABEL, DANIEL, DAMAS, CABALLEROS, PAJES.

LUIS

Rey Raimundo, el hospedaje
Que nos disteis, con la vida
Lo agradecemos. La hora
Llegó ya de la partida,
Y dé todos los guerreros,
Antes de lucir el día
Oiréis adiós, y saldremos
De los muros de Antioquía.
Yo tengo que mostrar puras
Mis acciones en el Cielo,
Y también he de mostrarlas
Antes de dejar el suelo.
La Europa entera en mis manos
Ha puesto la santa empresa,
Y tengo sobre mis sienes
Una corona francesa.
Debo decir á la Europa :
Protegí la cristiandad;
Y debo decir á Francia:
Conservé tu dignidad.
Vos no podéis de Antioquía
Desatender á sus muros;
Pero nosotros en ella
Nos volveremos perjuros.

BERNARDO

Rey de Francia, tus palabras
Las inspira Dios bendito :
Cristianos, quien no las oiga
Será del Cielo maldito... !

RAIMUNDO

Real hermano, de rodillas
Daría gracias al Cielo,
Si pudiera acompañaros
Donde os lleva vuestro celo.
Podéis salir de Antioquía ;
Pero, como buen cristiano,
Tal cosa no os aconsejo ;
Vuestro poder es liviano.

LUIS

Rey Raimundo, yo me basto...
Con impaciencia.
Id al campo, caballeros,
Y que aparejen sus armas
Al instante los guerreros.
Vanse los caballeros.

ESCENA XIII

LUIS, RAIMUNDO, ELEONORA, ISABEL, DANIEL DAMAS, EBRARDO

LUIS

Señores, la reina tiene
Que hablar á solas conmigo;
Perdonad, pasa á mi estancia.
La toma de la mano y la lleva.

EBRARDO

(Señora, escuchad.)
Vanse las damas.

ELEONORA, *á Luis.*

Os sigo...

ESCENA XIV

ELEONORA, RAIMUNDO, EBRARDO

RAIMUNDO

Eleonora ¿ marcharéis ?

ELEONORA

No ; que Luis se quedará.

Vase Raimundo.

ESCENA XV

ELEONORA, EBRARDO

EBRARDO

Señora.

ELEONORA

Se fué la presa.

EBRARDO

Y Alfredo también se va.

ELEONORA

¿ Y qué hacer

EBRARDO

Para uno solo
Es mucho infiel y francesa.
¿ Le entregaréis á Isabel ?

ELEONORA

¿ Y Raimundo ?

EBRARDO

La condesa

Saldrá con vos de Antioquía,
Y no tenéis que temer.

ELEONORA

Hiciste tú el casamiento,
Tú lo puedes deshacer.
Mas si quedo en Antioquía,
El casamiento se hará.

EBRARDO

Id, Señora, á prepararos ;
Vuestro esposo marchará.

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Tienda de campaña, un pequeño banco, una mesa, y sobre ella un jarro con agua, y un vaso. Es de noche.

ESCENA I

LUIS, BERNARDO, ALFREDO, ALBERTO, GILBERTO, CABALLEROS

Luis sentado y reclinado contra la mesa en actitud de meditar. — Al respaldo de la silla Bernardo y Gilberto. — Los demás en distintos lugares, reclinados en sus armas, manifestando abatimiento. — Todos completamente armados. — Alfredo y algunos otros caballeros tendrán corrida la celada.

GILBERTO

Señor, se aproxima el día;
Id un poco á descansar.
¿Creéis que tanto meditar
Mejore la suerte impía?
Nosotros nos quedaremos
Velando vuestra persona;
Si el reposo no os entona,
Mañana no marcharemos.

BERNARDO

Sí, rey de Francia, hazlo así,
Descansa, recobra aliento,
Pues que tal abatimiento,
Hasta es vergonzoso en tí.
Todo en Asia está perdido;
Pero aun en la Europa no:
Piensa en ello como yo,
Y cobrarás más sentido.
Yo levanté esta Cruzada

Y aun otra levantaré,
Cobra aliento, cobra fe,
Que mi voz no está gastada.

GILBERTO

Ni la espada de Gilberto
Ni la de estos caballeros,
Ni la de diez mil guerreros
Que aun quedan en el desierto.
Ya estoy viejo, más no importa ;
Aun tengo sangre en mis venas...
Mi rey, desechad las penas,
Aun vivimos..... se soporta
Este revés..... y más tarde...

LUIS

¡ Gilberto ! ¡ mi buen Gilberto !
Bien puedo sin desacierto
Llamarte leal, con alarde !
Aun le quedan á la Francia
Guerreros que ni las canas
Hacen sus fuerzas livianas
Ó cobarde su arrogancia !!

GILBERTO

Vamos, Señor, ¡ qué ocurrencia !
Dejad eso por ahora
Y ved que viene la hora
En que con vuestra presencia...

LUIS

Incitaré á los guerreros
Á que vuelvan las espaldas,
Y del Líbano á las faldas
Envainemos los aceros !!!
¡Suerte engañosa y cruel !
Pero al menos á la Europa
No le haré apurar la copa

Llena hasta el borde de hiel :
Marcharemos.....

BERNARDO

Rey cristiano,
Ten en Dios más confianza
Y no entibies la esperanza
Con el frío de tu mano.
No derrames cobardía...

LUIS *con arrogancia.*

Callad, Señor, porque es amengua
Esa voz, de vuestra lengua
Que nunca salir debía.
No confundáis, engañado,
Lo que en un rey es nobleza,
Con una acción de vileza
Del miedo torpe y menguado.
Los reyes de Francia lloran,
No por ellos, los reveses,
Los lloran por los franceses
Cuando ven que se desfloran...
Señores, los musulmanes
Están cerca de nosotros ;
Yo me descanso en vosotros
Para burlar sus afanes.
Al amanecer el día
La marcha comenzaremos,
Y á la Europa llevaremos
Valor, sino nombradía.
¿ El Emperador Conrado ?

GILBERTO

Duerme en su tienda.

LUIS

¿ Mi esposa ?

GILBERTO

En la inmediata reposa.
¿Queréis verla?

LUIS

No... cuidado
Con su reposo. ¿Hay esmero
En las guardias?

GILBERTO

He corrido,
Y está todo prevenido.
Nada hay que temer.

LUIS

Lo espero.
Á esta mi tienda inmediata
Voy un rato á reposar.
Señores, podéis marchar.
Ved que de partir se trata.

Vase, y algunos caballeros.

ESCENA II

ALFREDO, ALBERTO, BERNARDO, GILBERTO

GILBERTO *á Bernardo*

¿Y piensa Su Reverencia
No descansar ni un minuto?

BERNARDO

Cuando el alma está tranquila,
Poco del cuerpo procuro
Su descanso.

ALBERTO

Y ¿no os agitan
Los crueles infortunios
De la Cruzada?

BERNARDO

Dios solo
En sus misterios profundos
Sabrá por qué nos castiga;
Pero yo estaba seguro
Que nuestros torpes pecados
Nos traerían á lo último
Lo que nos sucede ahora.

ALBERTO

Entonces fuera más justo
Lo hubierais profetizado
De Antioquía entre los muros,
Y no cerca de Damasco,
Después que el alfanje turco
Segó nuestros batallones.

ALFREDO

Después que nada en el mundo,
Sino vergüenza nos queda.

BERNARDO

Será cristiano perjuro
Quien antes de la batalla
Haga dudar de su triunfo.
Pero ¿qué esperar debiera
Cuando al salir de los muros
De Antioquía, á los cruzados
Olvidar á Dios les plugo,
Y desertaban rebeldes
Para volver á esos muros
En busca de los placeres?
¿Qué pude esperar, si al punto
De entrar en Jerusalén,
Llegar vi en disfraz oculto
Al Emperador Conrado,
Helando á todos el susto

Al verle llegar así?
¿Pude acaso esperar mucho
De Jerusalén saliendo
Á combatir en sus muros
Las huestes de musulmanes?
Á los tres reyes les plugo
Poner el cerco á Damasco;
Ellos ante el Padre justo
Sabrán dar cuenta de todo.

ALFREDO

Si nos fué el destino crudo
Al asaltar las murallas,
La culpa no es de ninguno
De la Cruzada, que todos,
Bien sabe Dios, porque es justo,
Lidiamos como cristianos,
Á quien sólo venció el número,
Mas no la fe y el valor.

GILBERTO

Dice bien: dígalo el turco
Á quien dividió Conrado
De un solo tajo... Presumo,
Señores, que el día viene.
Es mejor que cada uno
Repose un rato, quedando
De entre nosotros alguno
Que vele al rey... yo seré.

ALBERTO

Vos descansad... es más justo
Que yo más joven lo vele.

GILBERTO

Bien, marqués. Yo no os disputo,
Ni la juventud, ni el sueño:
Quedad, pues...

ALFREDO

Y yo le ayudo.

GILBERTO

Y vos, Señor, ¿á dormir
Á Bernardo.
Que me ayudaréis presumo?
Vase.

ESCENA III

ALFREDO, ALBERTO

Alfredo se quita la coraza.

ALBERTO

¿Por qué arrojas la coraza?
¿Crees que nada hay que temer?

ALFREDO

No; es que bajo la armadura
Nada tengo que perder;
Me abruma, me pesa tanto,
Como mi cuerpo y mi alma.

ALBERTO

Mi buen amigo, el dolor
De tu pecho no se calma;
Y hoy que el infortunio vemos
Es necesario firmeza.

ALFREDO

¿Me falta, acaso? ¿No viste
Como lidié con fiereza
Esta mañana?

ALBERTO

No es eso,
No es el valor del combate...

Sufres mucho, ¿no es verdad?
Pues el dolor que te abate
Es el que debes vencer.
Yo te lo dije aquel día,
¿Lo recuerdas? aquel mismo
Que dejamos á Antioquía.....
« Te engañan... Luis te precisa
Y halaga tu vanidad;
Pero cuando no hagas falta,
Probarás su falsedad. »

ALFREDO

Así fué.

ALBERTO

Cuando volviste,
¿Qué te dijeron, Alfredo?

ALFREDO

Nada.....

ALBERTO

¿Por qué me lo ocultas?

ALFREDO

Oye: á tus instancias cedo.
Recuerdas te dí á Celina
En las puertas de Antioquía,
Aunque era yo el caballero
Que conducirla debía.

ALBERTO

Y ella á pesar de tu engaño,
Manifestó tal firmeza,
Que me hizo admirar su alma,
Como admiré su belleza.

ALFREDO

¿Nada te dijo?

ALBERTO

Muy poco.
Á diez leguas de Antioquía

Encontré un tercio de infieles
Que custodiarla debía,
Y me dijo al despedirse:
« Puedes decir á tu amigo
Que aun se queda en el desierto
Un pensamiento conmigo. »
Poco entendí esta figura
Y me volví. Sigue pues.

ALFREDO

Del instante que partiste
Volví á mi tienda después,
No queriendo ir á palacio
Para que el rey no advirtiera
Que no había obedecido
Lo que su voz dispusiera.
En ese día los jefes
Dijeron á los cruzados,
Que en el siguiente debían
Estar todos preparados
Para marchar... pero luego
Que vino la noche umbría,
Por fuerza el rey á Eleonora
La arrebató de Antioquía
Y sin esperar el alba
Nos pusimos en camino,
Andando á Jerusalén
Á cumplir nuestro destino;
La reina y todas sus damas
Marchaban como de duelo,
Y el rey muy poco cuidaba
De prevenirlas consuelo;
Y aun se corrió que un divorcio
Estaba ya convenido...
Tres veces llegué á los carros
De la reina, y con descuido,

Ó más bien, indiferencia,
Fuí recibido por ella.

ALBERTO

Lo creo.

ALFREDO

Pero una vez
Seguí tan cerca su huella
Que pude hablarla, y me dijo :
« Que nada estaba en su mano
De lo que había ofrecido,
Que Luis era el soberano,
Y que de su real palabra
Fuera á hacer reclamación. »

ALBERTO

¿ Y fuiste ?

ALFREDO

¿ Puedes pensarlo ?
Aun hay en mi corazón
Mucho orgullo... alucinado
Pude vivir un momento,
Pero humillado, jamás.....
Fuí sin saberlo instrumento
Quizá de viles intrigas ;
Mi ambición pudo cegarme
Pero, cuando abrí los ojos,
No quise vilipendiarme.
¡ Me mostraron una altura
Y me tendieron la mano!
¡ Quién no quiere ver su frente
Junto al Cielo Soberano ! ! !

ALBERTO

Esto de ejemplo te sirva,
Pues si es noble un caballero,
Sólo ha de deber sus lauros
Á los golpes de su acero.

ALFREDO

Sí, mi Alberto, el pecho mío,
Si es ambicioso, es honrado:
Tú me has visto esta mañana
Batallando cual cruzado;
Has visto á Ebrardo de Barres,
Mal herido y prisionero,
Y me has visto libertarlo
Cual cristiano caballero.
El que más me ha alucinado
Reposa en aquesa estancia;
Yo le guardaré su sueño.
¡Duerme en paz, ¡oh rey de Francia!

ALBERTO

Sí, yo también se lo guardo,
Pues si, como hombre, á él
Poco cariño le tengo,
Como soldado soy fiel.
Alfredo, descansa tú.

ALFREDO

Vete á tu tienda, del sueño
Poco preciso.

ALBERTO

Tampoco
Será de mis ojos dueño.
Iré á recorrer el campo;
Muy pronto será de día.

ALFREDO

Aquí me hallarás, Alberto.

ALBERTO

Dios cure tu suerte impía.

Vase.

ESCENA IV

ALFREDO

Se sienta en el banco que el rey Luis ocupó.

ALFREDO

¿Qué quieres en el fondo de mi agitado seno,
Devoradora sierpe de mi felicidad?
¿Qué quieres cuando el vaso de mi ventura lleno
Con desmedidos tragos me consumiste ya?
¿Adónde me conduce tu infatigable anhelo,
Como la arista seca que lleva el huracán,
Como entre la tormenta del irritado Cielo
Las amarillas nubes que convulsivas van?
Ayer el universo me parecía estrecho
Para formar el eco feliz de mi ambición;
Hoy todo es un cadáver dentro mi triste pecho:
Me pesa la existencia, me duele el corazón.
Magnífico aparato de la soñada gloria,
Tu brillantino velo se evaporó fugaz!
¿Por qué no se evapora también mi memoria
Tu mágico recuerdo, tu brillantez falaz?

ESCENA V

ALFREDO Y CELINA

Cubierta con un chal blanco de cachemira se va acercando lentamente, y derrama un pequeño frasco en el jarro de agua.

Por tí se fué la calma de mi alentado pecho
¿Qué quiere todavía tu mágico poder?
¿Qué quiere si ha dejado mi mundo tan estrecho,
Que no cupo conmigo siquiera una mujer?

CELINA

Mírala junto á tí.

ALFREDO

¡Cielos! ¡Celina!

CELINA

Que fantasma, ó mujer, ó sombra errante,
Siempre junto á tu pie su pie camina.

ALFREDO

¿Cómo entraste, por Dios?

CELINA

Abre un diamante
Las puertas de murallas, ó de tiendas.

ALFREDO

Vete por compasión, nada me digas,
Nada, por Dios, del corazón pretendas...
¡Ya todo concluyó!...

CELINA

¡Ah! no prosigas.
No quiere hablar de corazón, Celina;
Quiere hablar de amistad dulce, apacible;
Ya que á la Europa Alfredo se encamina,
Y en el desierto quedo... ¿Es imposible?
¡Es el último instante de mirarnos!...

ALFREDO

El rey va á despertar.

CELINA

No todavía.
Aun podemos, Alfredo, regalarnos
Un postrimer adiós...

ALFREDO

¡Celina!

CELINA

Fría

Le toma la mano y lo vuelve á sentar.

Tu mano está... contra mi seno ardiente
Déjala, Alfredo, por la vez postrera.
¿Por qué miro tan pálida tu frente,
Tan lánguida tu negra cabellera?
¿Sufres acaso?

ALFREDO

Mucho.

CELINA

En otros días
Cuán risueño buscabas mi regazo,
Y al son de melodiosas armonías,
Te arrullaba el amor entre mis brazos.
¿Lo recuerdas, Alfredo?

ALFREDO

Sí, Celina...

CELINA

Tengo sed..

Alfredo le da agua. — Bebe.

En los vastos arenales
Aun quedan de una noche peregrina
De nuestro amor ardiente las señales.
¡Qué noche! ¿La recuerdas?... Las estrellas
Poblaban el azul del firmamento,
Y la luna magnífica entre ellas,
De hermosa parecía un fingimiento.
Al pie de dos palmeras confundían
Nuestras almas sus íntimos suspiros,
Y á través de las hojas nos herían
Hebras de luz de abrillantados giros.
¿Lo recuerdas, Alfredo?

ALFREDO

Sí, Celina.

CELINA

Tengo sed...

Alfredo le da agua. — Bebe.

Y cambiando juramentos
Volvimos á mi tienda. Amante y fina,
Sólo pensaba en tí... y en los momentos
Antes del día ser, buscaste el sueño,
Posando entre mis brazos tu cabeza;
Diciéndome tu voz : « mi dulce dueño,
« Mi ángel, mi estrella, mi sin par belleza. »

ALFREDO

Sí, Celina, es verdad : yo te adoraba :
Pero otro amor mayor dentro mi seno
Á tu amor y á mi vida separaba,
Y echó en tu amor y mi existir veneno.
Que me quieres, ¡ por Dios ! arroja un velo
Que cubra para siempre esos amores...
No es, no, mi corazón... lo quiere el Cielo.
No aumentes con tu voz mis sinsabores,
Pronto voy á partir. ¿Qué hacer podría,
Sino más iracunda tu amargura ?

CELINA

Dormías en mis brazos todavía
Cuando vino del alba la luz pura ;
Así, precisamente cual ahora
Una pálida luz vase mostrando,
Y al despertarme al rezo de la aurora,
Te contemplé dormido y suspirando ;
Y al despertar, coronas en tu frente
Y millares de esclavos valerosos
Te ofrecí con amor...

Celina va debilitando la voz cada vez más.

ALFREDO

Por Dios, detente,
Los momentos, Celina, son preciosos,

Se acerca el día, vete, huye al instante.

CELINA

Dame más agua...

Bebe.

Bien, tus compañeros
Penetraron mi tienda... y tú, mi amante,
No impediste al más vil de los guerreros,
Que me hablase de amor. En Antioquía
Mi Alfredo huyó de mí...

Se toca una alborada dentro.

ALFREDO

¿ Oyes ?

CELINA

Su seno
Contra el de otra mujer unir quería.

ALFREDO

¡ Nos perdemos los dos !

CELINA

Un nazareno
Me seguía cual tigre del desierto...
Y Alfredo á defenderme no volaba.

ALFREDO

¡ Vete por compasión !

CELINA

Su pecho yerto...
Ni un suspiro de amor me regalaba...
Me abandonó por fin.

ALFREDO

Por ese amor lo pido :
Se acercan, ¿ no lo oís ?

Se oye ruido.

CELINA

Sí, ya me ausento...
Un poco de agua más.

Bebe.

Aquí en mi oído
Dime una sola voz... es un momento,
¿No me juraste, Alfredo, vivirías
Para mi corazón?

ALFREDO

Sí.

CELINA

¿Y morirías
Guardándome el postrero pensamiento?

Levantando un puñal que ha traído oculto, de modo que Alfredo no lo note.

ALFREDO

Sí.

CELINA

Pues cumple tan bello juramento.

Le hiere.

ALFREDO

¡Ay!

CELINA

El último es, y al fin es mío.

ALFREDO

¡Santo Dios!

CELINA

De tus manos un veneno
He estado, gota á gota, dentro el seno
Recibiendo por tí... débil y frío,
Mi espíritu se va, pero el desierto...

ALFREDO

¡Ah!

Muere.

CELINA

Verá junto á tí mi cuerpo yerto...

ESCENA VI

LUIS, ALBERTO, BERNARDO, Y DEMÁS

LUIS

¿Estáis listos, Señores?... mas ¿qué veo ?

ALBERTO

¡Alfredo !... muerto... ¿Y tú?

Á Celina.

CELINA

¿Yo? le acompaño.

Celina hace esfuerzos por sostener á Alfredo entre sus brazos.

ALBERTO

¡Miserable !

CELINA

Callad : nuestro reposo
En la paz de los muertos... Europeo,
Vuelve á tu patria y cuenta sin engaño
Cómo saben amar en el desierto...
Ya nada se opondrá... juntos estamos.

LUIS

¡Qué horror !

CELINA

Alfredo... ¡ah !

Muere.

LUIS

Señores, vamos.

FIN DEL CRUZADO

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

MÁRMOL

EL POETA

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN VERSO

PERSONAJES

CARLOS.
MARÍA.
DON ANTONINO.
DOLORES.
FEDERICO.
ELISA.
TERESA (criada).
UN COMISARIO DE POLICÍA.
HOMBRE primero.
HOMBRE 2º.
HOMBRE 3º.
HOMBRE 4º.
HOMBRE 5º.
DAMAS.
CRIADO primero.
CRIADO 2º.

EL POETA

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN VERSO

ACTO PRIMERO

Salón amueblado al gusto moderno. Á la izquierda del actor la puerta que conduce al interior de la casa : á su derecha la del exterior.

ESCENA I

FEDERICO Y TRES HOMBRES, todos en derredor de una estufa. — Momento de silencio.

HOMBRE 1º *viendo el reloj.*

¡Por mi abuela que esto pasa!
Señores, las cuatro han dado,
Y desde las dos y media
Que sin movernos estamos.

HOMBRE 2º

Y lo peor, sin comer.

FEDERICO

No alterarse... otro cigarro.

Dándoles.

HOMBRE 1º

¿No alterarse? ¡buena flema!
Hora y media apoltronados
Para esperar que concluya,
No su comida, su hartazgo,
El señor Don Antonino.
Y todo para que al cabo,
Con su semblante perruno,
Venga, y sin darnos la mano,
Nos reciba como á perros
Que vienen á incomodarlo.

HOMBRE 2º

Claro está : tiene talegas,
Y nosotros ni un ochavo.

HOMBRE 1º

¡Talegas! muy buen provecho,
Pero sea bien criado
Y tendrá doble caudal.
Sea más fino en su trato;
Y sin tanta altanería
Reciba á gentes, que acaso
Tienen más merecimientos
Que su caudal afamado:
A gente pobre, es verdad,
Mas de corazón honrado
Y de manos laboriosas,
Que con su mismo trabajo
Hacen crecer su riqueza,
Y la riqueza de tantos
Que con el sudor del pueblo
Se llenan de oro. Yo cuando
No pise las antesalas
De estos condes disfrazados,
Nuevos señores feudales,

Que comerciantes llamamos,
Una turca he de tomar.
Y si ahora aquí me hallo
Por mi desgracia, es porque
Debo pagar de contado
Un vale á Don Antonino,
Y por un maldito acaso,
No tengo el dinero pronto,
Y de que me espere trato.

FEDERICO

Ni se mueve la ceniza.
¡Qué buenos son los habanos
Del almacén de Don Luis!
¿También le hace usted el gasto?

HOMBRE 3º

No, señor, no fumo buenos,
Porque los buenos son caros.

FEDERICO

Por mayor no valen mucho.
¿Usted, señor, ha comprado?

HOMBRE 2º

¡Gracia sería! si apenas
De papel son mis cigarros,
Y dentro de poco tiempo,
Sino mejora el erario,
Para dar gusto á mi lengua,
Con la hoja de mis despachos,
Y que son de coronel,
Haré quizás un cigarro.
¡Pero habanos! No, señor:
Si hoy apenas los soldados
Tenemos para comer...
Vea usted, ya van dos años
Del año cuarenta á este,

Tres campañas se han andado
Y en tres campañas un sueldo.

FEDERICO

¡Un sueldo!

HOMBRE 1º

¡Pobres soldados!

FEDERICO

Y las entradas de aduana,
Patentes, papel sellado,
Derechos, contribuciones
De alcabalas y mercados
Ventas sin público, y públicas,
Y todo cuanto el erario
Percibe al fin de los meses
¿Quién se lo guarda?

HOMBRE 2º

Muy claro:
¿Qué sé yo quién se lo guarda?
Pedro, Juan, Antonio, Pablo,
¿Le parece á usted son pocos
Los que comen en un plato?
Nosotros los militares
Sólo sabemos dos cosas:
Primero, que no nos pagan:
Segundo que nos matamos
Por el primero que quiere
Que montemos á caballo,
Y sin más ni más nos demos
Unos con otros porrazos.
Proclama sobre proclama
Cuando menos lo esperamos:
« Á las armas, defensores
De nuestro suelo adorado;
El peligro es inminente,

Y sólo con vuestras manos
La patria quedará libre;
Vuestro país no es ingrato
Y al volver de la campaña
Compensará á sus soldados. »
Pues señor: obedecemos,
Y cuanto hallamos al paso
Á los infiernos va á dar;
Se concluyen los porrazos,
Y al volver á la ciudad,
Muy lindamente miramos
Nuestro país como estaba,
Nuestras bolsas sin un cuarto.

FEDERICO

¿Y con qué coméis?

HOMBRE 2º

¿Con qué?
Vendiendo ciento por cuatro
Nuestros sueldos: como ahora
Vengo á hacerlo de contado
Con el tal Don Antonino,
Que tiene no sé qué encanto,
Ó qué tratos mejor dicho,
Para cobrar en un rato
Lo que en un año nosotros.

FEDERICO

Conque este señor...

HOMBRE 3º

Es cuanto
Quiera usted que sea él;
Porque tiene, lo que es claro
Que entre nosotros es todo,
Pesetas, señor: que cuando
Ellas faltan es un hombre

Lo que un miserable trasto.
Aquí me ve usted á *mí*
Por un acomodo escaso
En el gobierno, y ve usted
Que ni es ministro de Estado,
Ni... Usted según me imagino,
¿ Vendrá buscando otro tanto ?

FEDERICO

¿ Quién? ¿ Yo? ¡ Qué linda ocurrencia!
No, señor : ha trabajado
Mi padre, que Dios conserve,
Para darme todo cuanto
Necesito ; y felizmente
Muy divertido lo paso,
Sin necesitar de nadie.

HOMBRE 3°

Pues yo creí que esperando...

FEDERICO

No, señor, no espero á nadie,
¡ Gracias á Dios ! he llegado
Á esta casa así no más.
Hace ya años que trato
Al señor Don Antonino,
Y vengo de cuando en cuando
Para tomar el café :
Esto es todo.

HOMBRE 1°

Hube pensado
Yo también, como el señor,
Que por diligencias...

FEDERICO

Tanto
Me cuido yo de quehaceres

Como un juez de su juzgado,
¡Á mi edad! ¡bueno sería!
Apenas veinticinco años
He cumplido y más que tonto
Fuera con desperdiciarlos.

HOMBRE 2º

¿Conque usted nada trabaja?

FEDERICO

Sí, señor, que no hay cristiano
Que se lo pase durmiendo.
Yo me acuesto y me levanto,
Como usted puede pensar:
Al levantarme me lavo
Con agua tibia la cara,
Para conservarme sano;
Me afeito, pongo pomadas
En mis cabellos rizados
Y en mi barba y mi patilla;
Después, llamando á mi criado,
Me visto en traje de casa;
Es decir, calzones anchos
Sin tiros, ni tiradores,
Chaquetilla de verano,
Chinelas verdes y capa;
Y así, suelto y abrigado,
Paso á la mesa de almuerzo
Donde bien masco y bien trago.
Me retorno á mi aposento
Que ya encuentro acomodado,
Y en un sillón á la moda
Me dejo caer un rato
Para escarbarme los dientes,
Cual un ministro cansado
De haber ido al ministerio;
Pido después el diario

Para mirar un momento
Si tiene comunicados,
Y si no los hay los dejo.
Luego que ya he descansado,
Vuelvo á llamar á mi negro
Para que tenga el trabajo
De volverme á acomodar.
Vuelve á vestirme, y un rato
Después, estoy en la calle
Caminando paso á paso
Á visitar mi cochero,
Mi volanta y mi caballo,
Para decirles si gusto
Pasear más tarde un rato.
Concluída esta diligencia,
Voy á la puerta del teatro
Á ver la función que avisa,
Y á hacer sacudir mi palco.
Luego que termino aquesto,
Voy á frecuentar el trato
De mis buenas relaciones;
En todas partes hallando
Que me reciben contentos,
Las damas por mis halagos,
Los criados por mis reales,
Los hombres por mis cigarros.
Á las dos voy á comer
Á la fonda, y tres ó cuatro
De mis mejores amigos
Me acompañan de contado:
Y acabada la comida
Se salen por donde entraron,
Y yo me vengo á esta casa,
Ó á otra cualquiera, buscando
Con quien tomar el café;
Hasta que el día acabado

Me anuncia que ya es la hora
De ir á divertirme al teatro,
Y después volver corriendo
Á descansar á mi cuarto...
Esta es mi vida... y ve usted
Que no es poco mi trabajo.

HOMBRE 1°

Seguramente.

HOMBRE 3°

Y no es poco.

HOMBRE 2°

(¡ Que bueno para soldado !)

FEDERICO

Cuando el tiempo no está bueno,
Entonces, más moderado,
Salgo apenas de mi casa
Para conversar un rato
Con un amigo poeta
Que vive á muy pocos pasos ;
Y allí, por bien ó por fuerza,
Consigo me escriba al cabo
Alguna canción bonita
De amor, que se la regalo
Á la primera muchacha
Que se me presenta á mano.
Dejo por fin al poeta
Y me retorno á mi cuarto.
Después... pero alguien viene.

HOMBRE 1°

¡ Maldito glotón... ! ¡ al cabo... !

ESCENA II

DON ANTONINO Y DICHOS

DON ANTONINO

¡Hola, señores!

FEDERICO

Mi amigo,
Saludo á usted con afecto.

DON ANTONINO *al hombre 3º*

Todavía, señor mío,
No hay resultado de aquello;
Quizá mañana... sí; acaso
Mañana podré saberlo.
¡Son tantas mis atenciones
Cuando voy al ministerio!
Pero en fin, hablaré al hombre
Y conseguiré el empleo.

HOMBRE 3º

Yo desearía...

DON ANTONINO

Que pronto,
¿No es verdad? muy majadero
Es usted para pedir.
Pues; y como yo no tengo
¡Más que hacer...! Ya lo he dicho,
Mañana, señor, ¡qué empeño!

HOMBRE 3º

Muy bien... usted me dispense.

Vase.

DON ANTONINO

Vaya usted con Dios.

HOMBRE 1°

Deseo
Hablar con usted aparte.

DON ANTONINO

¿ Me trae usted el dinero ?

HOMBRE 1°

No, señor.

DON ANTONINO

Pues nada escucho.

HOMBRE 1°

Pero...

DON ANTONINO

¿ Qué pero ni peros !...
El vale cumple su plazo,
Y no hay más.

HOMBRE 1°

Yo lo confieso.
Pero un acaso imprevisto
Me pone en el duro esfuerzo,
De pedir por ocho días
Su renovación.

DON ANTONINO

¡ Ni medio
Día, señor ! ¡ Pues es lindo !
¡ Qué ! ¿ cree usted que mi dinero
Es carne de todo el mundo ?
¡ Muy bonito está el comercio
Para andar con plazos ! ¡ Digo !
¡ Poquita cosa el gobierno
Me debe en todo este año !

HOMBRE 2º

(¡ Y cómo se queja el perro !)

Aparte.

HOMBRE 1º

Muy bien, señor ; sin demora
Venderé cuanto poseo ;
Dejaré si es necesario
Mi familia pereciendo,
Y me venderé á mí mismo
Para pagar lo que debo.
Que ignora usted lo que cuesta
A un hombre de noble pecho
Tener que mirar un rostro,
Que puede que valga menos
Que la mirada que lleva ;
Porque... tenga usted por cierto
Que con todos sus caudales,
El más infeliz del pueblo,
El artesano más pobre,
Dice con desprecio al verlo ;
« Adiós conciencia de paja
Dentro un corazón de cieno... »

Vase.

ESCENA III

MARÍA, DOLORES Y DICHOS

DON ANTONINO

¡ Deslenguado !

FEDERICO

¡ Señoritas !

HOMBRE 2º

Fué sólo acaloramiento.
(¡ Qué bien dicho !)

FEDERICO

¡Una insolencia!

DON ANTONINO

Yo no me enfado por eso:
Son palabras de deudores.
¿Y usted, mi amigo?

HOMBRE 2º

Unos sueldos
Que si á usted le conviniera
El comprarlos...

DON ANTONINO

¿Y á cuál precio?

HOMBRE 2º

Al que se acostumbra hoy.

DON ANTONINO

Muy bien, al doce por ciento.
¿Son muchos?

HOMBRE 2º

Como tres meses.
Ando escaso de dinero,
Por lo cual si usted quisiera
Ahora mismo...

DON ANTONINO

Yo deseo
Servir á los militares
Y al instante que lo puedo
Lo hago con gusto.

HOMBRE 2º

(¡Tunante!)

Aparte.

DON ANTONINO

Conque, si trae el boleto...

HOMBRE 2º

Aquí está...

Le da un papel.

DON ANTONINO

Pues lleve usted

Escribe en una hoja de su cartera

Este otro á mi cajero
Y le entregará el importe.

HOMBRE 2º

Le quedo á usted muy atento;
Mándeme usted.

DON ANTONINO

Vaya, abur.

HOMBRE 2º

(Qué carga á son de degüello
Le daría yo á los cofres
De este maldito usurero.)

Vase.

DON ANTONINO

¿Y qué tal, Don Federico?
¿Apostaría, y no pierdo,
A que no ha tomado usted
Café?

FEDERICO

Lo que es muy cierto;
Pero ya ni me acordaba,
Mirando los ojos bellos
De la angelical María.

MARÍA

(¡Qué repugnante y qué necio!)
¡Gracias!

DON ANTONINO

Pues si usted lo quiere,
Iremos á ver, primero,
Cierta persona, inmediato,
Y después nos volveremos
Á tomarlo.

FEDERICO

Soy de usted.

DON ANTONINO

Dolores, te recomiendo
Sea en la máquina nueva,
Siempre lo gusto más bueno
Cuando lo haces tú. María,

Llevándola aparte.

Cuidado con el convenio :
Tu felicidad, tu calma,
Tenlo entendido, está en ello.
Si viene mientras yo salgo
No hay que andar con miramientos
Sino decir la verdad ;
Ya que según tus deseos
No he de ser yo quien la diga.

MARÍA

Así lo haré.

DON ANTONINO

Así lo espero.

FEDERICO

Señoras, hasta después.

DON ANTONINO

Pronto el café. Vuelvo luego,

Vanse los dos.

ESCENA IV

MARÍA Y DOLORES

MARÍA

¡Ah mi querida Dolores!
En este día se ha ahogado
Mi corazón desgraciado
En un mar de sinsabores.
Y en mi cabeza se agita
Un inmenso torbellino,
Donde ciega y sin destino
Mi razón se precipita.
Las horas pasan y en ellas
Deshecha vuela la nube,
Donde risueña contuve
Mis esperanzas más bellas.
Felicidad, ilusiones,
Horas de amor y de calma,
Se van fugaces del alma
Como soñadas visiones.
Tú sabes cuánto le ama
Cada fibra de mi pecho,
Que se considera estrecho
Para el volcán que lo inflama.
Tú sabes que en él cifraba
Mi porvenir más dorado...
¡Mírale ya deshojado
Cuando á lucir empezaba!

DOLORES

No, mi sensible María;
De la más profunda pena,
Con el tiempo se serena

El rigor y la porfía,
Tú probarás que el destino,
Que es hoy tan negro á tus ojos,
No sólo llenó de abrojos
La senda de tu camino.
Sé que idolatras á Carlos,
Sé tus fuertes impresiones;
Pero á vuestros corazones
Es preciso separarlos.
¡Esfuerzo cruel, violento!
¡Pero cuál es aquella alma
Que por un trago de calma
No bebe un mar de tormento!
Tú no has oído hasta ahora
Sino ¡ay! á tu corazón,
Henchido de una pasión
Tan fuerte y tan seductora
Como fatal á tu dicha,
Y sin pesar tu destino
Te labrabas el camino
Para tu acerba desdicha.

MARÍA

No que vivía en un cielo
Lleno de amor, de ventura,
Lleno de cuanta dulzura
Bebe el alma con anhelo.
¡Mi destino! ¡Qué valía,
Si para amar he nacido,
Y amaba en cada latido
Que mi corazón sentía!

DOLORES

¡Desgraciada! Pero al cabo
Carlos no puede ofrecerte
Ni su mano, ni tu suerte.

MARÍA

Su corazón es mi esclavo,
¿ Para qué mayor fortuna ?

DOLORES

No, María, las mujeres
Tenemos crueles deberes
Que respetar, y ninguna
Puede separarse de ellos,
Sin exponer su decoro,
Que forma el solo tesoro
De nuestros años más bellos.
La sociedad no pregunta
Lo que hay en los corazones,
Mira sólo las acciones,
Y su dedo nos apunta.
Carlos es joven, sensible,
Lleno de honor y talento,
Y lleno de amor violento,
De pasión irresistible :
Pero es pobre y desgraciado
Cual nadie en la sociedad,
Y por eso en su orfandad
De todos vive olvidado.
Su cabeza se respeta
Porque es bella y luminosa,
Pero al fin, no es otra cosa
Que un desdichado poeta.

MARÍA

¡ Lo sé !

DOLORES

¿ Carlos, algún día
Te comunicó su estado ?

MARÍA

Sí.

DOLORES

Y pobre y abandonado
¿ Qué te ha ofrecido, María ?

MARÍA

Su corazón ya era mío,
Su mano dentro de un año :
Y de doblez ni de engaño
En su labio desconfío.

DOLORES

Pero antes de conocerle
No recuerdas que tu mano
La dió tu padre...

MARÍA

Y en vano
Hoy no puedo obedecerle.

DOLORES

¿ Maria, tu mismo labio
No consintió !

MARÍA

¿ Mas, qué vale
Una palabra que sale
De la niñez?

DOLORES

Un agravio
Para el honor de tu padre,
Y para tu honor, María.
Además, quizá en el día
Á sus intereses cuadre
Más que nunca, que tu mano
Con la de Enrique se una.
Tú sabes que su fortuna
El competirla es en vano,

Y que con ser tu marido
Se curarán los reveses
Que en sus vastos intereses
Ha tu padre recibido.
Sabes también...

MARÍA

Sólo sé
Que al pie del altar quizás,
Habré de decir : « jamás, »
Al querer darle mi fe.....

DOLORES

¡ María!

MARÍA

¡ Por él lo juro !
Fálteme la luz del día,
Si la fe del alma mía
Por otro amor la perjuro.
Conviértase en el tirano
De mi pecho el orbe entero,
Yo lo sabré hacer de acero
Para defender mi mano.
Yo tendré fuerza bastante
Para lo que hoy se me pide,
Ya que á Carlos se despide
Tan sólo por ser mi amante.
Pero mañana, *otra cosa*
No esperen de mi obediencia,
Que de mi alma la excelencia
No es, por Dios, tan humildosa.

DOLORES

Está bien ; pero siquiera
Haz que tu padre no sea...

MARÍA

¡ Quién lo despida ! acción fea,

Indigna de quien debiera
Más miramientos mostrar,
No será mi padre, no,
Que la víctima soy yo,
Y yo quien debe llorar.

DOLORES

Valor un solo momento,
Y después...

MARÍA

Después la muerte
Derramará por mi suerte
Torrentes de sufrimiento.

UN CRIADO

El señor don Carlos.

MARÍA

¡ Carlos!

DOLORES

Puede entrar. ¡ Valor, María!

Vase el criado.

Sí, en su nobleza confía,
Y desecha esos recelos
Que te abruman.

MARÍA

En el alma
Siento un peso que la oprime...
No sé qué hacer... por Dios, dime
Cómo el tormento se calma,
Cómo se da valentía
Al labio que tiene miedo...
Por Dios, Dolores, no puedo,
Háblale tú, prima mía....

DOLORES

Tú sabes que yo obedezco...

MARÍA

Ya se acerca.

DOLORES

Nada ocultes
Ni tu situación abultes
Con tus lágrimas.

Vase.

María se sienta en una silla.

¡ Fallezco !

ESCENA V

MARÍA, CARLOS

CARLOS

No sé qué amargo sinsabor el alma
Hoy me anuncia infeliz ! quizá este día
No concluirá sin alumbrar mi llanto...,
Ella me llama y la veré... ¡ María !

MARÍA

¡ Carlos !

CARLOS

¡ Mi amor y mi ángel de consuelo !

MARÍA

Te he llamado, es verdad, y en el momento...

CARLOS

Me tienes á tus plantas ambicioso
De oir, de amar, de obedecer, tu acento.

MARÍA

(¡ Gran Dios !) ¿ qué le diré? siéntate, escucha.

CARLOS

¿Es ilusión, ó en tus divinos ojos

Hay lágrimas, María? ¿ Qué infortunio
Me quieren presagiar con sus enojos ?

MARÍA

Una ilusión será... ¿Carlos, me amas?

CARLOS

¿Si yo te amo ? Pregúntame, María,
Si late el corazón dentro mi seno,
Y eso basta no más ; el alma mía
Si es verdad que palpita, te idolatra;
Pues no amarte y vivir, no lo comprendo.

MARÍA

Pues bien, si tanto amor hay en tu alma,
Un sacrificio de tu amor pretendo.

CARLOS

Pide cuanto de un hombre el brazo pueda
Con valor alcanzar; pide mi vida,
Pide de mi alma el último suspiro,
Y de orgullo y de amor el alma henchida,
Si tú lo mandas, volará del pecho.

MARÍA

¿Sabrás obedecerme?

CARLOS

Oye, María.
Un germen que es fatal entre los hombres
Traje á la tierra con el alma mía,
Y brotando sus raíces con el tiempo
Apuré gota á gota su veneno;
Y ni tan sólo un día entre los hombres
Latió sin él mi lacerado seno;
Pues bien, si bondadoso entre mis manos
Pusiera Dios un mundo de ventura,
Por una sola voz, una mirada,

Lo daría por premio á tu hermosura,
Lanzándolo en pedazos á tus plantas.

MARÍA

(¡Cómo poder hablar!)

CARLOS

Mi triste vida,
¿Á qué debe sus horas halagüeñas
Sino al amor que tu existencia anida?
Cuando echo una mirada por el mundo
Buscando un ser que comprenderme pueda,
Empañando una lágrima mis ojos,
Mi huérfana mirada en tí se queda...
Cuando mi vida de sufrir cansada,
Buscando alivio al porvenir se lanza,
Mi corazón se vuelve presuroso
Á tí, María, su única esperanza.
¿Qué me pedirás pues, que no consigas
Tan pronto como verte y adorarte
Supo mi corazón?...

MARÍA

También el mío
Ardoroso palpita para amarte;
También yo te daría mi existencia
Si comprara con ella tu ventura.

CARLOS

¡Ángel consolador! ¡Quién más felice
Si me embriaga la flor de tu hermosura!
¿No has visto que mis ojos ya no vierten
Ni una lágrima sola, ni un suspiro
Presagiando dolor del alma sale
Cuando escucho tu voz; después que miro
Mi pasión con tu amor recompensada?
Soy muy feliz, María; nada espero
Ni hay en mí más temor que el de perderte.

MARÍA

Pues sufre como yo : es ya el postrero
Momento de mirarnos.

CARLOS

¿Y has podido
Tan imposible acción pensar siquiera?
¡Separarme de tí! ¿Hay en el mundo
Quien tenga tal poder; quien se atreviera
Á separar tu amor del amor mío?

MARÍA

No me comprendes, Carlos. Un momento
De calma, por piedad. No es que me olvides
Lo que exijo de tí ; es un tormento
Quizá mucho mayor : que no me veas.
Esta casa, de hoy más...

CARLOS

Cesa, María;
¡Comprendo!... ¡Maldición!...

MARÍA

Mi padre...

CARLOS

Cesa...
¡Qué nube de vergüenza el alma mía
Envuelve sin piedad!

MARÍA

Oye, bien mío.
No me culpes, por Dios; mi padre ignora
Cuán inmenso el amor en nuestras almas
Con su temible llama las devora,
Y calculando un bien para su hija,
De su sola ventura la separa...
Soy la víctima yo : lloremos juntos
La suerte que el destino nos prepara,

Sin quererle oponer. Si yo pudiera
No obedecer más voz que á mis pasiones,
Tu esclava te siguiera por el mundo
Venturosa arrastrando mis prisiones.
Mas tú lo sabes ya.

CARLOS

Sé que fuí niño
Presagiando firmezas en tu pecho...
Mujer y nada más.

MARÍA

Mujer que tiene
Para injurias y amor el seno estrecho;
Mujer que en cada fibra de su vida
Hay arrojo y amor... pero no intento
Reprender tu desdén... ahoga en tu alma
Lo que llamas ofensa, y un momento
Escúchame, por Dios.

CARLOS

Di que has mentido,
Que no has podido oir que se me ofenda
Con tan torpe maldad, sin que tu labio
De respetos mundanos se desprenda.
Dime más bien, mujer, que me aborreces,
Que desprecias mi amor loco, irritable,
Pero no te presentes mensajera
De un proceder villano y despreciable.

MARÍA

¡También me despedaza !

CARLOS

Bien : escucha.
Porque la suerte me negó caudales
Para pagar el precio de tu mano,
Me cierra de su casa los umbrales

Tu padre sin piedad. Si los tuviera
Con afable amistad me trataría,
Vendiendo de su hija el alma pura
Cual una miserable mercancía
¡Y un ser de corazón tan depravado
Es quien tiene la audacia de insultarme,
Y el mismo amor que ofende, hasta me quita
El placer y justicia de vengarme!

MARÍA

Recuerda que es el padre de María.

CARLOS

Es mentira que injuria al mismo cielo.
¿Aquel que nos regala una existencia,
Para rendirla esclava de su anhelo,
Cuándo merece el título de padre?
Esa voz ¡padre! que del alma sale,
La merece tan sólo quien derrama
En la vida del hijo su cariño:
Y cuando ¡hijo! alguna voz le llama,
No cree llamarle « siervo miserable... »
Pero no me interrumpas. Es forzoso
Que obedezca á tu padre, mas en cambio
De este obedecimiento vergonzoso,
De la hija un sacrificio necesito.

MARÍA

Tuya es mi vida. Sí.

CARLOS

El pecho humano
Jamás es débil si el amor lo anima,
Y no sabe querer, cuando liviano
No es capaz de arrostrar un sacrificio.
Pues bien, si tú me amas, al momento
Tu suerte con mi suerte estará unida.
El mundo es vasto al corazón violento,

Y fértil en recursos al que ama.
Si la fe que juramos ante el cielo
Cuando inspiró el amor en nuestras almas
No crees bastante en el mezquino suelo;
Seré cual tú, sumiso, preocupado,
Seré lo que tú quieras, y al instante
La bendición de un hombre hará sagrada
La ardiente llama de mi amor constante.
Aunque sola conmigo, en mí hallarías
Cuanto con alma el universo encierra,
Que para henchir de amor tu virgen pecho
Haré que brote amor hasta en la tierra...
¿Qué más felicidad, qué más tesoro
Que posar en mi seno tu cabeza,
Y sentir que mi seno está temblando
Al aspirar de tu alma la pureza;
Y sentir que me abraso delirante
Al escuchar tus puros juramentos,
Y salir de mi labio convulsivo,
Relámpagos de amor en vez de alientos?

MARÍA

¡Cesa por compasión!

CARLOS

¿Cuáles respetos,
Qué consideraciones para el mundo
Debemos abrigar, cuando inhumano,
En farsas siempre y en maldad fecundo
Nos roba sin piedad nuestra ventura?...
Si en este instante, consumido en llanto,
Saliera á mendigar, hombre por hombre,
Un pasajero alivio á mi quebranto,
Volviéndome los ojos con desprecio
La risa por sus labios vagaría;
Pues yo también destrozo mis cadenas
Burlándose del mundo mi osadía.

MARÍA

¡Carlos!

CARLOS

Mía serás hasta la tumba...
Mía serás, aunque el infierno mismo
Lanzara más rigor entre los hombres,
Y abriera á nuestras plantas el abismo.

MARÍA

¡De ese modo jamás!

CARLOS

¡Y lo pronuncias!
¡Débil mujer de corazón perjuro,
Al fin te conocí! Yo me avergüenzo
De haber imaginado un amor puro
En pecho de mujer. Anda y entrega
Tu corazón cobarde á tus iguales;
Para dármelo á mí, se necesita
Que vierta amor en rápidos raudales.

MARÍA

¡Este es, gran Dios, el premio á mis amores!
¡Ultrajada por él! Rasga en el seno
Mi ardiente corazón donde tú vives,
Mas no con tus palabras un veneno
Gota á gota le des. Tú eres tan sólo
Mis bellas esperanzas en la tierra:
Insúltame sin compasión, y dime
Que nada á defenderme el mundo encierra.
Agrias como la hiel tus expresiones
Penetran fibra á fibra por mi vida,
Que cuanto más rigor, más generosa
Te sabré idolatrar.

CARLOS

(¡Hora homicida
De me felicidad... yo denigrarla!)

MARÍA

Oféndeme, tu lengua á su capricho
Juegue con mi virtud, con mi constancia.

CARLOS

(¡Maldición á mi voz!... ¡Y yo lo he dicho!)
De rodillas y con mucha pasión.
Si el fuego que cunde voraz por mis venas,
Si el rayo que el alma su cáliz hirió,
Lanzó entre sus llamas, preñados de penas,
Acentos que tu alma con llanto escuchó;
Por ese que cielos y tierra domina
Y amor y bondades le da al corazón,
Por tí, por lo que ames de esencia divina,
Te pido, María, mil veces perdón.
Tu alma que iguala la nítida hoja
De rosa naciente, de leve jazmín,
No puede, bien mío, saber la congoja
De esta alma de fuego, que insultan en mí...
Un hombre ofendióme cobarde y mezquino,
Y en llamas de ira se fué mi razón,
Mas veme de hinojos, con llanto contino,
Pidiendo, María, mil veces perdón.
Si amor es, el mío, quien loco te ofende,
Si fuere mezquina corona en tu sien,
¿No amar la hermosura del hombre depende?
¿Á Dios no se ama con fuego también?
Aquí, lo que el alma constante la oprime
Es fiebre, delirio, volcán, no pasión;
Infierno que abrasa... no, cielo sublime...
¡Mil veces, María, mil veces perdón!

MARÍA

¡Quién puede culparte si mira tu lloro,
Si siente, bien mío, de tu alma la voz!
Con vida, con alma, mi Carlos, te adoro...
Pasos dentro.
Mas vienen... mi padre. ¡Ay! Vete por Dios.

CARLOS

Seguirme, María, promete al instante.

MARÍA

¡Jamás!... ¡Imposible!...

CARLOS

Lo pide á tus pies
Tu esposo, María.

MARÍA

Soy sola tu amante,
Tu esposa no soy.

CARLOS

Ya lo eres.

MARÍA

Después...
Quizá en otro día... mas piensa primero...

CARLOS

Pues venga tu padre y aquí me hallará.

ESCENA VI

DON ANTONINO, FEDERICO Y DICHOS

FEDERICO

Fué largo el paseo.

DON ANTONINO

Señor...

CARLOS

Caballero...

MARÍA *á Carlos.*

Te sigo.

CARLOS *á don Antonino.*

Os saludo.

MARÍA

Ve usted, ya se va.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una sala que representa el estudio de Carlos. — Una gran mesa con libros y papeles en desorden, unas pistolas. — Sillas y un sofá. — Poco lujo, — al fondo una puerta que se supone da á la alcoba, — á la derecha del actor, puerta de salida.

ESCENA I

TERESA

Saliendo con un plumero de la alcoba de Carlos

TERESA

Pues señor, he concluído
De arreglar el aposento,
Si es que arreglar es posible
Un desarreglo perpetuo.
¡Jesús que desbarajuste!
Las camisas por el suelo,
Las botas sobre la silla,
Sobre la cama el sombrero,
Bastón y guantes y capa
Por los rincones revuelto;
Y esto toditos los días,
Y todos los días tengo
Que colocarlo en su sitio.
Este otro cuarto no debo
Según dice, acomodarlo,
Porque los libros revuelvo,
Y le pierdo los papeles

Y con mi alma agradezco
Me prive tal compromiso;
Que acomodar ese infierno
Por la mesa.
Obra sería de un año.
¿Y todo este desarreglo
De qué proviene? Muy claro:
De pasarse todo el tiempo
Entre librotes, papeles,
Entre suspiros y versos...
Este hombre se ha de matar.
Se pasa días enteros,
Sin más que una bagatela
Por comida y por almuerzo,
Y dale con horas, y horas
Pasarse siempre leyendo,
Cual si los libros nutrieran
Como nutre un buen puchero.
De noche sale á las ocho,
Canta las doce el sereno,
Y hételo aquí que ya viene
Cabizbajo, macilento,
Tirando sobre las sillas
Capa, guantes y sombrero,
Cual si le dieran fastidio.
Lo primero, en el momento,
Es sentarse y revolverse
Con los dedos el cabello,
Después la pluma en la mano,
Y adiosito, allá van versos...
Se para, camina, piensa,
Conversa consigo mismo,
Y vuelve á sentarse, y vuelve
Á dejar limpio el tintero.
¡Jesús! á veces presumo
Que no anda bueno el cerebro;

Pero ya se ve ¡poeta!
¡Ay! qué malas se las veo
A la mujer de tal gente.
Pasar la noche escribiendo,
Y después débil, sin fuerzas,
Medio vivo y medio muerto...
Pero alguien creo que viene;
Él ha de ser, que está enfermo
Hace diez días, y apenas
Hoy ha salido á paseo.

ESCENA II

CARLOS, TERESA

TERESA

¿Está usted mejor, don Carlos?

CARLOS

Sí, Teresa; algo padezco,
Pero me siento más fuerte,
Me ha probado este paseo.

TERESA

La alcoba está acomodada.

CARLOS

Gracias.

TERESA

Y ya según creo
Son las cinco de la tarde,
Y si usted tiene deseos
De comer, hay un pollito
Y unas...

CARLOS

No, nada apetezco.

TERESA

Pero, señor...

CARLOS

Á la noche,
Después... en otro momento.

TERESA

Como usted quiera; yo cumplo.

CARLOS

Lo sé, Teresa, y no tengo
Cómo compensar á usted
Tanto cuidado.

TERESA

Es un bledo.
¡Eh! no, señor; que usted sane,
Que esté robusto y contento
Es mi ambición, nada más.

CARLOS

(¡Pobre mujer!) Lo agradezco.

TERESA

Conque entonces...

CARLOS

Nada más.

TERESA

Si viene algún caballero.....

CARLOS

Que entre.

TERESA

Bien.

CARLOS

Si la señora,
Aquella de traje de negro
Que viene todos los días,
Quisiera verme, primero
Repare usted si hay visitas,
Y si así fuera, un momento
Que me espere.

TERESA

Y haré á usted
Una seña desde adentro.

CARLOS

Eso es.

TERESA

Pues de contado
Cumpliré á usted su deseo.

Vase.

CARLOS *se sienta al lado de la mesa.*

Hace diez días que un mundo
Descansa sobre mi frente,
Que ya lucha débilmente
Con el peso abrumador;
Diez días ha que en mi pecho
Siento una guerra de muerte,
En que ora vence mi suerte,
Ora vence mi dolor.
¿Es virtud ó es inconstancia,
Preocupación ó falsía?
Dímelo, por Dios, María,
Aunque me cueste el morir.
Dime si me has engañado,
Ó si los días demoras,
Para endulzarme las horas

De un cercano porvenir...
¡Por qué, Dios mío, pusiste
Tanto amor dentro mi seno,
Si tan amargo veneno
Me reservaba el amar!
¡Por qué de llamas ardientes
Llenaste mi fantasía,
Si nieve sólo debía
Sobre la tierra encontrar!
¡Por qué pusiste en mi alma
Tan hermosos sentimientos,
Si crueles padecimientos
Debieran sólo envolver!
¡Por qué cual soy me formaste,
Si es en la tierra mi vida
Flor sobre tumba nacida
Que repugnan recoger!
¡María! tú eres á mi alma
Lo que la brisa á las flores;
Sé constante en tus amores,
Ángel puro celestial;
Que si siento tus enojos
Serán en mi joven seno,
Lo que en un arbusto ameno
Las furias del vendaval.
Diez días sin oir tu acento,
Sin contemplar tu hermosura...
Es demasiada tortura;
Demasiado padecer...
Pero alguien viene; si acaso
Fuera Dolores... la amiga
Que mis pesares mitiga...
¡Siempre importuno ha de ser!

ESCENA III

CARLOS, FEDERICO

FEDERICO

¿Y bien, cómo va, que tal?
¿Cómo se halla mi poeta?

CARLOS

(¡Hasta en saludar es necio!)
Mi salud casi está buena,
Federico, muchas gracias.

FEDERICO

No tal: debe estar enferma,
Y siempre, y siempre estará;
¡Pues es nada la friolera
De su escribir y leer!...
Sin pasear, sin comedia,
Sin comer ni beber bien,
Ni enamorar, ni... ¡Es buena
La vida que usted se pasa!
La mía engorda, da fuerza,
Vea usted si yo padezco
Ni siquiera de las muelas,
Y siempre alegre; paseando
Sin enfermedad ni penas,
Para después á mi casa
Volver con el alma quieta,
Y sin zozobra ni llanto,
Echar sobre mi marquesa,
Un sueño de *diputado*,
Ó como dicen, de piedra.

CARLOS

¡ Qué quiere usted! nada tengo
Con que distraer mis tareas.

FEDERICO

Baile usted.

CARLOS

Poco me place.

FEDERICO

Vaya usted á la comedia.

CARLOS

Me fastidio... Desearía
Ver siempre sobre la escena
Algo nuestro..... americano...
Mas hallo con impaciencia,
Siempre la Europa y sus reyes,
Como una caduca vieja
Incomodando á una niña.

FEDERICO

Dé usted alguna gaceta
Con muchos comunicados,
Y así ganará pesetas
Y nos hará reir á todos.

CARLOS

¡ Peor que peor ! nuestra prensa
Tiene tres sendas ; la una,
Para el poder ; hay en esta
La adulación, la mentira,
Torpes y viles bajezas,
Y una obligación continua
De hacer lo que otro desea ;
Y en ella no piso yo.

La segunda es línea recta
Al honor de las familias,
Deshonrando nuestra prensa
Con insultos personales,
Y miserables reyertas.
Para esta se necesita
Un alma ignorante ó necia
Y en ella tampoco piso.
Y por fin, va la tercera
En derechura á la cárcel;
En esta huella se encuentra
La libertad, el valor
Y la más pura nobleza
De un alma ilustrada y firme,
Pero al fin termina ella
Como ya he dicho, en la cárcel,
Y no quiero conocerla. —
Ya lo ve usted, imposible
Que pueda dar la gaceta. —

FEDERICO

Pues entre usted en política,
Y grite usted, vaya, venga,
Y así á todos alborota
Y llena sus faltriqueras.

CARLOS

Peor es esto que lo otro.
¡No me dé Dios tal idea!...
Eso que usted y otros muchos,
Llaman política, fuera
Mucho mejor la llamaran
Infierno que se alimenta
Con la ignorancia de todos
Y el egoísmo y miseria
De unos cuantos de los nuestros,
Que por ser tontos y malos

Son buenos por excelencia
Para mandar nuestro pueblo.
No, amigo; no. En nuestra era
La política nos mancha
Ó nos hiere la conciencia;
Y el joven de pecho noble
Líbrese por Dios de ella,
Si quiere guardarse puro
Para los tiempos que vengan.

FEDERICO

¡Pero esos tiempos!

CARLOS

Vendrán,
Como en pos de la tormenta
Nos saluda un bello día.
Este período que rueda
Lleno de sangre y de luto
Tan preciso es que así sea,
Como es preciso sufrirlo:
Nuestro presente es la arena
Donde hay un combate á muerte,
Entre nuestra vida vieja,
Y la vida que nos viene.
Cuando en la lucha por fuerza
Caiga deshecho lo viejo,
La América grande y bella
Sobre su trono sentada,
Extenderá fuerte y diestra
Para alzar la juventud.

FEDERICO

Pues bien, ya nada le queda
Á usted que escoger, muy claro,
Por supuesto, la carrera
De las armas no conviene

Á su salud tan enferma.
Diputado... es imposible,
Pues un diputado es fuerza
Que tenga fincas, ó en plata
Un...

CARLOS

Un caudal de elocuencia.
Dice usted bien, sin dinero
Es prohibida la defensa
De los pueblos y sus leyes,
Dice usted bien...

FEDERICO

La carrera
De abogado...

CARLOS

¿Donde el sable
Es la ley? ¡otra simpleza!

FEDERICO

Conque al fin...

CARLOS

Al fin, amigo,
Seré una planta extranjera
Sobre un suelo en que no prende.
¡Qué quiere usted!

FEDERICO

Es muy bella
La imaginación de usted,
Sus versos por dondequiera
Se alaban con entusiasmo,
Pero, mi amigo, « pesetas »
Es la mejor alabanza,
Y ya sabe usted que en ellas
No se convierten sus versos.

Creo pues, que usted acierta
Dejando la poesía,
Los papeles, y... ¿ Qué fuerza
Hay de estar siempre leyendo,
Ni de ser siempre poeta ?

CARLOS

Dice usted muy bien, ¿qué empeño
Hay de que el sol en la esfera
Esté siempre iluminando ;
Que esté brotando la tierra
Los árboles y las flores ;
Ni que esté el pobre poeta
Brotando versos del alma?

ESCENA IV

DICHOS Y TERESA

TERESA

Señor...

CARLOS

Entiendo, Teresa ;

Vase Teresa.

Amigo mío, un obsequio
Quisiera de usted.

FEDERICO

Cualquiera ;
Hable usted.

CARLOS

Tengo deseos
De asistir á la comedia
Esta noche, mas no iría
Si me venden mi luneta.

FEDERICO

¡ Y usted quiere que de paso
Ordene que no la vendan !

CARLOS

Eso es.

FEDERICO

Voy al instante.

CARLOS

Perdone usted la molestia.

FEDERICO

¡ Qué ! no es nada. ¡ Si me place
Ver como con mis arengas
Le voy á usted transformando !
Hoy la comedia desea,
Mañana querrá usted bailes,
Y pasado... ¡ Adiós poeta !
Se acabó la poesía,
Y se acabaron leyendas.
Verá usted como las gracias
Me ha de dar. Es cosa cierta.
Usted mudará, hasta luego.

Vase.

CARLOS

¡ Pobre joven ! ¡ si supieras
Que para apagar la llama
Que en mi espíritu se encierra,
No hay más resorte en el mundo
Que apagarse mi existencia ! !
Multitud sin pensamiento,
Sin pasiones ríe y piensa
Que un corazón cual el mío
Puede vivir en la esfera
Donde giras ofuscada.

Que mi cabeza que vuela
Como el cóndor á las nubes,
En medio de la tormenta
Que la frente le sacude,
Puede vivir satisfecha
Si se arrastra miserable
En el polvo de la tierra...
Ríe, burla, ¿ qué me importa ?
Si cuando tú me desprecias,
Con los brazos de mi mente
Alcanzo otra época bella,
Á la que arrastro á mi lado
Para posar mi cabeza.

ESCENA V

MARÍA, DOLORES, CARLOS

CARLOS, *le toma la mano.*

¡ Cielos ! ¡ María !

DOLORES

Despacio
No vamos tan de carrera,
Sino...

MARÍA

¡ Carlos !

CARLOS

¡ Ángel mío !
Dolores, usted me entrega
La felicidad del cielo,
Y no estaba, no, dispuesta
Mi alma para recibirla.
Ni sé lo que hago, y mi lengua

No sabe lo que pronuncia...
¡María!

MARÍA

Lo que me cuesta
Este paso no lo sabes.

CARLOS

¡Te arrepientes!

MARÍA

Temo sea
Motivo para que Carlos
En menos valer me tenga.

DOLORES

No será así.

CARLOS

Nunca, nunca,
Mil veces más hechicera
Te ve mi alma este momento;
Déjame creer no sueña
Mi exaltada fantasía...
Tanto dolor, tanta pena,
Con no verte he padecido
Que no me parece cierta
La felicidad que siento.

DOLORES

Debe ser muy pasajera
Nuestra visita. He querido
Que la situación violenta
En que se hallan vuestras almas
Cese de alguna manera,
Aun cuando sea preciso
Cometer una imprudencia,
Cual el traer á María.

Pero ella sola en la tierra
Impera en usted y veo
Que es necesario que ejerza
Su poder; óigala usted.
Pero óigala sin violentas
Sensaciones. Mucha calma,
Mucho valor y entereza
Es preciso, de otro modo
Hará usted que me arrepienta
De lo hecho; y que la suerte
De usted y también de ella,
Se convierta en desgraciada
Pudiendo ser lisonjera —
Iré á dentro un cuarto de hora.
« Carlos, con usted se queda. »

CARLOS

Como si un ángel quedara
Velado por la pureza.

ESCENA VI

CARLOS, MARÍA

MARÍA

¡ Mujer generosa !

CARLOS

¡ Ah ! ¡ mucho lo es !

MARÍA

Y el cielo la hace
Dichosa también.
Amor en su alma
Latió alguna vez,
Y al punto felice,

Lo sabes muy bien,
Fué esposa del hombre
Que estaba á sus pies.

CARLOS

Un día estaremos
Unidos también,
Que no hay á estorbarlo
Temible poder;
Si me ama, María,
Tu pecho con fe,
Del mundo burlemos
La saña cruel.
¿Acaso el Eterno
No tiene á sus pies,
Los votos de tu alma,
De mi alma también?

MARÍA

Si jura mi seno
Lo jura por él,
Y nunca perjura
Mi labio después.
Mas, Carlos, si el mundo
Nos pone un deber,
Forzoso es cumplirlo,
Llorando tal vez.

CARLOS

Lo cumple quien gusta;
Del mundo el placer,
Lo pisa quien bebe
Torrentes de hiel.
¡Qué debo yo al mundo
Si ríe al poner
De abrojos y espinas
Alfombra á mis pies?

MARÍA

Escúchame, Carlos
Escúchame y ten
Sin fiebre tu alma
Tanquila esta vez.

CARLOS

Lo mandas, bien mío,
Cumplir es deber.

MARÍA

Tú sabes que un día
Tu voz escuché,
Y al punto del pecho
Mi calma se fué ;
Y luego de hinojos
Al verte á mis pies,
Te di con mi afecto
Mi vida también.
Á tu alma de fuego,
Sin copia tal vez,
Forzoso era otra alma
De fuego poseer,
Y yo en mis entrañas
Un fuego activé,
Bastante á abrasarse
Mil almas en él.

CARLOS

Así en esos días
Mi vida pasé,
Creyendo que el cielo
Rodaba á mis pies.

MARÍA

Pues bien, esa llama
La alienta mi fe.

Y hoy más te idolatro
Mil veces que ayer.

CARLOS

¡María!

MARÍA

Mas sabes
Que hay otro poder
Que manda y es fuerza
Me incline ante él.
¡Qué quieres! soy hija,
Soy débil mujer,
Y siempre obediente
Pasé mi niñez.
Mi padre ha querido,
Severo y cruel,
No vuelvas á verme
Ni á darme tu fe.
En tal ocurrencia
¡Qué resta que hacer!
Tu honor te lo manda,
Lo pide tu bien,
No verme, ¿es verdad?

CARLOS

¿No verte? ¡Pardiez!
Al mundo provoco,
Y al cielo también.

MARÍA

Esfuerzo violento,
Muy bien que lo sé.
Pero hay algún medio
Que alivia tal vez
Tan dura sentencia,
Tan cruel proceder.

CARLOS

Pronuncia, María
Pronuncia, ¿cuál es?

MARÍA

¿No es duro que cerca
Vivamos sin ver,
El uno del otro
Siquiera la tez?

CARLOS

¡Horrible! ni quiero
Pensarlo una vez.

MARÍA

¿Saber que á dos pasos
Espera el placer,
Y ansiando correrlos,
Quedarse de pie?

CARLOS

Concluye, María,
Me matas cruel

MARÍA

Pues bien, por un año,
Un tiempo cualquier,
Visita otros pueblos
Que lejos estén.

CARLOS

¿Mas tú?

MARÍA

Conservando
Me quedo tu fe.

CARLOS

Jamás... imposible...

Si vienes también,
Partamos burlando
La suerte doquier.
No quieras que falsa
Te llame otra vez.
No ha mucho, ¿recuerdas?
Feliz escuché
Valiente promesa,
Mentida que fué:
Mi voz contuviste
Diciéndome « iré, »
Y diez días corren
Faltando á tu fe;
Mas yo te perdono
Todo esto, mujer,
Si dices: « partamos,
« Tu esposa seré. »

MARÍA

Tu esposa, sí, Carlos,
Lo juro, mi bien,
Mas no es del momento
Tan grato placer.
Auséntate un año,
Y al fin yo podré
El *sí* de mi padre
Dichosa poseer.
¿No sabes que quedo
Sufriendo también,
Un otro tormento
Que abruma mi ser?
¿No sabes que quiere
Mi padre cruel,
Que á un ser que desprecio
Mi afecto le dé?

CARLOS

Es viejo ese empeño,
Muy bien que lo sé,
Mas tú lo desprecias
¿No es cierto ?.....

MARÍA

Lo es.

CARLOS

Entonces no temo
Me olvides por él,
Si acaso le odiaras
Temiera tal vez.

MARÍA

¡ Oh ! ¡nunca lo temas !
Bien pueden hacer,
Que nunca dichosa,
Mi mano te dé ;
Mas no me presuman
Tan débil mujer
Que crean es fácil
Jugar con mi fe ;
Hasta hoy de obediencia
La copa apuré,
Mas puedo cansarme
De tanto beber.

TERESA, *desde adentro.*

Señor, no se puede ;
Deténgase usted.

DON ANTONINO, *desde adentro.*

No importa, no reza,
Conmigo esa ley.

MARÍA

¡ La voz de mi padre !

CARLOS

Aciertas ; él es.

MARÍA

¡ Salvadme, Dios mío !

CARLOS

Tu Dios soy yo... Ven.

La entra precipitadamente á la alcoba y cierra la puerta.

ESCENA VII

CARLOS, Don ANTONINO, TERESA

Esta última sale conteniendo á Don Antonino, mas luego que ve solo á Carlos se sonríe y se va.

DON ANTONINO

¡ Posma de vieja ! Apuesto que me ha roto
Los faldones del frac...

CARLOS

Es un abuso
Que disculpa la orden que la he dado,
De que no entre hasta aquí hombre ninguno
Sin hacerse anunciar ; y no sabía
Que para ciertos seres de este mundo,
Por ejemplo el señor Don Antonino,
No hay puertas que se cierren.

DON ANTONINO

No lo dudo,
Entre gentes amigas, por mi parte
Nunca las etiquetas acostumbro.

CARLOS, *con ironía.*

¡ La franqueza es lo que hay ! lo que no gusta

Se dice sin dobleces ni discursos,
Mas creía, Señor, que entre los hombres
Poderosos y francos á lo sumo,
La reciprocidad en las acciones
Era un convenio que ajustaban mutuo.

DON ANTONINO

Así debe de ser; pero no siempre
Podemos sujetarnos á los usos;
Hay ocasiones...

CARLOS

Sí, que puede un hombre
Arrojar de su casa á un importuno;
Y para más reir, viene á la de este,
Y siguiendo el capricho de su orgullo,
Penetra, grita, burla á los criados,
Y se presenta audaz al importuno
Diciéndole con esto: « miserable,
Yo valgo más que tú, por eso injusto
Te cometí una ofensa, mas tú debes
Hasta en tu misma casa mis insultos
Con calma tolerar! » ¡Es grande cosa
Poder esto decir!... ¡'Es grande gusto!

DON ANTONINO

No hay ya que recordar de lo pasado.
Hablemos como amigos; yo procuro
Una conciliación entre nosotros.

CARLOS

En el seno del alma más oculto
Me hirió, señor, vuestro agrio desacato;
Y yo mismo no sé por qué la plugo
Á mi lengua callar. Pues yo lo olvido
Para siempre, señor..... Aun más, os juro
Veréis en mí durante mi existencia
El hombre más leal que nacer pudo,

Hasta vuestros caprichos respetando.
Y si cabe respeto en el sepulcro,
Cuando descanse en él allí mandadme,
Y saldrá á obedecer mi sombra al punto.
Pero un solo favor en cambio os pido;
Es María, señor, mi Dios, mi mundo,
Mi inspiración, y mi universo entero;
Mi corazón la adora. Noble y puro
Por ella vive, y para ella late;
Ella me ama también, y en santo nudo
Palpitan á la par nuestras dos almas.
Si el cielo me la dió, con labio duro
No me la neguéis vos, por ser su padre,
Un año nada más. En su transcurso
Yo encontraré los medios con que pueda
Ser su esposo feliz. Un año, os juro,
Me bastará, señor: de sus riquezas
Nada pretenderé: sed absoluto
En disponer de ellas al antojo,
Solo en María el corazón procuro. —
Dádmela pobre, aislada, sin fortuna,
Y agradecido entonces cual ninguno,
Contaré me habéis dado el universo.

DON ANTONINO

(Qué locura de mozo.) Y no dudo
La améis como decís: cuando uno es joven
Las pasiones, Jesús, son un profundo
Infierno que tenemos en el pecho,
Mas por felicidad no duran mucho,
Y en esto anda el amor muy acertado. —
¡Mas, ay amigo mío! es trance duro
El casarse no más que por casarse
Con quien se quiere y en cualquier minuto:
Para casarse, lo primero, es plata,
Y esas fuertes pasiones lo segundo;

Porque, por bien ó mal, es necesario
Los conduzca á quererse el santo nudo...
Esto no es aplicable á nuestro caso,
Porque á mi hija os daría sin disgusto
Si no fuera...

CARLOS

¡Que ya está prometida!
(Y á este hombre mi labio rogar pudo.)

DON ANTONINO

Pero quiero probaros que os aprecio,
Y porque nunca me llaméis injusto,
Un sacrificio hacer. Sé que mi hija,
Á quien el cielo concederla plugo
Un corazón igual al de su padre
En generosidad...

CARLOS

(¡Y aun esto escucho!)

DON ANTONINO

¿Me atenderéis ó no?

CARLOS

Es necesario.

DON ANTONINO

María, pues, sin precaución, sin mundo,
Generosa escuchó vuestros amores;
Y buena como es, quizá no pudo
Mirar sin compasión á quien la amaba.

CARLOS

(¡Aun otro insulto más!)

DON ANTONINO

Y fuera injusto
No proceder así; vuestro talento,
Vuestra amabilidad...

CARLOS

Señor, al punto,
Explicaos ¿ qué queréis? me causa hastío
Ese lenguaje ya.

DON ANTONINO

Pues bien, procuro
Vuestra felicidad y la de ella;
Vuestra felicidad, porque amo mucho
La juventud y anhelo el protegerla,
Y la de ella, porque ver es duro
Que se pasen sus años sin hallarla
Un enlace feliz como ninguno.

CARLOS

(¡ Quisiera deshacerlo entre mis manos!)

Va anocheciendo; sale Teresa, pone una vela sobre la mesa y se va.

DON ANTONINO

En este caso, el medio más seguro
De todo conciliar, es que algún tiempo
Os separéis de aquí; tengo en Hamburgo
Algo que recaudar de cierto agente,
Que no se porta bien. Os aseguro
Vuestro pasaje, y además no poco
Para un tiempo vivir; no habrá ninguno
Que desechar quisiera tal convenio,
Y que solo por vos hacer no dudo.
Porque yo soy así; siempre deseo
Desmentir con acciones lo que el vulgo
Suele decir de mí; suelen llamarme
Avaro, miserable; pues yo juro
Los he de desmentir con este hecho. —
Pues por todo este bien que ahora os anuncio
¿ Qué creéis voy á pedir... Una friolera...
Una simpleza, vamos, lo que busco

Por todo lo que os doy es, que esta carta
Firméis para María; en ella nulo
Queda ese amor, esa locura, y esa...

Carlos que mientras ha estado hablando D. Antonino, ha manifestado un esfuerzo violento sobre sí mismo, al oir las últimas palabras le arrebata la carta.

CARLOS

Ese labio sellad... ¿Hay en el mundo
Un corazón más seco ni más duro
Que vuestro corazón? ¿Pensáis acaso
Que el corazón enamorado y puro
De una mujer se cambia por el oro?
¿Pensáis que un hombre como yo, que tuvo
Desde que vió la luz, noble su alma,
Se puede convertir en un minuto
En traficante vil de sus pasiones?
Para tan ruin acción buscad en muchos
De vuestra misma especie: esos *señores*
Que como vos, ostenta cada uno
Riquezas, influencias, y se venden
Por un puñado de oro todos juntos...
Vosotros que teniendo vuestras arcas
Preñadas de metal, con torpe orgullo
Al pueblo despreciáis y de sus leyes
Reís y burláis sin miramiento alguno.
Que mientras con su sangre el pueblo compra
Justicia y libertad, quedáis seguros,
Impávidos mirando sus desgracias...
Y á la sombra de lágrimas y luto,
Agrandáis sin temor vuestros caudales,
Sin escuchar siquiera el grito agudo
Que en sus dolores mil el pueblo lanza;
Pues si para librarlo de *verdugos*
Se os va á pedir un peso, miserables,
Cerráis vuestras gavetas con orgullo.

DON ANTONINO

¡Insolente!

CARLOS

Mirad, mirad la estima
Que hago de vuestra carta: si esto os plugo
Que lo firmara yo, á mí me place
De este modo pagar vuestros insultos.

Rompe la carta y arroja los pedazos.

DON ANTONINO, *tomando una silla.*

¡Atrevido!

CARLOS

¡Qué hacéis!

Cogiéndole el brazo y dominándole.

María que habrá estado escuchando el diálogo, dejándose ver de cuando en cuando, da un grito y abre la puerta en actitud de arrojarse á la escena: Carlos en el instante da un golpe al candelero, arrojando la luz al suelo, y corre á tomar á María, indicándole silencio, — todo esto debe hacerse con suma rapidez.

MARÍA

¡Ah!

CARLOS, *á María*

¡Deteneos!

DON ANTONINO

Deslenguado y audaz, por mi alma juro,
Que os habrá de pesar...

CARLOS

¿Teresa? pronto.

Conduce á María hasta la puerta de entrada; al salir Teresa, se la entrega.

TERESA

Qué oscuridad! ¿Señor?...

CARLOS

Luz.

Le entrega á María.

DON ANTONINO

Aun lo dudo...
¡Tan grande atrevimiento! ¡por mi vida!...

Sale Teresa con luz.

CARLOS *á Teresa.*

Bien está, retiraos.

DON ANTONINO

El trato duro
Que me acabáis de dar, nunca en olvido
Se quedará, señor; ya ni un segundo
Quiero permanecer en vuestra casa.

Al irse precipitadamente, Carlos le detiene de un brazo y le sienta en una silla.
Mirando con inquietud hacia dentro como deseoso de saber si se ha ido María.

CARLOS

Es fuerza me paguéis vuestros insultos:
Cinco minutos ahí quedad sentado.

DON ANTONINO

¡Cómo se entiende! ¿á mí?

CARLOS

Cinco minutos.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Sala en casa de Sofía, brillantemente iluminada y lujosa. Á la derecha del actor puerta de entrada, á la izquierda la que conduce al salón donde se supone el baile. En medio de la sala una mesa con dulces y licores. Durante el acto se tocarán dentro diversas piezas de baile.

ESCENA I

HOMBRE 4º, HOMBRE 5º

HOMBRE 4º

Vamos, no cierres la boca;
No seas tonto, haz lo que hago :
En un baile, bailo y trago,
Pues que no siempre nos toca
Buen baile con buena cena.

HOMBRE 5º

Echa vino.

HOMBRE 4º

Y que hace frío.

HOMBRE 5º

Por tu dicha, amigo mío.

HOMBRE 4º

Dios te la depare buena.

Beben.

HOMBRE 5º

¿ Entramos ?

HOMBRE 4°

Aguarda un poco...
Es tan rico este almendrado...
Amigo mío, es pecado
De muy necio ó de muy loco
No comer bien en un baile.
¡ Digo ! para eso es la mesa

HOMBRE 5°

Pero cuanto halles en esa
Tragártelo como un fraile,
Hombre, también es canina.

HOMBRE 4°

Vaya por las ocasiones
Que en otras muchas reuniones
No hay ni fuego en la cocina ;
Y se pasa uno bailando
Toda la noche, y ni *un mate*
Le dan por más que se trate
De andar las criadas rondando.
Mulatas de Barrabás
Que dicen — « *me lo han pedido,* » —
Y con el brazo extendido
Le dejan á uno al pasar.
Nada amigo ; si á la mano
Nos viene una buena cena,
Dejar la barriga llena
Para bailar más ufano.

HOMBRE 5°

Creo que van á cantar.

HOMBRE 4°

Ahora, sí... pero, hay habanos.
¡ Bien ! partamos como hermanos
Esta docena...

HOMBRE 5°

¿ Tomar
Tantos ?

HOMBRE 4°

Habrán de venir
Á parar en boca de otros,
Pues tomémoslos nosotros
Y no hay nada que sentir.

Se guardan en el bo'sillo algunos cigarros.

HOMBRE 5°

Oigamos.

HOMBRE 4°

¡ Ah ! Es María,
La cantora destinada ;
« Cómo es tan aficionada
Al canto y la poesía. »

Cantan.

« De los poetas la triste vida
Si algo la cura de su dolor,
Es el amor, es el amor.
Y el sueño de oro que al alma agita
Desde la ardiente primer edad,
La libertad, la libertad. »

ESCENA II

CARLOS, FEDERICO Y DICHOS

Aparecen en la escena antes de concluir el canto.

FEDERICO

He leído esta canción.

CARLOS

Pues quiera usted olvidarla,
Ó al menos donde la ha visto.

FEDERICO

¡Oh! no hay temor: reservada
Es mi lengua cual ninguna.

HOMBRE 5º *al hombre 4º*

¡El poeta!

HOMBRE 4º

Me dan ganas
De reir lo que le veo.

HOMBRE 5º

¿Por qué?

HOMBRE 4º

Si tiene una cara
Siempre tan seria... ¿Crees tú
Que tiene tan seria el alma?

HOMBRE 5º

Botaratería es todo.

FEDERICO *á Carlos.*

¿Quiere usted que yo la haga?

CARLOS

Sí, al momento.

FEDERICO

No hay cuidado,
La saco á bailar, y... ¡Vaya!
Verá usted... Señores, creo
Que está buena la jarana.

HOMBRE 4º

¡Excelente!

FEDERICO

Pues veamos
Si unas cuadrillas se bailan.

Entra.

CARLOS

Y bien, señores, ¿ qué es esto ?
¿ Ya no hay flores en la sala
Para su ámbar respirar ?

HOMBRE 4°

De todo, hay rosas y malvas,
Y jazmines y virreinas ;
Pero dejamos las damas,
Y la música y las flores,
Porque el estómago estaba
Con suma inquietud.

CARLOS

Y ahora
¿ Van ustedes á la sala
Otra vez ?

HOMBRE 5°

En el momento :
¿ Y usted no viene ?

CARLOS

Sin falta :
En el instante.

HOMBRE 4°

Pues vamos.

HOMBRE 5°

Sí, sí, la noche se pasa.

Entran en la sala y cuando pasan la puerta Carlos se vuelve.

CARLOS

Pasad vos, gente dichosa,
Y con el alma dormida,
Dejad despierta la vida
Jugando su juventud.
Pasad, así rueda el mundo :

Unos lloran y otros cantan,
Con vida unos se levantan
Y otros caen al ataúd.
Dejad que corran las horas
Sin ver que se van con ellas
Las esperanzas más bellas
En nubes de oscuridad;
Y entre risa ó entre llanto,
Al pasar cada minuto,
Vamos pagando un tributo
Que guarda la Eternidad!!!.....
¿Y yo aquí, qué es lo que busco?
Verte, María, un instante,
Ya que la suerte inconstante
Me aleja siempre de tí.
¡Un mes! un siglo ha corrido,
Y ni un momento tus ojos
Para calmar mis enojos
He visto cerca de mí.
¿Qué vale que en cada carta
Me jures ser siempre mía,
Si no te veo, María,
Ni llega al alma tu voz?
Amar y ser desgraciado:
¡Sentir que hay algo en la mente,
Y estar humilde la frente!
Esto no es vida, por Dios...
Querer mi patria; querer
Hasta el polvo de su suelo,
Y ver rodando en su cielo
Las nubes de tempestad:
Huracán que en sus bramidos
Nada el hermoso respeta,
Y ahoga la voz del poeta
Como ahoga la libertad!!!
¿Dónde hallar inspiraciones?

¡Porvenir, yo te venero!
Muéstrame un rayo ligero
De tu hermosa claridad:
Aliéntame con tu lumbre
Pues se entibia mi coraje,
Al ver el negro ropaje
Que viste mi sociedad.

ESCENA III

CARLOS Y FEDERICO

FEDERICO

Está hecho, amigo mío;
Quiero decir, medio hecho:
Me fuí á Dolores derecho;
Porque baile insto, porfío,
« No puedo, me duele el pecho »
Me dió por contestación.
Entonces, la hablo, la digo:
Á usted espera un amigo
En la entrada del salón;
¿Quiere usted venir conmigo?
« Voy allá, » me dijo al punto,
Y con rostro de alegría
Se fué á charlar con María
Y se olvidó del asunto.
¡Es burla, por vida mía!

CARLOS

No, Federico, vendrá.

FEDERICO

¿Qué ha de venir? Suelto el pico
Una vez y el abanico
De una mujer...

CARLOS

Ahí está,
La vé usted don Federico.

ESCENA IV

MARÍA, DOLORES Y DICHOS

FEDERICO

Pues señor, milagro ha sido.

CARLOS

¡María!

MARÍA

¡Carlos!

DOLORES *á Carlos*

¡Cautela!
Este vals anda que vuela;
Mi incomodidad se ha ido,
Si usted quiere...

Á Federico.

FEDERICO

Me revela
Usted su bondad con eso.

DOLORES

Pues entremos.. Ven, María,
En el instante.

FEDERICO

Yo sentía
Que usted sufriera el exceso...

DOLORES

Á bailar... La noche es fría...

ESCENA V

CARLOS, MARÍA

CARLOS

¡ Dueña del alma !

MARÍA

¿ Has llorado por mí ?

CARLOS

¿ Quién puede amarte y no llorarte ausente ?

MARÍA

¡ Tanto tiempo sin vernos !

CARLOS

No hay tormento
Que yo no haya probado.

MARÍA

Insuficiente
Hasta el llorar me ha sido : — ve si el alma
Ha sufrido esta vez.

CARLOS

Pero te veo,
Vuelvo á tener tu mano entre las mías,
Y ya no sufro más, ni más deseo.

MARÍA

Pero hoy sólo gozar...

CARLOS

Y ya mañana
Volver á padecer. — ¡ Suerte maldita!
Pues entonces gocemos el presente...

¿ Sientes mi corazón cómo palpita ?
¡ Fatalidad, por Dios !

Reparando en el joven que entra.

ESCENA VI

HOMBRE 4º Y DICHOS

HOMBRE 4º

Unas pastillas
Para endulzar la boca... Hola, señores. —
Vaya un merengue.

CARLOS *á María.*

Inapiadada suerte.

MARÍA

No tomo. — Gracias. — No.

HOMBRE 4º

Están mejores
Las pastillas.

MARÍA

Tampoco, muchas gracias.

HOMBRE 4º

Pues entonces, salud. (Ya lo adivino.)

Vase.

ESCENA VII

CARLOS, MARÍA

MARÍA

¡ Qué habrá dicho, por Dios !

CARLOS

¡Que nunca quiera
Un momento ser grato mi destino!
¿Qué habrá dicho? ¡Da gracias á tu padre
Si la maledicencia te acrimina!

MARÍA

¡Si supieran amar como tú amas!

CARLOS

No se puede vivir en tan continua
Fatal agitación... Es necesario
Un partido tomar, cualquier que sea
Siempre que á nuestra suerte se dirija,
Siempre que por su senda no se vea
El genio ó el demonio que nos sigue
Para hacernos sufrir.

MARÍA

¿Y cuál?

CARLOS

Atiende...

Carlos hace un movimiento de impaciencia al ver los nuevos personajes.

MARÍA

¡Serenidad! mi situación comprende.

ESCENA VIII

DICHOS, ELISA, ALGUNAS DAMAS Y CABALLEROS

ELISA

Tomaremos unos dulces...
Á ver... Aquí hay unas frutas...
Tome usted sin cumplimientos...

Señores, menos pinturas,
Y hagan mi personería
En la mesa. Sola una
No puede acudir á tantas

Á María.

Atenciones... ¡ Criatura!

Á Carlos.

¿Tú sin bailar?... Caballero...

MARÍA

Me sentía con alguna
Incomodidad y vine...

CARLOS

Ó tiempo que mi fortuna
Me hizo pisar este sitio
Para servir su hermosura...
Saludo á mi bella amiga,
(¡Apura tu suerte injusta
Y sufre más, corazón!)

ELISA

Y yo tengo la fortuna,
Mi desleal caballero,
De veros en mi tertulia.
¿Qué días? Un mes lo menos
No veía á usted... ¡ya! las musas
Son niñas tan seductoras,
Que á sus queridos subyugan
Hasta encerrarlos con llave...
Nos sentaremos... Es mucha
La concurrencia en la sala,
Y tanto bailar abruma.
Conque en fin, amigo mío,
Espero de usted excusas
Por sus olvidos.

CARLOS

Injusta
Es usted, amable Elisa;
Es tanto lo que me ocupa
En estos días, que tengo
Que sufrir la suerte dura
De no visitar á usted,
Pero en cambio de esto, nunca
Sale usted de mi memoria.

ELISA

¿Sí? Pues usted, no presuma
Que por mí sola le absuelvo;
Si estas señoras me ayudan,
Entonces sí. ¿Creen ustedes
Que es bastante esa disculpa?
¿Le perdono?

SEÑORA 1ª

Doy mi voto
Por su perdón.

SEÑORA 2ª

Fuera mucha
Mi crueldad, si no dijera
Lo mismo.

ELISA

Con su fortuna
Y el auxilio de estas damas
Está usted libre de culpa.

CARLOS

Así lo esperaba yo.
Hay siempre tanta dulzura
En las señoras...

SEÑORA 1ª

Parece
No las llama usted injustas
Como muchos...

CARLOS

No, señora;
Jamás he puesto entre dudas
La bondad de una mujer,
Y es, señora, tan profunda
Esta convicción en mí,
Que quizá no crean muchas
Lo siguiente. Si algún día
Me pusiera la fortuna
En trance tan apurado,
En situación tan adusta,
Que para salir debiera
Precisar de ajena ayuda,
Y mirara en torno mío
Á cuantos hombres me juran
Su amistad y su cariño,
Y una mujer á quien nunca
Hubiera visto en el mundo,
Lleno de confianza oculta
Diría, « mujer, salvadme. »
Y la mujer noble, pura,
Sin cálculos, sin temores,
Y sin pretensión alguna
Se arrojaría á mi auxilio
Como un ángel de ventura.

HOMBRE 4º *á otros.*

Pinturas de los poetas.

SEÑORA 2ª

Es la primera alma justa
Que he conocido en un hombre.

ELISA

Se me ocurre una pregunta,
Amigo mío, no atino
Porqué usted tanto se oculta
De las damas, si de ellas
Tanto como dice gusta.
¿No sabe usted que sería
Una completa ventura
Para una joven tener,
Un alma como la suya
Subyugada con sus ojos?

CARLOS

Lo que usted llama fortuna
Lo creo tan pobre cosa
Que no lo ofreceré nunca.

ELISA

Á lo menos á sus versos
No les dé usted sepultura
En sus gavetas; imprímalos
Y ya no serán tan nulas
Nuestras horas. Vea usted
Hoy todo el mundo se ocupa
En hablar de guerras, muertes,
Y de mil cosas que asustan
Á nosotras. Los maridos,
Desde que se desayunan
No nos hablan de otra cosa
Que de tiranos, de luchas,
De política, de enredos,
Que de nosotras ninguna
Hay que entienda una palabra.

SEÑORA 2ª

Por supuesto.

SEÑORA 1ª

Es cosa dura.

MARÍA

Pero los hombres es fuerza
Que hablen de lo que, no hay duda,
Hoy á todos les conviene.

ELISA

Cada papa con sus bulas ;
De política hablen ellos,
Nosotras de las tertulias,
De los versos, del teatro,
De modas y vestiduras,
Y así cada cual se queda
Con aquello que más gusta.

HOMBRE 4º

Dice muy bien.

SEÑORA 2ª

Por supuesto.

ELISA

Pero usted, Carlos, se burla
De nosotras, hoy me han dicho
Que ha entrado usted en la lucha
Periodística. Que escribe
Un papel de mucha bulla
Criticando al ministerio.
¿Es verdad eso?

HOMBRE 4º

Y asusta
El articulón de hoy
Sobre la asamblea.

CARLOS

Es mucha
La propensión á asustarse
Entre nosotros. Se abultan,
Amiga mía, las cosas,
Pues si escribe algo mi pluma
En ese papel, es poco :
Por otra parte, no hay duda
Que si el diario es altivo,
No se ha desmandado nunca
Con el gobierno ; al contrario,
Cada día le procura
Iluminar sus medidas,
Y si alguna vez no gusta
De ellas, lo dice al momento
Sin insultos y sin burlas,
Con el deseo tan solo
De que no andemos á oscuras,
Pudiendo con luz andar ;
Ya ve usted que se me acusa
Sin razón.

ELISA

Pues hay razón ;
Sí, señor, la hay y mucha ;
Pues ese tiempo que gasta
En la eterna baraunda
De política, en su diario
Debía poner alguna
Otra cosa.

CARLOS

Ya lo he dicho ;
No doy el diario, y nunca
Es probable que consienta
En ser redactor, alguna

Vez que otra, mando unos
Pocos renglones.

ELISA

Pues suplan
Á esos renglones, prolijos
Versos de amores, algunas
Lindas novelas, artículos
De costumbres; y censuras
De modas; y si usted quiere
Un drama de los que asustan
Con su bullicio y sus muertes,
Y si cuando lo concluya
Cree usted que ha exagerado,
Ó que ha escrito una locura,
No desmaye usted por eso;
Diga que la obra suya
No es suya... que es de Monsieur...
Del primer francés que ocurra;
Y entonces el triunfo es cierto,
Porque es ya tanta la suma
De desafíos franceses,
Que uno más no hará ninguna
Impresión entre nosotros.

CARLOS

Fuera mucha mi ventura
Si complaceros pudiera,
Mi bella amiga. No hay duda
Que lo haría con gran gusto.
Si adoptara la censura
Y dijera, por ejemplo:
Que hay una ofensiva duda
De la virtud de las niñas
Entre nosotros, que muchas
Madres mandan á sus hijas
Todavía, que una á una

Vayan sueltas por la calle
Al salir de una tertulia ;
Y el brazo de un caballero
Lo desdeñen con astucia ;
Que si va una niña sola
Con su criada, la censuran,
Que si es cortés é ilustrada
De su talento se burlan :
Dígame usted ¿no es verdad?
Que diría cada una
¡Qué atrevimiento! ¡Qué audacia!
¿Es la mía esa pintura?
Pues cada hombre, otro tanto
Dice, si se les acusa
Á todos en general,
De alguna idea caduca
Ó de algún hábito malo...
Para el drama es aun más dura
Nuestra suerte. No tenemos
En lo pasado, ninguna
Relación con lo presente.
Y lleno de luto y duda
Nuestro presente se muestra.
Nuestro pasado se oculta
Entre una nube europea,
Y cuanto usted más lo busca
Tanto más inaplicable
Lo encuentra. Nuestra cuna
No tiene sino treinta años,
Señora, mas no es cordura
Querer irse más allá...
De esos treinta años, sin duda
Muchos dramas se podrían
Componer ; pero la astucia,
La imaginación, el genio,
Se quedan sin fuerza alguna,

Al ver que en un mar de sangre
Se habrá de mojar la pluma :
Al ver que quizás ofenda
Á alguna entraña insepulta,
Que se agita entre las olas
De ese mar de desventura.

ELISA

¿ Pues qué hacer ?

CARLOS

Nada ;
Ó tener que sufrir muchas
Desazones é inquietudes.

ELISA

¡ Pobres poetas !

SEÑORA 1ª

Asusta
El oirlos hablar.

CARLOS

Iremos
Á la sala, si usted gusta.

ELISA

Iremos ; tanto me agrada
Conversar cuando no hay luchas
De tiranos, y de guerras,
Que quizá he sido importuna
Con mis amigas. Entremos.
¡ Jésús ! ¡ qué bailar, qué bulla !

ESCENA IX

CARLOS, MARÍA

Al entrar Carlos toma de la mano á María y la vuelve á la escena.

CARLOS

Aguarda, aguarda, amor mío.
¡Qué terrible situación!
Tener la risa en los labios
Y el llanto en el corazón...
Ya estamos solos, María,
Hablemos de nuestro amor,
Es lo único que en el mundo
Pronuncia alegre mi voz.

MARÍA

Advierte...

CARLOS

No temas nada.
Solos estamos los dos,
Y en la sala no se acuerdan
De lo que hay en derredor.
Es necesario...

MARÍA

¿Qué?... pronto.

ESCENA X

DOLORES, FEDERICO Y DICHOS

DOLORES

Te esperan en el salón
Para repetir el canto.

FEDERICO *á Carlos.*

¿Está usted de mal humor?
Se cura con un minuet.

MARÍA

Voy allá...

DOLORES

¿Y usted, señor?

CARLOS

¿Yo? sí... bailaré sin duda...

MARÍA

Iremos juntos los dos,

Á Dolores.

Tiene por fuerza que hablarme.

FEDERICO

¡Qué brillante es la reunión!
Venga usted, mi buen amigo...
Venga usted.

DOLORES *á Federico.*

Usted, señor,
Conmigo es quien debe entrar
Otra vez.

FEDERICO

¡Ah! corazón,
No me anunciasteis en vano
Que esta noche era de amor.

Entran.

ESCENA XI

CARLOS Y MARÍA

MARÍA

Amigo mío, está visto,
Parece una maldición
Esta pieza — entre el tumulto
Bailemos juntos los dos,
Y así podremos hablarnos
Con menos interrupción.
Vamos.

CARLOS

¿Ves esto, María,
Ves este tenaz rigor
Con que la suerte maldita
Me ha perseguido aquí hoy?
Pues es diminuta copia
Del cuadro de maldición,
Que representa mi vida
Desde que vi el primer sol.
Siempre obstáculos, reveses
De un destino abrumador,
En cuanto toca mi mano,
En cuanto ve el corazón
Y para mayor tormento,
En cada paso que doy
Veo el placer á mi lado,
Voy á tocarlo, y veloz
Se escapa de entre mis manos
Burlando de mi dolor.

MARÍA

No tengas en este instante

Tan negras ideas, no;
Ven á la sala y contentos
Hablemos de nuestro amor.

CARLOS

Vamos, vengan infortunios
Si estamos juntos los dos.

ESCENA XII

DON ANTONINO, UN COMISARIO DE POLICÍA
Y DICHOS

Al encaminarse Carlos al salón salen los nuevos personajes. — Don Antonino indica al comisario la persona de Carlos.

DON ANTONINO *tocando á Carlos en el hombro.*

Caballero, escuchad.

CARLOS

¡ Qué audacia !

MARÍA

¡ Cielos !

DON ANTONINO

Quiere con vos hablar *cinco minutos*
El señnor comisario.

Toma á María del brazo y entra con ella al salón mirando antes su reloj.

CARLOS

¡ Si hay infiernos,
Por qué no me arrebatan de este mundo !

COMISARIO

Señor.

CARLOS

¿ Qué me queréis ? yo no os conozco.

COMISARIO

Este pliego...

CARLOS

Traed.

COMISARIO

(El trance es duro.)

Después de leer el pliego.

CARLOS

¡Esto también, gran Dios!! ¡También deshecho
Otro sueño feliz! Salid al punto.

COMISARIO

¡Señor!

CARLOS

¡Ah! perdonad, no es culpa vuestra.
¡Oh! ¡patria mía! si al destino plugo
Que fueras infeliz, por qué no apagas
En tus hijos los rayos de su mente
Y de tu libertad su sed ardiente!!
Por tí voy á sufrir, mas no te culpo,
Ni siento más pesar, que tus desgracias,
Vamos...¡María!!... Andad.

Vanse.

ESCENA XIII

DON ANTONINO

Asomándose por la puerta del salón y mirando el reloj.

DON ANTONINO

¡Cinco minutos!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Decoración y aparato del acto primero.

ESCENA I

FEDERICO y DOLORES

FEDERICO

Todo lo que usted me dijo,
Lo que me dijo María
Y cuanto á mí me ocurría
No anduve poco prolijo
En decirle, amiga mía.
Las dos cartas le entregué,
Las ha leído y releído;
En fin, cuanto yo he podido
Hice, y otra vez lo haré,
Sin quedar arrepentido.

DOLORES

Solo usted es generoso,
Y si por usted no fuera...

FEDERICO

¡Qué !... Si esto es una friolera.

DOLORES

Aquí sola, sin mi esposo,
Á quien esta vez pudiera
Volver los ojos; ¿á quién
Para saber de mi amigo,

Cuando en cada hombre que ven,
Ó encuentran un enemigo,
Ó indiferencia y desdén ?

FEDERICO

¿Pero á qué cabeza humana
Se le ocurre tal idea ?
¿Decir que el pueblo pelea
Y que en la lucha no gana
La libertad que desea.....
Que los días van pasando,
Que sangre á ríos se vierte,
Y sin mejorar de suerte
Nos vamos atrás quedando
Obedeciendo al más fuerte,
Y que en fin, es necesario
Que la juventud ardiente
Levante altiva la frente
Para escudar el santuario
De la ley ?

DOLORES

¿Y quién no siente
Esa verdad?

FEDERICO

Sí, y sucede
Lo que ahora ha sucedido :
Que él en la cárcel se quede,
Y que no haya hombre nacido
Que quiera verse perdido
Por ir á verlo y hacer
Su estado menos amargo.

DOLORES

Pero usted.

FEDERICO

Tomo á mi cargo
Cada instante el irlo á ver,
Y á lo corto, ó á lo largo,
Algo se ha de conseguir.

DOLORES

¡Qué bueno es usted!

FEDERICO

Yo poco
Trabajo tengo, y tampoco
Pueden de mí presumir,
Que me haya vuelto tan loco,
Que si visito á mi amigo
Es porque soy escritor;
No tengo, no, tal primor,
Pero estar libre consigo,
Y este es el mejor honor. —
No soy sujeto de pluma
Ni de talento afamado,
Pero soy un hombre, en suma,
Bueno, tranquilo, callado:
Propio para diputado.

ESCENA II

MARÍA Y DICHOS

MARÍA

¡Ah! Federico, he oído
Su voz de usted, desde adentro;
¿Le ha visto usted? Pronto, pronto...
¡Me ha escrito! Pero, no es eso...
¿Ha escrito á Dolores?

FEDERICO

No,
Porque no ha tenido tiempo.
Un cuarto de hora se ha ido
En leer la carta ó pliego;
¡Pues no era poco abultado
El que llevé! y en lamentos
Y suspiros y arrebatos
Se fué otro cuarto, ligero,
Y como una hora estuve.
Se pasó el resto del tiempo,
En el sermón muy lucido
Que le eché con alma y cuerpo:
Pues le dije: amigo mío,
Usted...

MARÍA

No quiero saberlo;
Después me lo dirá usted;
Quiero saber si está bueno,
Qué desea, qué pronuncia,
Todo en fin... Si algo se ha hecho
Por su libertad; si hay alguien
Que se empeñe en el momento
Por él... ¡Dios mío! seis días,
¡Seis días en negro encierro!

FEDERICO

Señora, tantas preguntas
Me enredan y yo no puedo
Desenredarme tan pronto;
Andemos menos ligero;
Vamos; ¿qué desea usted?

MARÍA

No lo he dicho ya... deseo...

DOLORES

Te lo diré, prima mía :
Nuestro amigo está muy bueno.
Federico le ha entregado
Mis cartas, y en el momento
No ha podido recibir,
Como era nuestro deseo,
La contestación de ellas.
Nadie toma con empeño
Su libertad ; temen todos ;
Piensan que con el gobierno
Se comprometen, si buscan
Para libertarlo medios.

MARÍA

No, Dolores, porque Carlos
Nunca un amigo sincero
Encontró sobre la tierra ;
Sino hombres de falso pecho
Desnudos de ingenuidad :
Mil veces, bien lo recuerdo,
Me lo dijo suspirando :
« María, nunca en el suelo
Le di á un hombre mi amistad,
Sin que antes de mucho tiempo
Tuviera que arrepentirme. »

FEDERICO

No, señorita, no es cierto ;
Yo soy su amigo, y de veras,
Y siempre, siempre he hecho
Por probarle mi cariño...
En muchos días de invierno,
Le he ofrecido mi volanta
Para que salga á paseo ;

Le he ofrecido mi caballo,
Le he ofrecido...

MARÍA

Yo no quiero
Saber lo que usted le ha dado...
Ya me lo imagino. Anhelo
Saber si hay una esperanza
De volverlo á ver...

FEDERICO

Yo creo
Que es probable que así sea;
Pues en ese oscuro encierro
No ha de estar toda la vida.
Pero ya lo dije: un bledo
No es lo que él ha cometido.
Están hechos un infierno,
Diez infiernos, los ministros.
Dicen... Si ya no me acuerdo
De tantas cosas que dicen;
Pero lo cierto del juego
Es que están como una furia
Y que no dejan un tiesto
Sin tocar y revolver
Porque Carlos siga preso.

MARÍA

¡Qué injusticia!

FEDERICO

Yo le había
Pronosticado todo esto;
Y él mismo ¿qué cree usted?
El mismo en cierto momento
Me dijo, que era un delirio
Escribir en estos pueblos,

Pues derechito á la cárcel
Se iba á dar con tal empeño.

DOLORES

¿ Él ?

FEDERICO

Él mismo ; sí, señora,
Y cuando hoy, con tono serio,
Porque serio sé ponerme
Cuando me llega el momento ;
Le dije : « ¿ qué tal, amigo,
Se acuerda usted del proyecto
Que tenía hace muy poco
De no escribir ? Pues por cierto
Que lo ha cumplido usted bien. » —
Me contestó revolviendo
Su cabello con las manos :
« Es verdad ; bien lo recuerdo.
¿ Pero ignora usted, mi amigo,
Que no cumple esos proyectos
Quien ama, como yo amo,
El americano suelo ;
Quien como yo le desea
En cada fugaz momento
Del cielo una bendición ? »
Y se quedó satisfecho
Cual si hubiera dicho mucho.

MARÍA

¡ Siempre, siempre dividiendo
Entre su amor y su patria
Los latidos de su pecho !

FEDERICO

En fin, no hay que desmayar ;
Se está perdiendo un empeño,
Que es el mejor, el que solo

Puede dejarnos contentos
A todos, quedando libre
Nuestro tan querido preso.

MARÍA

¿ Cuál es ?

DOLORES

Pronto.

FEDERICO *á María.*

Su padre

Á Dolores.

De usted. Su tío materno.
¿ Pues sabe usted que me gusta
Que no conocieran esto ?
¿ Quién otro con más influjo
En los jueces y gobierno ?
Que les hable, que se empeñe,
Y se verá si no acierto
En lo que digo. — ¡ Friolera !
Cuando él entra al ministerio
Edecanes y ministros
Se levantan del asiento.

MARÍA

¡ Mi padre !

DOLORES

¡ Pobre María !

FEDERICO

Yo no dudo que haya hecho,
Ó esté por hacer alguna
Diligencia ; pues recuerdo
Cuántas horas se pasaba
Por delante del damero
Jugando Don Antonino
Con Carlos ; y bien que creo

No habrá de encontrar quien tenga
Como Carlos tal empeño
En complacerle.

MARÍA

Su vida
Le habría dado contento.

FEDERICO

Conque, amigas, yo me marcho
Á ver á Carlos de nuevo,
Y llevarle unos habanos,
Como el mejor pasatiempo.
Ya ven ustedes — el día
Lo paso yendo y viniendo,
De aquí allá, y de allá aquí ;
Pero en fin, yo me divierto
Con hacerlo, pues maldito
Si sé en qué pasar el tiempo.

MARÍA

Sí, vaya usted, vaya usted,
Sea usted tan solo el bueno
Que de su suerte se duela.
Dígale usted que no tengo
Sino una idea, un...

DOLORES

María,
Yo hablaré con más acierto :
Dígale usted que pasamos
María y yo los momentos
Pensando en él ; que no hay duda
Habrá de ser pasajero
El tiempo de su prisión,
Y que para distraerlo
Se olvide de cuanto pasa,

Y entregue su pensamiento
Á lecturas, ú otras cosas;
En fin, que cuanto podemos
Hacemos por él. —No más.

FEDERICO

¿No más?

MARÍA

Que tengo mi pecho...

DOLORES

Muy afectado hace días
De un resfrío, pero esto
No lo diga usted, no vale
La pena de retenerlo.

FEDERICO

¿Conque entonces?

DOLORES

Nada más.

MARÍA

Vuelva usted pronto.

FEDERICO

Hasta luego.
Vase.

ESCENA III

MARÍA, DOLORES

DOLORES

Es preciso, amiga mía,
Más moderación, por Dios,
¿Quieres acaso que todos
Se impongan de tu dolor?

¿No basta que yo lo sepa,
Que guarde en mi corazón
Tus lágrimas, tus suspiros,
Y cuanto exhala tu voz ?

MARÍA

¿ Qué me importa de *los otros*
La necia murmuración ?
Yo le adoro, y dondequiera
Confesaría mi amor ;
Mi amor que es toda mi vida,
Mi felicidad, mi Dios,
Y que ante él desaparece
Cuanto hay en la creación...
Las almas de crudo hielo
Ríanse de mi dolor,
Ellas no tienen pasiones,
Y á todas desprecio yo.

DOLORES

María, ya es necesario
Que cese tu situación
Llena de llanto, de penas,
De incertidumbre y dolor.
Si no te importa tu suerte,
Ten siquiera compasión
De la de Carlos.

MARÍA

¿ Qué dices ?
¿No hay en el mundo un dolor,
Un sacrificio, el más grande,
Que no lo soporte yo,
Porque él sea venturoso ?
¿ Qué debo hacer ?

DOLORES

Plugo á Dios
Encender en vuestras almas,
Un afecto que creció
Rodeado de lo más dulce
Que le brindaba el amor.
Pero si Dios desde arriba
Vuestras almas anudó,
La sociedad ha querido
Que no exista tal unión.
Y la sociedad, María,
Poco se cura de Dios,
Pues dice cada momento
« Aquí abajo, mando yo. »
Tú sabes que siempre ardiente
De Carlos el corazón,
Si trato de separaros,
No da oídos á mi voz,
Y el separaros, María,
Es tan necesario hoy,
Que si antes yo me afanaba
En proteger vuestro amor,
Ahora conozco que es fuerza
Su fatal separación.

MARÍA

No la propongas jamás,
Que rasgas mi corazón.

DOLORES

Sí. Mi vida, algunos años
Bien sabes apareció,
Antes que la vida tuya,
Y porque así plugo á Dios
En sus ocultos arcanos,
No fué igual tu corazón

Al corazón de mi pecho.
El tuyo siempre abrigó
Muy exaltadas pasiones,
Y á tan fatal condición
Unió la naturaleza
Sensibilidad y amor,
Menos pródiga conmigo
Tanta pasión no me dió,
Pero me dió generosa
Mucho peso en mi razón.
Tú te exaltas, te conmueves
Al primer soplo veloz,
Y después eres juguete
De tu mismo corazón;
Yo á todas las impresiones
Les doy su justo valor,
Y antes que agiten al alma
Las ha visto mi razón.
Por tus dones, tú no pruebas
Sino infortunio y rigor;
Con los míos, más felice
Bien sabes que vivo yo.
Hallé un hombre que amaba,
Y sin ser febril mi amor,
Le di tranquila mi mano
Y le di mi corazón.

MARÍA

¿Y por qué no he de ser suya
Si también le encuentro yo?

DOLORES

No me interrumpas. Muy joven
Pisé el primer escalón
De ese brillante palacio
Que deslumbra en su exterior,
Y que sociedad le llaman,

Por sarcasmo, creo yo,
Pues todo está en él disuelto
Y en perpetua confusión.
Allí conocí que había
Muchas sendas en redor,
Cuasi todas, bellas, grandes,
Llamando la admiración.
Mas la mujer, una sola
Debía correr veloz,
Quizá la peor de todas;
La senda del corazón.
Para los hombres, la gloria,
El poderío, el valor,
Cuanto hay de hermoso en la tierra,
Dependiendo de su voz:
Para la mujer, tan sólo
Un imperio — el del amor.
En él está nuestro mundo,
Nuestra gloria, y nuestro Dios;
Y hace quien le sacrifica
El sacrificio mayor.
Pues bien, si cabe en tu alma,
Como dices, tanto amor,
Por el mismo á quien adoras
Sacrifica esa pasión.

MARÍA

Él no será venturoso
Y su suerte quiero yo.

DOLORES

¡Su suerte! ¿Puede tenerla
Cuando ni escucha tu voz?
¿Tú misma quieres más llanto
Que el que vierte tu dolor,
En cada instante del día
Con tan cruel agitación?

MARÍA

Lloro por él.

DOLORES

¡ No conoces
Que tu padre en su rigor,
Primero querrá que mueras
Que avenirse á tu pasión !
Y en tal estado ¿ qué quieres ?
¡ Un escándalo por Dios !

MARÍA *con mucha expresión.*

« ¿ Conque no hay otro remedio
En tan dura situación,
Que envenenar mi existencia
Envenenando mi amor ?

DOLORES

No, María, el tiempo cura
Las llagas del corazón,
Y lo que hoy más te conmueve
Mañana verás que no.

MARÍA

¡ Insensata ! ¿ tú no sabes
Que hay almas en que el amor,
Es una nueva existencia
En que el alma se anidó ?

DOLORES

Carlos es joven, mil cosas
Reparten su corazón,
Y si no escucha á María,
De su patria oirá la voz.
En los primeros instantes
Mucha será su aflicción.
Pero al cabo, de su pecho

Irá saliendo el dolor,
Y entonces ¡de cuántas penas
Se habrán librado los dos!
El esposo que hace tiempo
Tu padre te destinó,
Es joven, es caballero,
Y si no puedes tu amor,
Tu fina amistad al menos
Le darás, lo espero yo.

MARÍA

¿Y no has pensado algún día,
En el martirio, el horror,
Que habrá en entregarse á un hombre
Á quien no ama el corazón?
¿Que entre sus brazos estando,
En vez de sentir ardor,
Se sienta frío en el alma
Con el beso que imprimió?

DOLORES

Sé solamente, María,
Que no hay infortunio atroz,
Que no mire traslucirse
A través de tu pasión.

MARÍA

« ¿Conque no hay otro remedio
En tan dura situación,
Que envenenar mi existencia
Envenenando mi amor? »

DOLORES

¡María!

MARÍA

Por fin, Dolores,
Ruega que no quiera Dios,

Se aproxime el trance amargo
De sofocar mi pasión.

DON ANTONINO *desde adentro.*

Díle que no tarde mucho
Porque esperándole estoy.

DOLORES

Viene tu padre, María,
Ya te he aconsejado yo,
Ahora quedan mis palabras
Al juicio de tu razón.
Sólo una cosa, — recuerda
Que si en tu pecho hay amor,
En esta casa hay disgustos
Desde que vemos el sol,
Tu porvenir está oscuro,
Tu amante en una prisión.

Vase.

ESCENA IV

MARÍA, DON ANTONINO

Don Antonino entra por la puerta de la derecha á tiempo que Dolores se retira por la de la izquierda.

DON ANTONINO

Parece que no ha gustado
Á mi sobrina el mirarme,
¡Bueno! pretenden cansarme,
Tratarme como un criado...
Pues no digan de repente
Que soy un viejo insufrible,
Que soy grosero, insensible,
Y hasta torpe con la gente.

MARÍA

Señor, nunca nuestro labio
Pronuncia tales acentos,
Ni quizá en los pensamientos
Abrigamos tal agravio.
Dolores tuvo que hacer
Y fué á sus ocupaciones.

DON ANTONINO

Nunca te faltan razones
Cuando quieres defender :
Para ti, todo está bueno.

MARÍA

Siempre que lo creo justo.

DON ANTONINO

¡Ya se vé ! soy tan injusto,
Que por eso entre tu seno
Ya no hay amor ni obediencia.,.

MARÍA

No, padre mío, eso no;
Siempre la misma soy yo.
Y mi padre en mi existencia
Siempre tendrá su lugar.

DON ANTONINO

¡Pues! Y en cuanto yo deseo
Desobedecerme veo,
Hasta obligarme á mandar!

MARÍA

No, padre mío, María,
Siempre será lo que ha sido....

DON ANTONINO

Pues bien, si hube presumido

Que en mi hija ya no había
La sumisión, el esmero
Que en otros tiempos miré,
Bien pronto conoceré
Si fué mi juicio ligero,
Ó si pensé una verdad.

MARÍA

¡ Cielos !

DON ANTONINO

Enrique ha llegado,
Y sabes le he destinado
Para tu felicidad.
Hemos hablado muy largo
Sobre tu enlace, te quiere,
Y á otras muchas te prefiere,
Muy pudientes sin embargo.
El matrimonio es brillante ;
Él es bueno; su fortuna
No halla igual en caja alguna
Del más rico negociante.
Hoy debe comer conmigo,
Hoy debe todo ajustarse,
Y esta semana cerrarse
El matrimonio contigo.
¿ Pero á qué viene ese llanto ?
¿ Piensas que no he meditado
Sobre todo el resultado
De este enlace, y todo cuanto
Sacaremos de provecho?
Vamos, sé dócil, María,
No quieras con tu porfía
Provocar á mi despecho.

MARÍA

Padre mío, no soy yo
Quien habla en este momento;

Es un escondido acento
Que está pronunciando : NO ;
Es una voz que vomita
Cada aliento de mi vida,
Que en cada seno se anida
Y en cada fibra se agita.
Mi corazón ya no es mío,
Y el mismo Dios no podría,
Con su inmenso poderío
Trasmutar el alma mía.
Amo, señor.

DON ANTONINO

¡Insensata!
¿Y ese amante tan querido
Será el loco y atrevido
De Carlos? Mozo que trata
De engañarte, de perderte.

MARÍA

No, padre mío, eso no;
Contenta sufriré yo
Que me den, hasta la muerte;
Pero no escuche mi oído
Que le ofenden sin razón,
Que el honor su corazón
Agita en cada latido.
Á Carlos, señor, adoro,
No con amor, con delirio,
Con un deleite ó martirio
Que en mi existencia atesoro.
Y pedirme que le olvide
Es tan inmenso imposible,
Como dejar insensible
El alma mientras se anide.
Y creer que á otro he de amar,
Es pensar puedan los muertos

Entre sus despojos yertos
Otra existencia abrigar.

DON ANTONINO

¡Esta muchacha está loca!
Ven acá; dime ¿qué intentas?
¿Cuál esperanza alimentas?
¿Qué te va, ni qué te toca
Con abrigar tal pasión?
¿Qué te promete ese hombre,
Que toda su plata es nombre,
Y versos su profesión?
Un hombre que no respeta
Ni al gobierno, ni á mí mismo,
Charlando con pedantismo
En la maldita gaceta...
¿Á ver? que su poesía
Le saque de donde se halla.
¡Y quiera Dios que no vaya
Más lejos al ser de día!

MARÍA

¿Qué dice usted, padre mío?

DON ANTONINO

Que con justicia el gobierno
Se ha puesto como un infierno
Por su insolencia... y no fío;
Hay quien dice sin disfraz,
Que en la próxima mañana
Habrá no sé qué jarana
De destierros y algo más.

MARÍA

¡Señor, señor, por piedad!
Por cuanto en el mundo adora,
Sálvelo usted sin demora
De tan terrible maldad.

Su influjo, sus relaciones,
Cuanto necesario sea...
Vaya usted, indague, vea,
Arránquele sus prisiones,
Vuelva á decirme propicio
Que no hay temor por su suerte,
Y venga después la muerte,
Ó el más grande sacrificio.

DON ANTONINO

Sería empresa taimada...
¡Sí, muy bonito, muy tierno
Está conmigo el gobierno
Desde que no le doy nada...!
Yo no veo más que uno
Que mucho podría hacer...

MARÍA

No hay momento que perder.

DON ANTONINO

Pero si es tan importuno
Que tu enojo causaría.

MARÍA

Por Dios, por Dios, padre mío,
Si hoy le miré con desvío,
Ahora adorarlo sabría
Si á Carlos puede salvar.
No hay sacrificio que espante
Si ha de salvar á un amante
En horas de peligrar.

DON ANTONINO

Él tiene influjo, y es rico
Y puede... creo ha llegado ;
Mirando adentro.
Él ha de ser... me he engañado,
El que viene es Federico. —

Voy á escribirle. Contenta
Recíbelo con dulzura,
En fin, con esa ternura
De mujer, que tanto alienta
Al que es corto de palabras...
Salvas á Carlos con eso,
Y sin pensarlo, al exceso
Tu felicidad te labras.

Vase por la puerta de la izquierda. María cae desfallecida en una silla.

ESCENA V

MARÍA, FEDERICO

Entra Federico manifestando agitación y cansancio y cuando repara en María después de los primeros versos, toma una silla y se sienta á su lado.

FEDERICO

Pues, señor, ya no les busco
Que ya esto es mucho sudar,
Corriendo por todas partes,
Sin el tal hombre encontrar.
¡ María ! ¡ qué gracia ! ¿acaso
Por simpática amistad
También se ha enfermado usted ?

MARÍA

No, Federico, no tal ;
Fué un desmayo pasajero
Que me vino á molestar ;
Pero, ó no lo he comprendido
Ó de ajena enfermedad
Me ha dicho usted algo...

FEDERICO

Sí.

Sí, señorita, otro hay,

Que está llevado al demonio
Con una fiebre brutal.

MARÍA

¿Carlos?

FEDERICO

El mismo, señora.
¿Pues qué, mi cara no está
Diciendo cuánto he corrido,
Buscando por la ciudad
El médico que le asiste
Cuando le ataca algún mal?

MARÍA

¡Dios mío, todo tu enojo
Hoy me mandas sin piedad!
¿Pero qué tiene?... hable usted.

FEDERICO

La fiebre más infernal
Que he visto en toda mi vida.
Cuando hoy antes de almorzar,
Estuve á verlo, me dijo:
Que cierta incomodidad
En el pecho y la cabeza
Le empezaba á disgustar.
Yo me vine á ver á ustedes,
Me fuí después á almorzar,
Me voy otra vez á verlo,
Y un susto de Satanás
Me llevo al abrir la puerta.

MARÍA

¿Qué?

FEDERICO

Estaba sin pestañar,
Tendido sobre la cama

Cual un muerto — llego mas,
Le llamo, no me contesta ;
Le toco, y pensé tocar
Una llama en vez de mano,
¡ Qué fiebre descomunal !
De repente, entrecortada
La palabra, quiere hablar,
¡ Y qué hablar de desatinos !
Qué propensión de nombrar
A María, y á su patria,
Y á presos y á libertad,
Y... qué sé yo cuantas cosas,
En fin, un delirio tal
Que me hizo á veces reir.

MARÍA

¡ Infeliz !

María durante habla Federico estará como ocupada de un pensamiento profundo, — sin dar atención á lo que la dice.

FEDERICO

Sin más ni más
Con el alcaide hablé luego ;
Le pude al cabo ablandar,
Vimos que era necesario
Un médico, y además,
Mientras se le procuraba,
Hacer á Carlos sudar,
Echándole cuanta ropa
Se podía presentar ;
Y yo le eché sus frazadas,
Su capa, también un frac,
En fin, cuanto hallé á la mano
Para hacerlo transpirar.

Después salí, — he corrido
Por entero la ciudad,
No hallo al médico, y no sé
Qué partido he de tomar.

MARÍA

Yo sí lo sé, le suplico
Que tenga usted la bondad,
De pasar al escritorio
De mi padre, y si allí está
Le diga que yo preciso
Con él al instante hablar.

FEDERICO

Con mucho gusto : — no puedo
Ni un cigarrito fumar.

Vase por la puerta de la izquierda.

ESCENA VI

MARÍA

MARÍA

Perdón, perdón, madre mía,
Si es horrible el pensamiento,
Descienda tu alma un momento,
Hasta el alma de María.

Se sienta á escribir manifestando una firme resolución. — Cierra la carta y la guarda en el seno.

Ya queda en este papel
El porvenir de mi vida.
¡ Corazón, sufre tu herida
Pues que la sufres por él !

ESCENA VII

DON ANTONINO Y MARÍA

DON ANTONINO

Vamos á ver, ¿ qué me quieres ?
¿ Es algún nuevo embeleso ?

MARÍA

No, señor ; es un asunto,
Por mi desgracia, muy serio.

DON ANTONINO

Los asuntos de mujeres
Siempre son graves, de peso ;
Pero, al grano.

MARÍA

¿ Dice usted
Que Enrique puede al momento
Con su influjo, ó lo que sea,
Salvar á Carlos ?

DON ANTONINO

Lo creo.
Pero no haría tal cosa
Si recibe un menosprecio.

MARÍA

Pues entonces, al instante,
Tiene mi mano, mi afecto,
Cuanto usted quiera que tenga,
Si también en el momento
Carlos tiene libertad.

DON ANTONINO

Muy bien, yo me comprometo
Para que consienta en todo.

MARÍA

Otra cosa. Si yo cedo
Á lo que usted me ha pedido,
Ha de ser, y no hay remedio,
Fijando dos condiciones :
La primera, que al momento
Salga Carlos ; la segunda
Que en el día venidero
Seré de Enrique la esposa.

DON ANTONINO

No habrá que perderse tiempo.
Hoy mismo si tú lo quieres.

MARÍA

No, señor, — mañana ; quiero
Ver antes á Carlos libre.
Después, mi alto casamiento.
¿ Consiente usted ?

DON ANTONINO

Lo repito.

MARÍA

(¡ Entonces ya no hay un medio !)

DON ANTONINO

Volveré.

Vase por la derecha.

ESCENA VIII

MARÍA, DOLORES, FEDERICO

DOLORES *á María.*

Te procuraba.

MARÍA *á Federico.*

Esta carta es un misterio
Que da la muerte á los vivos,
Y da la vida á los muertos.....
Si Carlos puede leerla,
Su fiebre cesará luego.

FEDERICO

Al instante ; — hasta después.

Vase.

DOLORES

¿ Sabes el triste suceso ?

MARÍA

Ven á preparar mis galas ;
Mañana es mi casamiento.

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Alcoba de María, puerta al foro. Sobre una mesa una escribanía por luces.

ESCENA I

MARÍA, DOLORES

María sentada delante de un espejo poniéndose alhajas, Dolores á su lado.

MARÍA

¿Te parezco bien, Dolores?

DOLORES

Como nunca, en este instante,
¿Mas, por qué de tu semblante
Se marchitan los colores?
¡Ah! lo comprendo, María,
El sacrificio es violento,
Mas siquiera este momento
Haz que brille la alegría.

MARÍA

¡Qué ocurrencia! Alegre estoy...
¿No ves mi risa vagando?
¿No estoy perlas ostentando?
Muy venturosa que soy.
¿No es el día de mis bodas?...

DOLORES

No, María, tú me engañas;
Tus ideas son extrañas,

Y tus expresiones todas
Traen un no sé qué de horrible
Que me hacen estremecer.

Mirando al reloj.

MARÍA

Las ocho deberán ser
¡Las ocho! (¡Noche terrible!)

DOLORES

Vamos, María, al salón,
El sacerdote ha llegado.

MARÍA, *se levanta.*

¿Y mi esposo?

DOLORES

No ha faltado;
Te espera... las ocho son,
Hora que va tu destino
Á fijar en este mundo:
Si hasta hoy te fué iracundo,
Mañana por tu camino
Quizá derrame sus flores;
Que un porvenir más dorado
Tienes quizá reservado
Para olvidar tus dolores.
Ven: — al triste sentimiento
Lo sustituirá la calma.

MARÍA

¿Verdad es que exhaló su alma
Mi madre en este aposento?

DOLORES

¿No lo has oído á tu padre?
¡Por qué tan triste ocurrencia!

MARÍA

Ten un poco de paciencia;
Deseo hablar de mi madre
Porque no está en este día
Para besar á su hija,
Cuando su suerte se fija,
Porque el cielo se la envía...
Es tan frágil mi memoria
Que todo se me ha olvidado;
Pero tú, tú has conservado
Una parte de esa historia.
¿Es cierto que al darme al mundo
Perdió mi madre la vida?

DOLORES

Es verdad.

MARÍA

¡Hora homicida!
¿Que el cielo estaba iracundo,
Y el rugir de la tormenta,
De mi madre la agonía
Con mis gritos confundía?

DOLORES

Es verdad. También se cuenta
Que al instante de su muerte
Tan cerca un rayo estalló,
Que hasta al lecho estremeció.

MARÍA

¡El rayo fué de mi suerte!
¿Y en ese paraje mismo
Señalando el que ocupa el suyo.
Mi madre tuvo su lecho?

DOLORES

Por Dios, María, tu pecho
Parece un terrible abismo
De las más negras ideas.
Basta ya ; no es el momento
De tan negro pensamiento.

MARÍA

Cesaré, pues lo deseas : —

Se levanta.

Estoy muy tranquila ya.

DOLORES

Vamos.

MARÍA

Aguarda un instante.
Tengo que escribir bastante. —
Mi escribanía no está
Lista, cual la necesito.

Arregla su escribanía.

DOLORES

Alguien que se acerca creo ;
Nunca haces lo que deseo
Por más que te lo repito.

ESCENA II

DICHOS, DON ANTONINO, ELISA

DON ANTONINO

¿Se concluirá hoy ó mañana
El ajustar el corpiño?

ELISA

¡Hola, la elegante novia!

¡Qué traje tan bello y rico!
¡Qué peinado! Vaya, Enrique,
Ha hecho bien en ser cumplido,
Y no querer con nosotros
Penetrar en este sitio.
De este modo, con las luces
Del salón, y entre el gentío,
Vas á parecerle un ángel
En blandas nubes caído.

MARÍA

¡Elisa, tú eres muy buena!

DON ANTONINO

Sí; pero el tiempo es preciso;
Hace media hora larga
Que espera el pobre Toribio;
El mismo cura que un día
Te echó el agua del bautismo.

MARÍA

¿El mismo, señor?... De veras
La tal ocurrencia estimo.

DON ANTONINO

Con que vamos... son las ocho
Y está causando fastidio
Á los demás tal demora.

ELISA

Semejante era el vestido
Que en mis bodas estrené.
Recuerda lo que te digo:
Dos vestidos recordamos
Las mujeres de continuo;
El vestido que llevamos
Al primer baile que fuimos,
Y el que llevamos al templo

Cuando el padre nos bendijo :
¿Es cierto, Dolores ?

DOLORES

Sí.

DON ANTONINO

Vamos, pues.

MARÍA

(¡Al sacrificio!)

Vanse; queda la escena un momento sola.

ESCENA III

CARLOS, Y UN CRIADO

CRIADO

Mas, señor, si el casamiento
Se está haciendo en el salón.

CARLOS

No importa, me quedo aquí.

CRIADO

Como usted guste, señor.

CARLOS

Necesito otro servicio.
Ahí va por la comisión.

Dándole dinero.

CRIADO

¿Qué manda usted?

CARLOS

Al instante
Introdúcete al salón,

Y con sigilo, á María
Dila la busca un señor.

CRIADO

Como soy nuevo en la casa
Su nombre no lo sé yo.

CARLOS

Dila que « mando que venga »
Y adivinará quien soy.

CRIADO

¿ Nada más ?

CARLOS

No más deseo.

CRIADO

Pues al momento, señor.

Vase.

ESCENA IV

CARLOS *solo.*

CARLOS

¡ Cómo pesa en mis hombros mi cabeza !
Parece que mi espíritu se ha ido,
Y mis helados miembros desfallecen...
Solo mi corazón lo siento henchido
De una fiebre ó volcán que le devora...
¡ Ah ! ¡ María ! ¡ María ! tú debiste
Clavar en mis entrañas un acero
Si tan falsa mujer te conociste...
Cuando fuera en mi seno penetrando,
En tus ojos, mis ojos expirantes
Embriagados de amor se extasiarían,
Bendiciendo mis últimos instantes.

Pero dejar mi vida palpitando
Y á otros brazos pasar en mi presencia !...
¡ Engañarme, perjura, hasta el instante
De consagrar á otro hombre su existencia...
Ella que ya conoce mis pasiones,
No temer, que viniera, y en mis brazos
Á ese rival feliz despedazara !
¡ No temer que los siga hasta la fosa
Y si unidos allí los encontrara,
De venganza cruel mi sed rabiosa
Alentara el rencor en mis entrañas,
Y ¡ maldición ! lanzando al pavimento,
Los descarnados huesos levantando
Los arrojara en trozos por el viento ! ! !

Todo conmovido se arroja en una silla.

Cálmate, corazón... te necesito
Con más valor que cólera en mi seno ;
Ya bebiste la gota postrimera
Del vaso inmensurable del veneno...
Ella debe vivir sobre la tierra,
Llorar en orfandad fué tu destino :
El último dolor que te esperaba
Súfrelo solo, en tu postrer camino.
Mañana quedarás en el sepulcro,
Cual vives en el mundo... solitario ;
Pero al menos allí, si no palpitas,
Tampoco hallarás falso tu sudario.

ESCENA V

CARLOS, CRIADO

CRIADO

Hay tanta gente, que apenas
Recién he podido hablarla...

CARLOS

¿Y bien?

CRIADO.

La dije al oído,
Que en la alcoba la esperaba
Un caballero... al instante
Se quedó como abismada,
Y después dijo « allá voy ».
Pero es vana la esperanza;
Se terminó el casamiento
Y están ahora en la jarana
De los abrazos y besos,
Y los consejos y lágrimas;
Tan sólo la señorita
Está como si acabara
De salir de entre los muertos,
Pálida, triste...

CARLOS

Bien, basta;
Vete, no te necesito.

CRIADO

Me iré pues que no hago falta.

Vase.

ESCENA VI

CARLOS *solo*

CARLOS

Se concluyó tu himeneo;
Ven á presenciar el mío,

Con menos pompa y gentío
Pero más hermoso, sí.
Ven, no demores, María;
Te espera otro juramento
Que harás con tu pensamiento
Para acordarte de mí;
Ven que en tu lecho te espera
Para perfumar tu suerte,
El aliento de la muerte
Que va mi pecho á exhalar.
Aliento que tibio siempre
Dentro tu seno encerrado,
Creerásme ver á tu lado
Cuando más quieras gozar...
Sí, que al sentir de tu esposo
Ecos de amor en sus besos,
Creerás escuchar mis huesos
Dentro la tumba crujir.
Creerásme ver, cual ahora
Vas á verme al pie del lecho,
Brotando sangre mi pecho,
Agonizar y morir.

Saca un puñal.

¡Ven, oh puñal, á mis manos,
Única fiel esperanza,
Hasta tí el hombre no alcanza
Para poderte engañar!
Opongan á mis deseos
La fuerza del orbe entero;
Estás en mi mano, acero,
Y por fuerza has de matar.

Lo guarda.

ESCENA VII

CARLOS Y MARIA *pálida y caminando con lentitud.*

MARÍA

¡Carlos!... ¡Gran Dios!... ya nada necesito.
El cielo lo trae, y lo agradezco...

Carlos se acerca á ella, la toma de la mano, con mucha delicadeza, y la conduce al sofá.

CARLOS

¿Me conoces, María?

MARÍA

Diga mi alma
Si está latiendo aun... (Ya lo comprendo.)

CARLOS

Entonces óyeme... Dime, ¿recuerdas

Se sienta á su lado.

Aquel instante que con puro acento
Te consagré mi fe?

MARÍA

Sí.

CARLOS

¿Tus palabras
Cuáles fueron, María?

MARÍA

Las recuerdo.
« Te doy mi amor, y que la luz del día
La oscurezca á mis ojos el Eterno,
Si te falta mi fe. »

CARLOS

¿Y algún instante
Dudaste de mi amor?

MARÍA

Él, el postrero
Fuera de mi vivir. Nunca, lo juro...

CARLOS

¿Al conocerte yo, tu pensamiento
No penetró en mi ser un insufrible
Disgusto de vivir ; un desconsuelo
Que en mi alma recóndito y tirano
Se abrigaba fatal?

MARÍA

Porque era cierto,
Mas te supe querer.

CARLOS

¿Y desde entonces,
No viste que exhalaban mis alientos
Con la nueva existencia que me diste
De *vivir* y de *ser* grandes deseos?

MARÍA

Y tú me referías que anhelabas,
Cuanta gloria enriquece al universo
Para adornar con ella mi cabeza.

CARLOS

Y bien, María ; ayer estaba preso
Y recibí esta carta de tu mano,
Vuélvela á leer, acaso no me acuerdo.

MARÍA

« Cuando ama una mujer, y no es propicio
El mundo á su pasión, en el instante
Su corazón arrostra un sacrificio :
Tendrás tu libertad... seré constante. »
¿Estás contento ya? guarda esta carta.

FIN DEL POETA

ÍNDICE

POESÍAS

Biografía 5
Á Dios 7
Canto de los proscritos 11
El reloj 17
Ayer y hoy 20
En el álbum de L. H. de C. 21
Cristóbal Colón 23
A. 27
Á ti. 34
Melancolía 36
Amor. 39
Adiós á Montevideo 41
Yo te perdono. 43
Canto del trovador. 45
La noche 46
Á Rosas — El 25 de Mayo de 1843 51
Los tres instantes. — El 4 de Octubre. — El 4 de Noviembre. — El 17 de Noviembre. 59
Á Pilar el día de sus quince años. 61
Á Teresa 63
Ilusión 70
Á la condesa de Walewski, en 1847. 72

Á Bolivia, en 1846. 76
Á mis amigos de colegio. 86
Sueños 91
En un álbum 94
Á Buenos Aires declarada la intervención anglo-francesa. . 95
Al sol. 101
Recogimiento 104
Canto del poeta 109
Desencanto. — Á Carlos. 113
En un álbum al pie de una pintura que representa la melancolía 122
En la lápida de Florencio Varela, asesinado en la noche del 20 de Marzo de 1848. 123
Ráfaga 124
Al 25 de Mayo en 1849. 127
En la tumba de un niño montevideano en 1847 132
Rosas. — El 25 de Mayo de 1850. 133

OBRAS DRAMÁTICAS

EL CRUZADO. — Drama en cinco actos y en verso. . . . 139
EL POETA. — Drama en cinco actos y en verso 265

FIN DEL ÍNDICE

PARÍS — IMPRENTA DE LA Vda DE CH. BOURET.